

Magdalena Sniadecka-Kotarska

ANTROPOLOGÍA DE LA MUJER ANDINA:

BIOGRAFIA DE MUJERES INDIGENAS
DE CLASE MEDIA Y SU IDENTIDAD



ANTROPOLOGÍA DE LA MUJER ANDINA
Biografías de mujeres indígenas
de clase media y su identidad

Magdalena Śniadecka-Kotarska

ANTROPOLOGÍA DE LA MUJER ANDINA

**Biografías de mujeres indígenas
de clase media y su identidad**

ANTROPOLOGIA DE LA MUJER ANDINA
Biografías de mujeres indígenas de clase media y su identidad
Magdalena Sniadecka-Kotarska

© Magdalena Sniadecka-Kotarska

1ra. Edición: Sociedad Polaca de Estudios Latinoamericanos, Varsovia 1998

2da. Edición: Ediciones Abya-Yala
2001 Av. 12 de Octubre 14-30 y Wilson
Casilla 17-12-719
Telfs.: 2 562633 / 2 506-267
Fax: 2 506255 / 2 506267
E-mail: editorial@abyayala.org
www.abayala.org
Quito-Ecuador

Diagramación: Ediciones Abya-Yala
Quito-Ecuador

Traducción: Pilar de Gil y Eva Svenderska

Fotos: Magdalena Sniadecka-Kotarska

Redacción: Anna Kosmyńska

ISBN: 9978-22-224-3

Impresión: Producciones digitales Abya-Yala
Quito-Ecuador

Impreso en Quito-Ecuador, Noviembre del 2001

Dedicatoria

A mi hijo Jedrek

INDICE

Introducción	9
<i>Capítulo I</i>	
Biografías de las mujeres saragureñas	37
1. Rosa Asunción Medina	37
2. Laura Quichpe	47
3. Rosa Clementina Vacasela	57
<i>Capítulo II</i>	
Biografías de las mujeres otavaleñas	75
1. Luz Marina Maldonado madre	75
2. Luz Marina Maldonado hija	87
3. Zulay-Saravino Quinchuqui	103
4. Carmen Yamberla	124
5. Miriam Conejo	138
Bibliografía	151
Indice de fotos	153

INTRODUCCIÓN

Mi objetivo es presentar la historia del avance de algunas mujeres indias y del proceso transformador de su identidad, cuya influencia se ha reflejado en las normas de relación entre los grupos étnicos y concretamente la sociedad blanco-mestiza en el Ecuador de los años 90.

Ecuador, país andino de escasas dimensiones, situado entre dos estados que desde hace años sufren convulsiones internas debidas, entre otras causas, a su conflictiva estructura social, se distingue por el dinamismo de su proceso transformador interno. Desde hace unos ocho años se ha intensificado la lucha por el derecho al respeto a la diferencia étnica, así como la creación de una identidad nacional pluralista, en detrimento del modelo de nación homogénea vigente hasta ese momento. A pesar de que este movimiento tiene carácter pacífico, a diferencia de lo que ocurre en los países vecinos, se halla vinculado también a conflictos cualitativos de orden interno que, a menudo, no salen a la superficie. Los destinos individuales presentados en este trabajo desde una perspectiva subjetiva y recogidos directamente de las narradoras indígenas son una parte de la historia más actual del país, una fuente paradocumental que muestra el coste de las transformaciones sociales, y que no puede encontrarse en ninguna relación oficial.

La distancia en el punto de vista se ha conseguido gracias a la aplicación del método autobiográfico. Las autoras de la relación son mujeres que, procedentes de comunidades tradicionales, han alcanzado, de entre las primeras, una educación superior y han avanzado significativamente en la escala social del país integrándose en la clase media, lo cual hasta hace poco tiempo era impensable para los miembros de la población indígena. Una novedad la constituye el hecho de que las narradoras, pese a su integración en la clase media, siguen identificándose con sus grupos de procedencia (herencia étnica); exigen de la sociedad nacional el respeto debido a su diferencia cultural. Eso mismo había sido puesto en tela de juicio por las normas seculares de relación social, asimétricas en los contactos nación-indios. Hasta este momento, el alejamiento del círculo de miseria económica constituido por las faenas campesinas y el pastoreo comunal, el cambio de perfil laboral o de lugar de residen-

cia, la adquisición de educación o el avance social se pagaba siempre con la pérdida de identidad étnica. La condición para ser aceptado en la sociedad dominante, en el forum del país, es decir en la sociedad blanco-mestiza, era el cambio en el lugar de residencia, de los terrenos campesinos a la ciudad o a pequeñas ciudades, así como el rechazo o, al menos la ocultación 'vergonzosa', del pasado étnico y la diferenciación cultural (Almeida 1997,11). En la actualidad, la formación de una clase media indígena es un fenómeno que se produce no sólo en el Ecuador, sino en toda América Latina. La identidad de sus representantes sufre cierta transformación, pero por vez primera desde hace siglos no se ve acompañada por la desaparición de los valores de su propia cultura, independientemente si habitan en la ciudad o si retornan a sus terrenos de origen. Al contrario, podría hablarse de un reforzamiento del papel de la identidad nacional, que adquiere un nuevo carácter ciudadano. (Posern-Zieliński 1998, 22).

El objetivo de mis investigaciones lo han constituido las mujeres indígenas. Varias causas han decidido la limitación a un solo sexo en este trabajo:

-En primer lugar, las mujeres indígenas, para asegurarse su existencia en la sociedad, han debido vencer un doble obstáculo, como miembros de un grupo étnico de mínima apreciación social y en razón de su sexo. En el mundo blanco-mestizo del Ecuador sigue dominando una ideología sexista basada en el paternalismo y el machismo. Sorprendentemente, el proceso de liberalización general en la vida del país ha tenido escaso eco en el funcionamiento de la institución familiar y en la situación de la mujer mestiza en la misma (Moscoso,1997,60).

-En segundo lugar, merced a las investigaciones llevadas a cabo con anterioridad entre las comunidades familiares pude comprender cuán esquemática y simplista es nuestra idea acerca de la posición de la mujer indígena. Por lo general, se considera a las habitantes de las comunidades como muy conservadoras y tradicionales, se les denota por su limitada relación con el mundo exterior, por su aversión hacia todo cambio, además de por su alto grado de monolingüismo en comparación con el observado entre los miembros del sexo masculino. Los representantes de la administración estatal cuentan exclusivamente con los hombres para una posible cooperación en el cambio hacia el progreso, para su lanzamiento (aparente y artificial, porque está dictado 'desde arriba') a liderazgo político. (Sniadecka-Kotarska 1997,22).

-En tercer lugar, en las investigaciones realizadas en 1993 concernientes a un tema distinto del presente, noté la aparición, en diferentes contextos, de una actitud y una manifestación que responden al nacimiento de una identidad sexual entre las mujeres indígenas. Este fenómeno me pareció suma-

mente interesante, tanto más que cuando asistiendo en este mismo momento a distintas declaraciones de activistas mestizas de organizaciones nacionales femeninas no pude rastrear en las mismas ninguna señal de identidad sexual ni tampoco la voluntad de ejercer unas actividades que tendieran al cambio en el estado de sumisión y discriminación social de la mujer, empezando por el ámbito familiar y terminando por el nacional.

Lleve a cabo los estudios de campo en el curso de los años 1993-97 entre dos grupos étnicos: en el sur del país, en el cantón de Saraguro y al norte del país, en el cantón de Otavalo. La realización del estudio de 1993 fue posible gracias a la cooperación con la Misión Andina de la Universidad de Varsovia, dirigida por el profesor Mariusz Ziólkowski de la Universidad de Loja; las investigaciones de los años 1994-97 fueron un trabajo incluido en el proyecto del grupo de americanistas de la Universidad de Poznań bajo la dirección del profesor Aleksander Posern-Zieliński.

En el curso de los estudios de campo utilicé diferentes métodos antropológicos: entrevistas, observaciones, encuestas, experimentos. Proporcionaban ciertos conocimientos en cuanto a las transformaciones actuales, pero inconmensurablemente más auténticos resultaron los cuadros de la vida y las situaciones que tenían una influencia fundamental en el fortalecimiento de las relaciones con la cultura étnica en las sociedades indígenas y que fueron obtenidos gracias al método biográfico aplicado en las investigaciones de 1997.

Método

El método biográfico consiste en la reconstrucción individual de la historia de una vida, en la reproducción de unas secuencias de sucesos esenciales para el destino de un individuo y en el análisis de los contenidos seleccionados de las personas analizadas como representantes de un determinado grupo o capa social.

El método biográfico ha sido repetidamente utilizado en investigaciones sobre diferentes procesos sociales, en particular por los sociólogos. Materiales autobiográficos en forma de diarios fueron aplicados en estudios sobre los cambios de la conciencia de los emigrantes por M. Chalasiński (1938) y por F. Znaniecki (1974), en los estudios sobre la conciencia histórica por J. Maternicki (1990). Ultimamente, en los estudios sobre identidad nacional ha sido utilizado por A. Kloskowska (1997), por A. Rakuszczyńska - Pawelek y por A. Piotrowski (1997), así como por antropólogos como I. Kabzińska (1992;1994;1996;1998). El antropólogo americano Oscar Lewis se erige en ejemplo insuperable en cuanto a la aplicación, durante largos años, de este

método. Sus investigaciones, llevadas a cabo a lo largo de más de veinte años (1943-65) en torno a una familia aldeana azteca de México, a un barrio obrero en Ciudad de México, así como en los miserables arrabales de Puerto Rico y Nueva York, constituyen un tesoro inconmensurable para la antropología mundial (Lewis 1964,1970,1974).

El fundamento teórico del análisis de la narración autobiográfica se basa en la tesis de que existe una homología entre la estructura de las experiencias vitales de una individualidad y el orden reproducido en la narración (Hermans 1987). Gracias a ello la narración biográfica revela lo que de esencial ha sucedido en el plano social desde el punto de vista del individuo (Schutlze,1989).

La cualidad principal del método no estriba tanto en la recogida de materiales e informaciones sobre la vida de un informador concreto, lo cual también puede llevarse a cabo mediante otras técnicas, sino más bien en la reconstrucción procesual de los acontecimientos ejecutada en el curso de la entrevista por el individuo. Este proceso se manifiesta en el relato en forma de secuencias y al mismo tiempo presenta, en un contexto caótico, temas más amplios, sociales, de acuerdo con el sistema de valores del narrador (Prawda 1989). En la reconstrucción de los procesos biográficos se observan varias etapas en el curso de las cuales la experiencia y la actividad del individuo se hallan determinadas por factores concretos. A la fase elemental pertenecen los modelos institucionales, los esquemas biográficos de actividad, trayectorias, metamorfosis. No significa esto que en la vida de todo individuo tienen lugar el total de las fases mencionadas.

La fase de los modelos institucionales es el período en el que el individuo se halla sometido a un modelo institucional determinado, aceptado por el mismo sujeto, que regula su existencia: la institución familiar, la educación, por ejemplo. *La fase de los esquemas biográficos de actividad* es el período en el cual el individuo posee un proyecto propio, una visión de realización de determinados propósitos de acuerdo con sus propias convicciones. *La trayectoria* es una fase de la vida en la cual el individuo sufre una experiencia grave venida desde el exterior e independiente de su voluntad y actividad, por lo cual pierde el control sobre su propia vida dado que todos los modelos de orientación en su haber resultan inadecuados para la situación existente. La trayectoria es un proceso constituido por varias etapas en el curso de las cuales el individuo elabora nuevas estrategias de adaptación. *La fase de la metamorfosis* es un período de cambio inesperado y positivo en la vida del individuo que transforma diametralmente el destino sufrido hasta ese momento (Schutze 1981; Czyñewski 1997, 42-43).

La selección de narradoras

En el libro se incluye la vida de ocho mujeres indígenas cuyas edades se hallan comprendidas entre los veintinueve y los cincuenta y ocho años. Tres de ellas son indias saragureñas y cinco otavaleñas.

A todas las narradoras les une el hecho de ser miembros de las comunidades indígenas que rodean las ciudades de Saraguro y Otavalo. Todas, en su temprana infancia, se toparon con un enemigo común: la aversión del ambiente de la ciudad a la que sus padres las habían enviado para completar su educación. Y esto con sólo dos excepciones: Rosa, que trabajó en Cuenca y Luz Marina-madre, que se casó en Otavalo. La familia de seis de las narradoras se destaca de la comunidad por su posición económica y social. Cuatro de los padres fueron ‘artesanos’ y dos de ellos miembros activos del poder local. Estas seis familias gozaban de contactos con la sociedad nacional más amplios, aunque siempre limitados y específicos, que el habitante medio de la comunidad. La mayoría de las madres de mis narradoras fueron analfabetas y monolingües. A las protagonistas de la biografía las une también el hecho de haber pasado la mayor parte de su vida fuera de la comunidad y que, a pesar de ello, en la actualidad trabajan (la mayoría) para el bien común de Saraguro y Otavalo. Todas, si bien poseen diferentes grados de educación, son independientes y muy activas profesional, social y políticamente hablando. Tres terminaron estudios superiores: Laura, Rosa Clementina y Miriam; dos poseen formación superior incompleta: Luz Marina-hija y Zulay; una, educación media: Carmen; una educación elemental: Rosa Asunción y una es autodidacta.

Su camino hacia el avance personal fue muy diferenciado, pero las une la determinación y tenacidad en vencer las dificultades. Su primer objetivo fue el dominio de la lengua (español); después, la integración social. La mayoría de ellas, además, tienen en común un espíritu viajero: de Argentina y Brasil, de México a EEUU o Canadá, de Suiza a Gran Bretaña, Bélgica o España.

Saragureñas

1. Rosa Asunción Medina, de cuarenta y dos años, casada. Terminó la enseñanza elemental al mismo tiempo que trabajaba. Durante años fue cocinera en la ciudad de Cuenca. En la actualidad vive en una casa construida por ella misma en la ciudad de Lagunas. Desde no hace mucho se dedica, junto a su marido, a las labores de granja. Tienen bajo su tutela a una sobrina de pocos años. Rosa es presidenta de la Organización de Mujeres Indígenas Saraguro.

Mapa del Ecuador



○ CANTON SARAGURO

⦿ CANTON OTAVALO

2. Laura Quichpe tiene treinta y cuatro años; está casada. Se graduó en la Universidad de Cuenca en sociología. Su esposo es economista. Tiene cinco hijos, de edades comprendidas entre los cuatro y los doce años. Tras unos años de estancia en Cuenca retornó a la comunidad de Lagunas, donde viven en una casa recién construida. Ambos trabajan en el PROYECTO INTERNACIONAL DE COLONIZACIÓN DE ORIENTE. Laura como consejera. Aparte de esto, ayuda a sus padres en la administración de una tienda de artesanía en Saraguro, es propietaria de un servicio de fotocopidora y es miembro activo de la Organización de Mujeres Indígenas.

3. Rosa Vacasela tiene cuarenta y dos años. Es antropóloga. Se graduó en la Universidad Católica de Quito. Su marido es indio quechua del Oriente, economista, trabaja en la CONAIE (Confederación de las Nacionalidades Indígenas del Ecuador). Tienen una hija de dieciséis años. Poseen dos casas, una en Quito y otra en Pintocayu. Rosa ha ejercido varias profesiones; actualmente es coautora y directora del Proyecto de Orientación de las Comunidades Indígenas en Pintocayu (Oriente).

Otavaleñas

4. Luz Marina Maldonado - la madre, tiene cincuenta y ocho años, procede de la comunidad de Peguche. Está casada con un otavaleño de Quito. Vive con su familia en una casa con jardín construida junto a su marido en el centro de Otavalo. Aprendió español y a leer y escribir de forma autodidacta mientras se educaban sus hijos mayores. Tienen cinco hijos de edades comprendidas entre los diecisiete y los cuarenta y cinco años. Primera habitante indígena en la ciudad de Otavalo y primera propietaria, junto a su marido, de un taller de artesanía, primero, y una empresa textil, después. Aparte de esto, se dedica desde hace cuarenta años al comercio y distribución de manufacturas. Durante más de diez años Luz Marina dirigió sola los negocios. Miembro activo desde hace muchos años del Consejo Parroquial de Otavalo y miembro también del Comité de Fiestas de Peguche.

5. Luz Marina Maldonado - hija, tiene cuarenta y dos años. Nació en Otavalo. Tiene a su cargo una hija de pocos años, mestiza, a la que cría sola. Vive con su familia en la casa paterna. Realizó estudios de administración (no concluidos), dos cursos en la Universidad de Quito y dos en la de Ibarra. Durante años administró la empresa textil familiar; desde no hace mucho tiempo posee una librería en Otavalo.

6. Zulay Saravino tiene treinta y cinco años, procede de la comunidad Quinchuqui. Separada de su marido, otavaleño, de profesión músico, tiene a

su cargo una hija de diez años. Vive en una casa de alquiler del centro de Otavalo; sueña con edificar en este mismo lugar una casa de su propiedad. Tras concluir el bachillerato, obtuvo el diploma superior de lengua inglesa en el Instituto Británico de Quito y siguió algunos cursos de antropología, turismo y medios audiovisuales en universidades extranjeras. Copropietaria y actualmente propietaria de la oficina de turismo 'Zulay' en Otavalo.

7. Carmen Yamberla tiene treinta y dos años. Es originaria de Iluman, donde vive en una casa de su propiedad. Posee educación media; el bachillerato lo finalizó en un colegio de Otavalo. A los trece años se integró como miembro de pleno derecho en la comunidad de Iluman; por tanto, desde hace ya muchos años es propietaria de una parcela de tierra que labora junto a su familia. Además, ejerce las funciones, en segunda cadencia, de presidenta de la Federación Interprovincial Indígena y Campesina de Otavalo; es también coordinadora de los Grupos Indígenas ante la ONU (Organización de las Naciones Unidas), así como representante de la Comisión de Derechos Humanos del Ecuador y miembros del Consejo Económico para el Desarrollo y la Ayuda a los países latinoamericanos y de la Sección para el Entendimiento de la Diferenciación biológica de la ONU.

8. Miriam Conejo tiene veintinueve años y es la primera médico profesional de su etnia. Finalizó sus estudios en Cuba; vive con su madre y hermanos en una casa moderna edificada por ellos mismos en el centro de Otavalo. En ella se encuentra la sede del primer partido indígena, Partido Pachacutec, del que es miembro activo Miriam. En la actualidad, vela por la realización del proyecto de Asistencia Médica a la mujer indígena y campesina en la provincia de Imbabura financiado por organizaciones internacionales. Es también directora del Centro de Medicina Alternativa de Otavalo, colabora y dirige en cursos permanentes para los llamados "médicos tradicionales", es decir curanderos.

Trabé conocimiento con cinco de estas narradoras en 1997, justamente antes de iniciar las investigaciones: a través de ellas las conocí desde hacía algunos años, aunque el grado de amistad era muy distinto.

Conocí a Zulay en el Congreso Antropológico, en el que se incluía una proyección de películas etnológicas, que tuvo lugar en Granada en 1992. Zulay, protagonista de un interesante documental realizado por antropólogos americanos, se hallaba en el centro de atención de los asistentes al simposio. Ataviada con el vestido tradicional otavaleño despertaba en todos los reunidos una curiosidad que, en aquel momento, no siempre me pareció "sana". Fue la estrella del Congreso; fotografiada una y otra vez, tomó parte en entrevistas para la prensa, la radio y la televisión. Entonces, su personalidad se me

antojó muy esquemática, aunque, haciendo honor a la verdad, hay que reconocer que se sentía frente a los medios de comunicación como pez en el agua. Con todo, su individualidad no me resultó convincente. Me parecía un personaje creado por los antropólogos americanos. De verdad. Nos conocimos más tarde en el curso de unas estancias mías en Otavalo, en los años 1993, 1995 y 1997.

A Rosa Clementina la conocí en el ascensor durante el 49 Congreso Americano en Quito. Antes de convertirse en mi narradora, pasamos muchas horas juntas intercambiando opiniones sobre temas generales y sobre los presentados en el Congreso. Aunque se hallaba en su propio país y en su propia universidad, Rosa no presentó ponencia alguna en la sesión. En las charlas de corredor durante el Congreso, me llamó la atención la soledad y el aislamiento de esta mujer, todo y que muchos de los asistentes la conocían de la época de su trabajo en la Universidad.

En 1995 vi por vez primera a Luz Marina en la librería ubicada en la Plaza de Ponchos de Otavalo. Conversé entonces con ella y con una pareja de canadienses. A decir verdad, fue con ellos con quienes más hablé dado que se presentaron como propietarios del establecimiento. La situación de Luz Marina no me pareció clara, ya que, aunque escuchaba mi entrevista, en ningún momento dijo ser copropietaria de la librería.

Traté de establecer contacto con Carmen Yamberla ya en 1995, ya que en muchos de los relatos de otras personas era mencionada. Sin embargo, su ausencia (en esos momentos estaba en Nueva York) impidió el encuentro. Cuando al fin la conocí en 1997, también estaba a punto de viajar a Ginebra. El contacto con las restantes narradoras fue, en parte, resultado de mi decisión y, en parte, obra del azar y la buena fortuna. Con muchas de las personas seleccionadas no logré tomar contacto, bien fuera por sus múltiples ocupaciones, bien por el extraordinario movimiento en que vivían. Por ejemplo, fui al encuentro de una de mis potenciales narradoras desde Quito a su comunidad que se hallaba en la otra punta del Ecuador, esto es, a veintidós horas de viaje en autobús. Una vez en el lugar, resultó que, a pesar del plan anteriormente establecido, se había marchado unos días antes de la comunidad familiar. A mi regreso a Quito, nos citamos varias veces, pero el término acordado nunca pudo ser respetado debido a un inesperado viaje al extranjero. Para colmo, la fecha de su vuelta al país coincidía con mi última salida del mismo (por una cuestión de horas).

Técnicas de la investigación

Tras las primeras entrevistas referentes en general a la vida de las mujeres en Ecuador, en las cuales me fue mostrada tanto una gran cordialidad como a veces un cierto laconismo, entablé conversaciones informales de carácter más bien amistoso. Algunas veces, me pasé jornadas enteras acompañando a mis informadoras en sus tareas domésticas, profesionales o festivas (por ejemplo, cumpleaños o comidas de domingo familiares). Ello me permitió amplias observaciones en contextos que no habían sido de ninguna forma previstos. En una palabra, gracias a esto adquirí una imagen más amplia de los problemas sociales que concernían a mis potenciales narradoras. Entonces fue precisamente cuando decidí iniciar mis investigaciones específicas.

En el curso de las entrevistas, se impuso como factor esencial la creación de un clima de confianza, discreción y libertad de palabra. La aparición de un pariente o de un miembro, incluso el más cercano de la familia, "enraecía" la conversación durante largo tiempo. No utilice ningún tratamiento técnico y no pagué por ninguna entrevista.

La simpatía y el real interés por los problemas individuales y locales de mis narradoras, las exhaustivas y sinceras respuestas por mi parte a sus preguntas (a menudo sobre temas muy personales) se mostraron el mejor medio para alcanzar un clima de confianza y franqueza sin el cual el método autobiográfico no puede ser aplicado. Un factor favorable más, tal y como señalaron algunas de mis narradoras, fue el hecho de ser mujer y de realizar las investigaciones en solitario. Mis repetidas estancias en el terreno, así como el conocimiento de los problemas y conflictos pasados y presentes, facilitaron también la labor. Algunas de las informadoras incluso me conocían ya de vista. Las observaciones referentes a mi persona, más agudas de lo que en principio imaginé, llevadas a cabo por los nativos acabaron por ser un elemento también provechoso. Las conversaciones de horas, agotadoras tanto en el plano físico como intelectual, ya que exigían un gran nivel de concentración por mi parte, se convirtieron paulatinamente en la mayoría de los casos en un interesante diálogo intercultural. Yo trataba de comprender el mundo de mis interlocutoras y ellas el mío. Tuvieron influencia substancial en los resultados de mis investigaciones las predisposiciones individuales, los rasgos de carácter de mis narradoras, el grado de franqueza que logré alcanzar en las primeras etapas del diálogo, así como la voluntad y deseo de participar en las investigaciones. La mayor parte de mis narradoras se sintieron valoradas por el hecho de ser objeto de mis investigaciones. En consecuencia, el propósito de participar

en el estudio debe ser considerado como positivo. El grado de interés por el destino propio y de los más cercanos, la evolución de los acontecimientos pasados, la capacidad memorística y de raciocinio no fueron uniformes. Es significativo que todas las narradoras presentaran mayor dificultad en la relación de su primer contacto con el mundo blanco-mestizo. Tampoco fue posible que todas ellas presentaran en el curso de la primera entrevista ciertas fases de su biografía. La ausencia o el soslayo intencional de fragmentos de su vida y la falta de evaluación subjetiva de algunos acontecimientos obedecieron a diferentes causas. Formaban parte de los rasgos de su personalidad, por ejemplo falta de memoria, o eran resultado de un deseo consciente de “velar” algunas experiencias dolorosas de su vida.

Algunas narradoras eran, por naturaleza, personas introvertidas, desconfiadas, parcas en sus comentarios; otras daban la impresión de ser duras, arrogantes, decididas a todo, incluso rayanas en la desconsideración. Sin embargo, un trato más cercano reveló a menudo que, tras esa máscara huraña, se ocultaban almas sensibles e incluso sutiles. Unas terceras, por otra parte, eran extraordinariamente locuaces, abiertas, por momentos hasta exuberantes. La mayoría de mis narradores habrían de ser consideradas como pesimistas y solo unas cuantas como optimistas.

La lengua empleada por mis narradoras se mostró en consecuencia con sus predisposiciones psíquicas y los rasgos generales de su carácter: unas veces seca, simple o imprecisa, otras delicada y sensible. Por supuesto, cambiaba según las cuestiones planteadas. En algunos momentos adquiría un tono poético, en otros parecía cercana al discurso de propaganda política.

El nivel general de “saturación” de las exposiciones, fruto de la capacidad de reflexión consciente, habría que evaluarlo como bueno y en algunos casos como muy bueno. Y consideramos exposiciones o discursos saturados aquellos cuya posible continuación no aportaría ya ningún dato nuevo (Kabzinska 1998, 59). Todos ellos pueden ser considerados como inteligentes, agudos, llenos de inventiva, de ambición y proyectos de futuro. Por otra parte, la aplicación del método autobiográfico demuestra cuán fundamental resulta en una investigación el ajuste emocional y el entendimiento mutuo entre las dos partes. En general, este segundo aspecto se escapa a todos los informes y redacciones antropológicas elaboradas mediante otras técnicas. Además, las investigaciones de corte tradicional no proporcionan una descripción viva y auténtica de las experiencias internas y de las motivaciones de las personas analizadas. El método biográfico permite descubrir fácilmente las opiniones, observaciones y experiencias de las personas investigadas. La simpleza, la sinceridad y la naturalidad del discurso refleja fielmente las motivaciones y la vo-

luntad de acción así como los diversos comportamientos. En las historias reproducidas en el trabajo se halla presente la fuerza de los sentimientos, un anhelo inicial aunque obsesivo de aprender la lengua española, un sentido de la identidad sometido a cambios derivados de las experiencias adquiridas, la esperanza de una vida mejor que, ante todo, debería garantizar el acceso a la lengua y a la educación, el deseo y la dificultad de entendimiento con el mundo dominante blanco - mestizo, además de la valentía de enfrentarse a las múltiples vicisitudes del destino.

Datos generales sobre el terreno del que proceden las narradoras y sus habitantes

Saraguro

Saraguro es el nombre de un cantón, una ciudad y un grupo étnico que cuenta con aproximadamente 40000 personas. El cantón se encuentra en el noroeste de la provincia de Loja, la región sur más alejada de Ecuador. El cantón se halla situado en una altura de 2400-3300 m sobre el nivel del mar y rodeado de montañas que no sobrepasan los 5000 m sobre el nivel del mar. El clima es relativamente templado. La ciudad de Saraguro, situada en un valle, cuenta con 10000 habitantes y constituye el centro administrativo y comercial del cantón. Se encuentra a una distancia de 60 km. de la capital de la provincia de Loja. La ciudad se ve rodeada por algunas comunidades indígenas (alrededor de 20000 personas). Las que se encuentran más cercanas a la ciudad, como por ejemplo Lagunas se consideran ya barrios de la misma. Hasta hace poco en Saraguro se concentraba exclusivamente población mestiza; los indígenas aparecían en la ciudad sólo los días de mercado. La población blanca emplea, desde hace años, la táctica de “no ver” a la población indígena. La vida en las comunidades indígenas de Saraguro, a pesar de su marginalidad, se veía garantizada por cierta independencia. Los mismos saragureños emplearon, a su vez, una estrategia de aislamiento durante mucho tiempo. Fueron de los pocos grupos indígenas andinos que, aun siendo extremadamente pobres, no buscaron trabajo en las ciudades cercanas. La identidad saragureña no fue aniquilada ni por las presiones sufridas en la época colonial, ni por los intentos de unificación y mestizaje aplicados por la administración estatal a lo largo de veinte años.

En la tradición oral en Saraguro pervive la leyenda de que son descendientes de *mitmatac*, habitantes que se asentaron, en la época incaica, junto al lago Titicaca y que gozaban de gran reputación, cuya misión habría consisti-

1. Una Plaza
de Saraguro



2., 3. Calle de Saraguro:
tradición y modernidad



4. Los Saragureños





5. Miembros de la Federación Interprovincial de Indígenas en Saraguro



6. Comunidad las Lagunas



7. Escuela Primaria de Lagunas-dibujos de niños

do en penetrar el modelo de vida incaica entre la población autóctona conquistada. Con esta leyenda estaría relacionado el color de sus trajes populares, de color negro o azul marino, y que vendría a significar el duelo por la muerte de Atahualpa, el último rey inca.

En la comunidad de Saraguro se concentran varias decenas de familias que conforman una sólida torre económica, social y cultural. La comunidad se basa en la propiedad privada y común, en un sistema económico apoyado en la agricultura y ganadería y en los conceptos de *minga*, trabajo para el bien común, es decir un sistema social asentado sobre las relaciones de sangre y parentesco cuyo factor es la relación de *cargos*. Este consiste en obligaciones rotativas de trabajo y de dependencia material y simbólica; funciona en el marco de los vínculos estables ya existentes, en el seno de la familia, además de en “momentos cíclicos”, por ejemplo en las elecciones democráticas y autogestionadas de la administración de la comunidad y en las del Comité de Organización de Fiestas. Las fiestas, de carácter mágico, corresponden a las celebraciones del calendario agrario sumadas a las de imposición católica. Las fiestas constituyen la forma elemental de relación entre los indígenas y el mundo sobrenatural, son al mismo tiempo un sistema de renovación y reglamentación de las relaciones sociales y de la garantía de solidaridad, apoyo mutuo y seguridad del grupo.

Saraguro es una de las comunidades más tradicionales, con un fuerte sentido de identidad étnico; ha gozado de forma relativamente temprana de diferentes planes de ayuda y desarrollo consagrados a los territorios atrasados (desde la década de los sesenta) y también la Iglesia católica es en esta comunidad mas activa que en otras. Ya en los años cuarenta se hallaban en Saraguro tres misiones católicas (parroquial, franciscana y hermanas marianitas) dependientes de tres administraciones religiosas distintas (Loja, Zamora y Quito), lo cual resulta sorprendente.

Los distintos planes de ayuda social y económica, basados en el individualismo y capitalismo, en la unificación nacional, resultaron ser desde el principio polémicas, ya que golpeaban en los valores de la comunidad. Los intentos de un cambio y modernización dirigidos desde arriba acabaron, pues, una vez mas, en rotundos fracasos. Dada la falta de consulta con los propios interesados, las propuestas fueron rechazadas por los indígenas; sin embargo, ello mismo provocó que paulatinamente se tomaran iniciativas de base.

El sistema económico de Saraguro, basado en el trabajo de la tierra de mala calidad con métodos arcaicos, completado con la cría de animales para necesidades propias y con un comercio limitado a la venta de víveres en el mercado local (cereal, patatas, maíz, cebolla) aseguraba una subsistencia mí-

nima, pero no una mejoría del status vivendi. Los indígenas, dentro de sus ocupaciones tradicionales, han empezado lentamente a especializarse en el ganado vacuno, en el comercio de carne y de productos lácteos. El hambre de tierra, la necesidad de aumentar el área de pastos de la comunidad hizo que dirigieran sus pasos hacia el oriente. Era la única región del valle de Yacuambi que, limítrofe a sus tierras, había permanecido libre de la colonización de los granjeros mestizos. Aunque era una tierra impracticable en lo referente a la ganadería, dado que se encuentra bajo la influencia de un clima subtropical, carente además de cualquier infraestructura (camino, energía eléctrica, agua potable), fue poco a poco “ocupada” por cuenta propia. Sucesivamente, desde hacia alrededor de quince años, habían empezado a comprar la tierra desde el este hacia la franja de Oriente. Las primeras ganancias las obtuvieron, de entre otros medios, enviando a trabajadores temporeros de las comunidades a las minas de oro de Nambija (provincia de Zamora Chinchipe). Al principio, algunas comunidades, a través de sus representantes, administraban dos casas en ambos terrenos para los temporeros. Con el tiempo, algunas familias se trasladaron definitivamente al valle de Yacuambi. En el curso de quince años, Saraguro triplicó su superficie y logró un gran éxito económico monopolizando el comercio de carne en toda la provincia. La administración estatal, como en el caso de la población blanco-mestiza, seguía en la ignorancia de los cambios practicados desde abajo, se aislaba oficialmente de Saraguro, pero por fin tuvo que mantener relaciones en el plano económico. La estrategia de modernización practicada desde la base salvó a Saraguro de las migraciones masivas a la ciudad en busca de trabajo, habituales entre la mayoría de los grupos étnicos andinos.

Saraguro no se limitó a la conquista del control sobre su propio desarrollo económico invirtiendo en la educación de la juventud como una forma de modernización de la comunidad, sino que también fue Saraguro el primer cantón que consiguió la implantación de la enseñanza bilingüe y que reactivó el comercio, que estaba en un estado semiruinoso, con el extranjero (platería, cueros), y lo que resulta más interesante, todo ello según modelos propios, sin imitación alguna.

Actualmente destaca por su actividad organizativa y política. Es el segundo grupo, junto a Otavalo, que forma una clase media indígena. Saraguro posee sus propios veterinarios y biólogos de origen indígena, los cuales trabajan por la modernización de la cría de animales en la región. Desde 1992 tienen representantes elegidos democráticamente en la administración local y nacional y desde 1996 en el parlamento (Luis Macas), los cuales luchan por el reconocimiento del derecho al pluralismo socio-cultural.

Otavaló

Otavaló es el nombre de un cantón y un grupo étnico. Otavaló se halla en la provincia de Imbabura, al norte del país, a unos 2500 m de altura sobre el nivel del mar, y está rodeado por montañas volcánicas de unos 6000 m sobre el nivel del mar. El hecho de encontrarse cerca de la capital, Quito (60 km.) y de ser cruzado por la autopista panamericana en dirección a Colombia, hace que Otavaló sea una de las ciudades más conocidas de Ecuador. En el cantón viven unos 40000 habitantes de los cuales un 75% son indígenas. Hasta hace poco tiempo los indígenas habitaban exclusivamente en 35 comunidades que formaban un anillo en torno a Otavaló que, como Saraguro, permanecía hasta hace poco como un enclave sólo blanco-mestizo.

Las comunidades indígenas como grupos locales funcionaban en el plano económico, cultural y social, de forma parecida a Saraguro. Se diferenciaban, no obstante, en la tradición y en los elementos de organización administrativa: una mayoría propietaria de tierra, comercio arraigado en la tradición económica y aceptación de trabajos complementarios.

Hasta no hace mucho, en la tradición oral de Otavaló se destacaba que sus habitantes gozaron de independencia y que sólo por un breve período fueron sometidos al poder inca. Los indígenas hablan con orgullo de que en los alrededores de Otavaló se libraron combates contra los invasores. En los últimos tiempos, esta versión ha sufrido modificaciones bajo la influencia de los nuevos líderes indígenas que tratan de crear una ideología multinacional no siempre de acuerdo con el pasado histórico.

En la cuestión de la propiedad de la tierra, Otavaló se hallaba en peor situación que Saraguro a consecuencia de la presión, primero colonial y después republicana. A algunas comunidades se le había concedido un terreno tan escaso de cultivo que no podían mantenerse y debían aceptar trabajos adicionales. A menudo se empleaban como peones temporeros, obreros textiles o se ponían al servicio de las haciendas cercanas. En las proximidades de Otavaló, la mayoría de las tierras de mejor calidad se incluían en el conjunto latifundario: Quinchuqui, San Pablo. A medida que iba creciendo el hambre de tierra, la pobreza de muchas de las comunidades acrecentaba sucesivamente el número de arrendatarios, lo que no significaba una mejora para la población indígena de la región y aumentaba aun más la desproporción entre la población étnica y la blanca-mestiza.

La artesanía textil siempre había desempeñado un gran papel en la vida de los indígenas de Otavaló. Desde los tiempos precolombinos, la población de estos terrenos destacaba por su habilidad en el arte de tejer. En la época



8. Mercado en Otavalo-parte tradicional



9. Mercado en Otavalo parte tradicional



10. Mercado en Otavalo de artesanía-orientado a los turistas



11. Primera oficina indígena de Exportación



12. Indígenas aprovechando los servicios de la oficina de defensa de nuevas empresas



13. "Coraza"-hotel indígena en Otavalo

ca incaica existían en esta región aldeas especializadas en la fabricación de tejidos de carácter mágico-religioso llamado *cumbi*. En la época colonial, Otavalo se erigió en una de los mayores centros textiles de toda Latinoamérica, aportando con ello grandes beneficios a la Corona de España. Los trabajos obligatorios en calidad de tributos para los habitantes de los alrededores de Otavalo se convirtieron en un símbolo de la explotación colonizadora sobre la población autóctona sólo comparable al de las minas de Potosí en Bolivia. Tras la independencia, partes de los talleres cerraron, pero muchos de ellos se transformaron en fábricas modernas que funcionan hasta el día de hoy, aunque en manos de la elite nacional. Estas fábricas funcionan como siempre a base de la mano de obra barata indígena de los alrededores. Al mismo tiempo, y pese a los cambios registrados, en toda familia indígena se cultiva la tradición de elaborar tejido para uso propio y para el comercio en pequeña escala en los mercados locales. La fabricación de tejidos y el pequeño comercio no aportó mucho beneficio económico al indígena medio, pero constituyó un factor económico estable y fue siempre una fuente de prestigio social en la comunidad.

En la década de los sesenta, al mismo tiempo que en Saraguro, en Otavalo se aplicó el plan de desarrollo desde arriba. La administración central decidió hacer de la ciudad un centro turístico. Los proyectos de transformación se basaron en la promoción del pequeño comercio textil y en la distribución de productos en una escala más amplia del mercado nacional. La intención de los realizadores del plan fue la activación y mejora de la situación económica de los tejedores. Sin embargo, los resultados fueron contrarios a los objetivos. La artesanía sufrió la monopolización de una nueva clase de productores y distribuidores mestizos que, a pesar del crecimiento continuo de la producción y del desarrollo del mercado, bajaban el precio de los productos de los artesanos tradicionales.

Al contrario de los artesanos indígenas, los mestizos basaron su trabajo mediante la contratación de empleados indígenas y de este modo imitaban el arte nativo y a la par disponían de técnicas de tejido modernas. Gracias a esto, obtenían un creciente éxito, financiadas por diferentes organizaciones nacionales e internacionales. Una vez más los planes de desarrollo dirigidos desde arriba no supusieron una mejora en las condiciones de vida de la población a la que iban dirigidas. Un mesurado efecto de estos planes resultó ser una nueva forma de explotación de una nueva casta enriquecida sobre la indígena. A consecuencia de ello, en la década de los ochenta se observó un aumento de la emigración de los indígenas de la región de Otavalo a las fábricas de Quito y Guayaquil. Unos pocos artesanos indígenas que no estaban dis-

puestos a seguir aceptando su papel de “fuerza de trabajo” y que no aceptaban el plan impuesto de desarrollo de una nueva pseudopopular artesanía, crearon un camino propio en lo referente a su formación apartando con ello positivos cambios en muchas esferas de la sociedad étnica. Las transformaciones desde abajo estribaron en el control sobre el total de la producción y la distribución de los productos. Los artesanos indígenas omitieron la posibilidad de disfrutar de la red de distribuidores locales e iniciaron la búsqueda de nuevos mercados fuera del país. Las nuevas formas de organización del trabajo fueron costeadas por la comunidad, personas individuales y determinadas familias. Exigían nuevas fuentes pecuniarias, largos periodos de ausencia del domicilio así como la limitación de manos de obra en la esfera agropecuaria. Por supuesto, también se hacía necesario un mejor conocimiento del español como lengua de comunicación con el exterior.

Los éxitos materiales de esta iniciativa encontraron seguidores. En Otavalo aparecieron día a día productores y comerciantes independientes, cuyo mercado se extendía hasta otras latitudes de América y Europa. Esta clase de artesanos que ejercía el control sobre su propia producción económica, igual que en Saraguro, no se iba a limitar a este plano de la vida productiva. Se convirtieron en una elite de influencia sobre los restantes miembros de la comunidad. Ellos fueron los precursores de la modernización del cantón, ellos mostraron el camino de la modificación y la adaptación a las exigencias del sistema capitalista de una sociedad que se identificaba con formas de vida y administración propias de la comunidad indígena. Esta clase emprendió el proceso de cambio de identidad: como una nueva forma de entendimiento étnico y como un control sobre la continuación de su propio etnodesarrollo.

Los artesanos otavaleños, de forma semejante a los representantes de la comunidad de Saraguro, fueron la clave de la formación de una clase media indígena. Los nuevos artesanos rompieron con las reglas del mestizaje cultural lanzadas por la sociedad nacional como única forma posible de avance social. La actividad de sus hijos aún ejerce aun mayor influjo sobre el futuro del etnodesarrollo tanto de Otavalo como de otros grupos indígenas del país.

El fondo social de la narración en sus respectivas fases del proceso biográfico

El fondo permanente de la autobiografía está constituido por dos espacios sociales: la comunidad y la ciudad, que corresponden a dos visiones polarizadas creadas a lo largo de la narración: lo propio y lo ajeno. Los fragmentos que caracterizan lo propio y lo ajeno en las respectivas fases del pro-

ceso biográfico se transforman y se diferencian al mismo tiempo que la conciencia de las narradoras.

Las comunidades son, con todo, el punto de apoyo, el plano permanente de referencia, incluso entre las narradoras que han pasado la mayor parte de su vida fuera de ellas. Así pues, las comunidades constituyen la imagen de *lo propio* en oposición a la ciudad y a sus habitantes que son *lo ajeno*...

En las narraciones destacan claramente las fases del proceso biográfico. A pesar de su juventud, el destino de todas ellas presenta una amplia gama de cambios observables en sus biografías: fase de los modelos institucionales de actividad, trayectoria, metamorfosis y esquemas biográficos de actividad. En las narraciones citadas a continuación, estas etapas de la vida son señaladas con otros términos por las narradoras, pero corresponden a estos conceptos. La vida familiar, el inicio de la educación en casa y en la comunidad equivalen a la fase de los modelos institucionales de actividad. El período de la educación escolar inicial y el posterior paso a los estudios equivalen a la trayectoria con algunas de sus subetapas (completo extravío, separación del mundo propio e intento de adaptación a un mundo no del todo comprensible para ellas).

El siguiente período es la fase de metamorfosis relacionada con distintas experiencias vitales y en distintas edades de las narradoras (encuentro con personas concretas, primer trabajo, viajes, descubrimientos de las propias capacidades). El período actual de la vida familiar el trabajo social o profesional equivale a la fase de los esquemas biográficos de actividad, en el cual todas las narradoras lograron un dominio sobre su vida y su futuro. En estas respectivas fases de sus destinos, me interesaron sobre todo estas experiencias que influyeron sobre la forma de describir el mundo propio y ajeno y que al mismo tiempo determinaron el carácter de las narradoras. La forma de describir las experiencias permite distinguir las que de entre ellas marcaron fundamentalmente los cambios internos de las narradoras.

Sus imágenes

Sus imágenes se transformaban paulatinamente, pero siempre permanecían unos elementos estables: comunidad, lengua, traje y, a veces, determinados valores morales.

La vida, en la primera fase de la biografía, fue calificada por las narradoras de feliz y segura. Sus espacios fueron la comunidad, de modo que sus fronteras señalaban lo propio y lo local. La vida entre los suyos se basaba en la solidaridad, y en la actividad común. Las normas de comportamiento, los

derechos y las obligaciones eran claras y lógicas. Las relaciones sociales con el medio, los días de trabajo y de festejo eran regulados por el calendario agrario. La identidad de las narradoras, su alma, aparecía de forma inconsciente en el relato; se presentaban según las reglas del behaviorismo: los modelos de comportamiento institucionales reflejados en las relaciones sociales de la familia y la comunidad.

En la fase segunda de la trayectoria, se constaba el resultado del trauma que supuso para las narradoras la introducción en un mundo ajeno al suyo admirado en un principio. La vida de las narradoras se caracterizaba por una desestabilización general: la alienación. Todos los modelos conocidos propios de orientación social resultaban inadecuados para la nueva situación existente en la escuela. En la fase inicial de la trayectoria se puede suponer por lo tanto que apareció un breve período de crisis identificativa. Con el tiempo tomaron conciencia de que la aversión del medio era debida a la lengua, el traje y el lugar en que habitaban las narradoras, que deberían realizar la verificación de su identidad. Estos elementos dejaban de ser algo natural, los datos tomados de la comunidad que formaban parte de su realidad igualmente. La necesidad diaria de negociar su derecho a tener un lugar en el mundo ajeno hacía que su identidad tuviera que transformarse: de inconsciente a consciente. El hecho de enfrentarse diariamente a esta autodefinición, ante un mundo adverso, reforzaba su identidad.

En este período existió, seguro, un peligro real de rechazar las señas de su identidad cultural. El alto grado de aversión del medio ajeno a la par que la fuerza del vínculo emocional con la familia, hicieron que no se debilitara la identidad de las narradoras; al contrario lo profundizó. La imagen de la comunidad iba adquiriendo al final de este período un carácter más amplio. Pasó de ser un determinado espacio físico local a un espacio de orden social; un espacio de valores con los que se identificaban las narradoras ya de forma consciente. La comunidad adquiría además un carácter de fortaleza protectora de su lugar en el mundo, ofrecía seguridad incluso en los períodos de larga ausencia debidos a la permanencia en escuelas con internado. Al mismo tiempo, esta imagen se iba extendiendo a otros miembros de la comunidad indígena que mantenían relación con la sociedad blanca-mestiza.

La etapa de metamorfosis es el momento de transformación de diversas estrategias defensivas para adaptarse al medio individualmente en concretas estrategias de identidad étnica. Las amplias relaciones interétnicas, ante todo con extranjeros, provocaron que su diferenciación cultural ya no fuera impedimento en los contactos con el medio ajeno. Las narradoras conformaron su etnicidad y estos mismos factores que durante la etapa de trayectoria ha-

bían sido el objetivo del desprecio y la discriminación del medio resultaban dignos de estima. La exposición de su diferenciación en el mundo ajeno se convirtió en el punto de regreso en las relaciones con la sociedad nacional.

La etapa de los esquemas biográficos de actividad estriba en el logro del control total sobre su vida. Para las narradoras sigue siendo un elemento clave de su biografía las comunidades, pero tomaban un carácter metafórico en las relaciones interindígenas. La vida en las comunidades, la tierra propia es generalmente un lugar idealizado de orden y paz. La comunidad, de ser un espacio físico que ayudaba a las narradoras a encontrarse en el período más difícil (inicial) de su vida en la ciudad, pasaba a ser un espacio simbólico que facilitaba el dialogo entre los distintos grupos indígenas por encima de las divisiones regionales. La comunidad se convertía, al mismo tiempo, en un lugar de referencia, y en un amplio mecanismo de transmisión de la tradición y de determinados valores que abarcaban no sólo a las personas educadas en ellos, sino también a los hijos de mestizaje indígena con relaciones esporádicas con la comunidad.

La tierra se transformaba de una identificación local inconsciente y regional, en una consciente, que comprendía tanto a los habitantes de los terrenos de la comunidad como a los de la ciudad. Esta concepción se halla determinada por las relaciones con la comunidad, reales y simbólicas, como sistema que representaba determinados valores, pero ya no sólo limitados a una determinada estructura socio-económica: lengua, traje, sino también coexisten factores nuevos: recuerdos de la trayectoria, experiencias, traumáticas durante la educación y, entre los que han logrado una posición social, una nueva conciencia de la pobreza, el sufrimiento y la discriminación en el pasado de todos habitantes de la comunidad. Sus señas de identidad poseen mayores y mejores valores morales: respeto a cualquier tipo de trabajo y lo que ello conlleva, laboriosidad, solidez, honor, confianza, honestidad, sinceridad, armonía, mutuo apoyo, solidaridad.

Este conjunto de caracteres basados en la tradición fue el más marcadamente relacionado con la fase de la metamorfosis biográfica. En la etapa del proceso biográfico conocida como fase de los esquemas biográficos apareció paralelamente un conjunto de nuevos rasgos como iniciativa y elasticidad económica, actividad, amplios contactos interétnicos y especialmente internacionales, conocimiento de lenguas extranjeras, logro de la mejora en la situación familiar a través de la actividad y amplio abanico de posibilidades profesionales y sociales, así como el deseo de asegurar una más alta posición social en la estructura del país, sin olvidar el respeto al derecho a la diferenciación cultural (Sniadecka-Kotarska 1999). Este último conjunto de rasgos

tendría como función romper con el estereotipo negativo del indígena vigente en la sociedad nacional. La imagen del indio dedicado únicamente a las labores agro-pecuarias, con una economía autárquica, con un conocimiento precario del español, aislado, con una vida de letargo, resistente a los cambios, queda borrada y rehabilitada a través de la defensa de su idiosincrasia.

En esta nueva concepción no se velan algunas diferencias resultantes del pasado histórico que podrían significar un obstáculo para la nueva identidad indígena. El elemento de partida de esta idea crítica sería la aceptación de ciertas realidades: la desigualdad económica y los privilegios y el poder en manos de una élite indígena en tiempos remotos. Desaparece la relación que se guardaba con algunos eventos históricos de la época incaica en Otavalo y Saraguro. Son también aceptadas nuevas visiones, no siempre de acuerdo con la verdad histórica, como por ejemplo, se da por sentada la necesidad de expresarse en lengua quechua para los asuntos religiosos y la reforma en la jerarquía de valores de ciertos dogmas. La religión popular se caracteriza desde hace tiempo por un profundo sincretismo en el cual se hallan formas entrelazadas en ambas lenguas, lo cual está en la propia tradición. Las exigencias de cambio tienen actualmente un carácter más bien indicativo.

Todo el conjunto de los rasgos mencionados, incluidos los de tipo indicativo, son consecuencia de la creación consciente de una nueva idiosincrasia (etnicidad) ciudadana (civic ethnicity o modern ethnicity) en la cual los indígenas son activos y conscientes de sus objetivos cívicos destinados a la edificación de una sociedad multicultural y pluriétnica (Posern-Zielinski 1999).

La imagen de lo ajeno

La imagen de lo ajeno se transforma más claro que la de lo propio. En la **primera fase de la biografía**, la imagen de lo ajeno, sólo apunta débilmente, sin definirse. La relación con lo ajeno se ve caracterizada por la indiferencia resultante de la falta de relación directa y de conocimientos sobre el tema. El mundo de los otros es simplemente el mundo exterior a la comunidad, cuyos representantes están relacionados con el espacio urbano y que hablan una lengua ajena: el español.

En la **segunda fase de la biografía**: la trayectoria, etapa larga y no uniforme, se observan violentos cambios en relación a lo ajeno. En esta fase se reconoce el mecanismo de formación de un concepto de lo otro basado en categorías negativas. En el período inicial, la imagen de lo otro estaba relaciona-

da sobre todo con la escuela como institución que recogía todo “lo ajeno”. Este medio que abarcaba a los profesores, alumnos y sus padres se calificaba de espacio amenazante, restrictivo, adverso, enemigo de lo suyo (lo propio). Este medio resultaba incomprensible para las narradoras y era una fuente de humillaciones y golpes imprevistos. Paulatinamente, en la fase de la trayectoria, aparecen rasgos definitorios de lo ajeno: pereza, grosería, complejo de superioridad, deshonor, desprecio hacia los habitantes de las aldeas. Solo en la última etapa de la fase de trayectoria aparece la conciencia de la pobreza del indio frente a la riqueza de los otros (no siempre es esto cierto), así como las reflexiones sobre las diferencias en la vida cotidiana: comida, juegos, comportamientos, religiosidad y festejos.

Estas opiniones muestran que, tras una aparente superficialidad en su relación con el mundo ajeno, se esconde una aguda observación. Desde una ignorancia total, se pasaba de modo paulatino y fragmentario a un conocimiento de las reglas del mundo enemigo cuyos espacios se referían a la ciudad y, a veces, incluso a la iglesia. El mayor conocimiento del mundo enemigo coincidía con la salida del proceso de trayectoria y no significaba un entendimiento del mismo. En la etapa de metamorfosis aparecía ya la diferencia entre lo ajeno amigo y lo ajeno enemigo. Los otros se convertirían en unos extranjeros cuya imagen no se asociaba necesariamente al sufrimiento. Estas relaciones permitían mirar al mundo ajeno (blanco-mestizo) con una mayor distancia.

La comparación de lo ajeno de otros países intensificó aún más. La imagen de referencia a *los otros* es cada vez más peyorativa y se extiende a todas las esferas de la vida no sólo a las relaciones personales. La imagen de lo ajeno se perfila con rasgos como deshonestidad, corrupción, vida disoluta a costa de los demás, impunidad, una soberbia que no se explica ni por su auténtica capacidad profesional ni por sus propiedades. Se critica la falta de moral cuyo reflejo en la cotidianidad es falsedad, violencia, mentira, informalidad.

Entre los rasgos que caracterizan a los ajenos extranjeros tampoco faltan connotaciones negativas: avaricia, desprecio hacia el trabajo físico, soledad y aislamiento de las personas. Pero entre los extranjeros (los suyos) aprecian la inteligencia, las ambiciones positivas, la competitividad profesional, el ansia de contacto con los autóctonos acompañada de un auténtico interés.

En las narraciones en las que se habla de los otros se les presenta indignos de confianza, en las que aparecen los otros extranjeros (los suyos) se destaca la confianza e incluso las posibilidades de colaboración y amistad. En la fase del actual proceso biográfico en la visión de lo ajeno en el ámbito na-

cional se han producido las primeras variaciones. Las narradoras que viven en las ciudades, comparando su modelo de vida familiar, de educación de los hijos con los de lo *otros*, por ejemplo con sus vecinos mestizos, acaban por ver en ellos unas víctimas también de la trayectoria. Los autores del sufrimiento de las mujeres - los ajenos - la violencia familiar, la discriminación física y moral por razón de sexo, es como su propio mundo.

La comprensión hacia estas otras víctimas de la trayectoria a las que habría que ayudar constituye un momento culminante. Pues puede tender hacia una dirección oscilatoria en relación con el mundo ajeno y parte de sus representantes, en este caso mujeres; en consecuencia pone en marcha un mecanismo de nivelación entre esta dicotomía radical de *lo suyo* y *lo ajeno* .

Capítulo 1

BIOGRAFÍAS DE LAS MUJERES SARAGUREÑAS

1. Rosa Asunción Medina, 42 años (nacida en 1955)

La situación familiar

Nació en una de las familias más pobres de Lagunas. La vida de Rosa y de sus padres fue muy dura. Desde que recuerda tuvo que trabajar en casa, cumpliendo con las tareas domésticas y cuidando a su hermano menor. Su madre trabajaba en el campo el padre también siempre estaba fuera de casa buscando algún trabajo o ayudando en comunidades vecinas.

Los primeros pasos en la escuela

A los 7 años, como los demás niños, empezó en la escuela de la comunidad. Recuerda que muy a menudo faltaba a las clases por causa de las labores en casa (trabajos de campo y cuidado de los animales). No tuvo ningún libro ni cuaderno. Además, las clases tenían lugar con mucha irregularidad según la disponibilidad y las ganas del maestro. A pesar de que la escuela fue bilingüe, Rosa no alcanzó un buen dominio del castellano. La escuela, sin embargo, fue para ella un lugar donde podía jugar y reunirse con sus amiguitas. Empezó su cuarto curso en la escuela cuando su madre, de 24 años y después de haber dado a luz el tercer hijo, se puso enferma. Entonces, el padre prohibió a Rosa acudir a las clases. A la edad de 11 años, la niña tuvo que cumplir con todos los deberes de un ama de casa. La enfermedad o más bien la agonía de la madre duró siete meses. ¿Qué padecía? Rosa nunca lo supo. Sólo puede suponer ahora que se trataba de algunas complicaciones después del parto. Su madre tenía fuertes dolores en el vientre todo el tiempo sangraba y gemía. La familia no tenía dinero suficiente para hacer venir un médico (1967). Rosa recuerda que su abuela llamaba a los curanderos quienes intentaban *sacar* la en-



14. Rosa Asunción Medina



15. Rosa Asunción ante su casa en Las Lagunas

fermedad, utilizaban conejos de Indias para diagnosticar y hacían sacrificios de animales, pero no hubo remedio. No tenían dinero para pagar un médico mestizo que trabajaba en ese entonces en Saraguro. De aquella época, Rosa recuerda el hambre que sufría y los llantos de sus hermanos que le pedían de comer y ella no podía hacer nada. Su padre pidió ayuda a un cura, pero éste se la negó. En menos de un año desde la muerte de la madre, el padre (26 años), sufrió un accidente trabajando en San Lucas. Una roca le aplastó la pierna. Se repitió la misma historia, la herida empezó a pudrirse; su padre sufrió enormemente. Lo más duro fueron los momentos cuando en la fiebre llamaba a su mujer fallecida y luego, cuando recobraba la lucidez, rompía a llorar su muerte. Hoy, a Rosa le parece que sus padres formaron una pareja feliz. No recuerda que su padre jamás gritara o pegara a su madre, como era frecuente en otras familias. Durante los dos meses que duró su sufrimiento, la gente de la comunidad les traía cosas de comer. Después, cuando ya murió su padre, Rosa y sus hermanos (uno de 8 años y otro de 18 meses) fueron a vivir a casa de sus abuelos maternos Quichpe. De aquella época Rosa recuerda la imagen de su abuela que rezaba a la tierra y al sol. La niña no quería acompañarla; ella prefería las misas dominicales en Saraguro y los paseos por el mercado. Allí miraba a los niños mestizos, gozaban de todo lo que ella no tenía: padres, vestidos, comida, escuela, amigos, diversiones y el natural dominio del castellano que para ella seguía siendo un idioma extranjero. Pensaba entonces que todas sus desgracias derivaban del hecho de haber nacido india. Cerraba los ojos e intentaba imaginar a su familia como si fuera una familia mestiza. Recuerda que lo único que perturbaba sus sueños era que no podía imaginar la clara tez de su piel. No sabe explicárselo, pero sólo envidiaba a los mestizos y nunca a las familias de la comunidad, aunque algunas llevaban un buen nivel de vida. La gente de Lagunas no les ayudaba mucho, pero siempre era muy amable con su familia. Cuando tenía 14 años murió su abuelo. La situación económica se volvió todavía más difícil. Sólo trabajaba la abuela y ella. Quería que sus hermanos no tuvieran tantas ocupaciones en casa como ella y pudieran acudir a clases sin faltar. Por todo esto, cuando las hermanas Marianitas le ofrecieron un trabajo en el convento de Cuenca, prometiendo encima que le darían un poco de dinero para sus gastos y le dejarían terminar la escuela, Rosa lo aceptó enseguida. Se sintió feliz y tranquila por su futuro y el de su familia. Les prometió mandar dinero para comprar de comer.

Su primer trabajo y la continuación de los estudios

Su vida en el convento resultó una pesadilla. Trabajaba desde las cuatro de la madrugada hasta las once de la noche con 2-4 niñas mestizas tenía que cocinar, lavar platos, lavar la ropa y planchar a veces hasta para 120 personas. Fue entonces cuando comprendió lo que era el racismo. Se sentía sola e infeliz. Siempre le reprochaban que era una india torpe y lenta. Rosa opina que trabajaba mejor que las niñas mestizas, a las que trataban de otra manera. Muchas veces intentaba demostrarlo, pero siempre recibía críticas injustas. Aunque vivía en el monasterio, no tenía tiempo para ir a la iglesia. Además, tenía miedo de salir sola del monasterio, le daban miedo las calles llenas de gente desconocida y desagradable con ella, las frases vulgares de los hombres... La ciudad le horrorizaba. Aunque todo el tiempo se sentía muy cansada (mucho más que en Lagunas), y llena de temores, no dejaba de acudir a clases en el turno de tarde. También allí escuchaba que sólo era una india sucia y torpe y que no le hacía falta la escuela. Encima, sus salidas para asistir a clases hacían todavía más difícil su situación en el monasterio. Tenía que trabajar sin descanso para recuperar las horas pasadas en la escuela. La conciencia de que aprendía y que hablaba castellano cada vez mejor le ayudó enormemente. Sus salarios bajos e irregulares, los mandaba a la abuela o compraba algo para sus hermanos. Las monjas insistían en que todo se lo daban gratuitamente, así que no le debían ningún dinero. Recuerda cuando por primera vez compró a sus hermanos dos cuadernos y lo contenta y orgullosa que se sentía pensando que iban a tener lo que a ella nunca nadie le había dado. Creía que así podrían estudiar mejor que ella. A los tres años de estar en Cuenca y tras haber terminado la escuela, se fugó del convento. Regresó a Lagunas aunque todos criticaban su decisión, ya que en el monasterio tenía ropa y comida. Durante un año volvió a trabajar con la abuela. A pesar de la miseria y el trabajo duro se sentía muy tranquila, pues estaba entre los suyos. Las fiestas de comunidad, misas y oraciones la llenaban de felicidad de un modo distinto. Ahora prefería ir a la iglesia de Lagunas. Antes trataba esas reuniones como si fuera de lo más natural, no sabía apreciar la importancia de la participación y de la comprensión. La familia y los vecinos acabaron por aceptar su decisión de volver. Lo único que esperaban ahora era su pronto casamiento y la llegada de los hijos. Sin hablar con nadie se fue de nuevo a Cuenca, esta vez para buscar trabajo. No pensaba casarse, no quería vivir en la miseria, su deseo era mejorar su situación material. Le parecía que la única manera de conseguirlo era salir por un tiempo de su pueblo. Ni siquiera la abuela pudo comprender su decisión, pero la aceptó. En Lagunas nadie solía contratar un tra-

bajo temporal. Si alguien emigraba a la ciudad, rompía contactos con la comunidad, olvidaba a su familia, rechazaba el idioma y el traje tradicional imitando en todo a los mestizos. Así que su regreso del monasterio resultó extraño.

La vida profesional

La partida fue para Rosa una experiencia difícil. No tenía el suficiente dinero ni siquiera para pagar el pasaje para Cuenca. El chofer, a cambio de su sombrero, la dejó instalarse sobre el techo, entre bultos y maletas, aunque había sitios en el autobús y el valor del sombrero superaba varias veces el precio del billete. Nunca olvidará aquel miedo a no caer en las curvas, el frío penetrante ni la lluvia que caía. Todavía se siente orgullosa por haber pasado los primeros días durmiendo en la calle, sin dinero y haberlo superado. Sola, sin que nadie la ayudara, encontró un trabajo. Durante los 10 años siguientes cambió de trabajo varias veces; algunas veces la echaron, otras se fue por sí misma. Iba aprendiendo cómo negociar su salario, pedir mejores condiciones de trabajo o recordar su derecho a días libres y vacaciones (los primeros años trabajaba incluso los sábados y domingos). Nunca ocultó su origen saragureño; siempre vestía el traje tradicional, hablaba en quichua y le gustaba poder ayudar a alguien hablándole en su lengua, porque muchas veces encontraba a personas perdidas como ella en sus primeros meses. Lo peor para Rosa era la soledad. A pesar de su larga estancia en la ciudad, no encontró ninguna amiga. Muchas veces volvía a Lagunas, sobre todo para las fiestas. Aguantaba críticas y cotilleos de los vecinos. Todas sus amigas ya tenían familia, no entendían sus ambiciones ni su modo de vivir. Su trabajo no le gustaba, pero gracias a lo que hacía ni ella ni su familia conocieron durante aquellos años lo que era el hambre. La mayor pena, después de la muerte de la abuela, se la causaron sus hermanos. No querían continuar los estudios, se casaron demasiado pronto, según Rosa, y tuvieron hijos. Mas ellos no sólo no compartían las ambiciones de Rosa para mejorar su vida, sino que encima empezaron a beber. Rosa recuerda su espanto cuando un día descubrió que uno de sus hermanos maltrataba a su mujer y que ella, hermana suya, no podía hacer nada. Después de los años vividos en la ciudad, se mostraba más sensible al problema del alcoholismo y de la violencia hacia las mujeres. Estaba segura de que los de Saraguro y los indios trataban a sus mujeres mucho mejor que los mestizos. Observaba la impotencia de las mujeres de la ciudad, quienes con humildad aceptaban incesantes borracheras y broncas. Opinaba también que los hombres de Saraguro bebían demasiado, pero eso durante las fiestas y sólo en-

tonces se ponían demasiado violentos. Desgraciadamente, la borrachera de sus hermanos la podía comparar solamente con la de los mestizos. Rosa considera que el beber es un vicio que destruye a la gente y a sus familias. En esa época dejó de ayudar económicamente a sus hermanos y empezó a hacer pequeños ahorros. Sin embargo, seguía yendo con frecuencia a Lagunas. Cuando cumplió 27 años (1982), en una de las fiestas en Lagunas conoció a un chico 11 años menor que ella. Ella no pensaba en absoluto en el matrimonio, era él quien insistía, pese al disgusto de su familia. Un año después, cuando Rosa fue alguna otra vez al pueblo, el chico volvió a pedirle su mano. Se casaron dando la razón a interminables cuchicheos. Le pronosticaban un rápido fin de su matrimonio. Durante dos años vivieron en la casa que le había dejado la abuela, trabajando en una tienda de la comunidad. Como a pesar de todo esto su situación material no mejoraba, convenció a su marido para irse a la ciudad. Fue ella quien consiguió un trabajo para los dos. Después alquilaron su primer cuarto. Organizando la vida para los dos en Cuenca, Rosa notó la confusión de su marido en la ciudad. Comprendió, entonces, lo importante que fue la decisión de irse del pueblo que había tomado ella años antes, cuántas cosas había aprendido. Ya sabía cómo exigir el derecho a sentarse en el autobús, no ceder el asiento a los mestizos, hacer notar su laboriosidad reprochando la pereza de los otros, dar a conocer su saber en la cocina. Gracias a su perseverancia y habilidad, había pasado en la ciudad todos los niveles de la educación profesional. Empezó fregando platos y ayudando en trabajos más complicados. Cuando llegó con su marido, ya era cocinera profesional. Durante su última estancia en Cuenca, ganó experiencia en la cocina mestiza e india. Aprovechó la popularidad de la que gozaban algunos platos entre la población mestiza y los turistas, p. ej. preparar carne de cuy (conejo de Indias). Notó también que algunos de sus señores eran de origen indio y aunque lo ocultaban incluso ante Rosa para hacerle sentir su superioridad por pertenecer a un mundo distinto, les agradaban los platos típicamente indios, de la cocina tradicional indígena. En una ocasión, Rosa incluso perdió el trabajo por causa de esos hábitos. Un día, durante la cena con muchos invitados, sirvió un plato de maíz que se solía comer en aquella casa. Uno de los presentes le hizo notar su supuesto error cuando Rosa le contestó sin pensar que a su señora le gustaba mucho aquel plato. Los dueños de la casa la despidieron inmediatamente.

Durante los 8 años siguientes, trabajaba con su marido. Ahorraban y en el tiempo libre construían la casa. Su marido trabajaba de ayudante en la construcción, después en el transporte. Volvió a mandar dinero a Lagunas, esta vez, para pagar la escuela de una de sus primas, la mayor. Cuando la madre

de la niña se fue dejando al padre, (hermano de Rosa), con tres hijos, Rosa se encargó de la mayor de los hermanos, que tenía entonces 6 años. Otra tía llevó a los dos pequeños. El hecho de que nunca podría tener hijos fue para Rosa una noticia muy dolorosa. Durante mucho tiempo, no dejaba de preocuparle la decisión de su marido de cambiar de religión. Aconsejado por los colegas de trabajo se convirtió al protestantismo. Rosa cree que lo hizo seducido por las promesas de carácter económico y por recibir una ... bicicleta. La regalaban a todos los nuevos creyentes que ingresaban en la iglesia. Rosa no se oponía a que asistiera a las reuniones de su nueva iglesia, pero se negaba tajantemente a acudir ella misma. Durante algún tiempo, su marido dejó de acompañarla a las fiestas de Lagunas, luego perdió las ganas de salir de Cuenca. Rosa se sentía católica, pero en la práctica de Saraguro que consideraba la única verdadera. En la ciudad no iba a misa porque le parecía extraña. Cree que la religión de Saraguro es la única verdadera y justa por respetar la naturaleza, las montañas y los espíritus de los antepasados. También las fiestas son verdaderas porque al hacer las ofrendas todos se sienten unidos. Cada una de las fiestas exige ofrendas distintas, p. ej. de flores, de naranjas, de bebidas alcohólicas hechas a base de hierbas recogidas por los iniciados. La situación cambió después de 1990. El alzamiento indígena lo vivieron pasivamente en Cuenca. Rosa recuerda, sin embargo, el gran orgullo que sentía porque fueron los Saraguro y además los de Lagunas, que conocía desde muy niña, quienes tuvieron un papel importante en la rebelión. Rosa opina además que desde aquel momento se empezó a oír el quichua en la ciudad. Como alguien que vivía en Cuenca y quien hablaba el castellano, Rosa muy a menudo ayudaba a los que llegaban del pueblo. Pero el hecho de comunicarse en quichua daba vergüenza, lo hablaban lo más bajo y lo más rápido posible para no atraer burlas.

En 1992 Rosa regresó definitivamente a Lagunas. "... ésta es nuestra casa ... tenemos nuestras verdaderas misas que nos unen y no las misas extrañas de Cuenca ... aquí los entierros son verdaderos ... nadie se burla de que despedamos a los muertos bailando...". Rosa compró con su marido un terreno de 1 ha. en la antigua comunidad, luego, compraron animales. Por fin tienen lo que soñaban, su propia granja y su lugar en Lagunas. El marido trabaja en el campo; ya no acude con la frecuencia de antes a las reuniones de los evangelistas que son poco numerosos en Saraguro y ausentes en Lagunas. A veces incluso los critica, lo que agrada a Rosa. Ella se gana la vida vendiendo sus productos del campo en el mercado y fabricando pequeña artesanía.

La actividad social

Desde siempre, Rosa trabaja activamente en las organizaciones de mujeres. Al principio la trataban como a una forastera. Le reprochaban su larga estancia fuera de Lagunas, sospechando al mismo tiempo que pronto se iría otra vez. Fue ella quien se opuso al exagerado separatismo de las organizaciones femeninas (Organización de Madres, Organización de Jóvenes Esposas, de Mujeres Solteras, de Alumnas, etc.). Opinaba que educando a su sobrina tenía el mismo derecho de hablar de problemas de niños que las demás madres. Cuando le negaban este derecho se oponía enérgicamente. Fue en Cuenca donde conoció las organizaciones de mujeres (las religiosas y las comunistas), sin embargo, no la atraían, no tenía ganas de ingresar en ellas, así como se negó a ingresar en el sindicato de cocineras. Sabía que existían todas esas organizaciones y venía observando su debilidad, su limitado alcance. Por esto, en Saraguro era una ferviente partidaria de la unión de varias organizaciones de mujeres en una sola. Además, Rosa cree que en el futuro tendrían que colaborar con las organizaciones de mujeres mestizas, lo que fortalecería su posición. Por el momento, sin embargo, nadie quiere considerar estos propósitos. El sentimiento de rechazo entre los mestizos es tan fuerte que tienen que seguir viviendo separados; también muchos Saraguro no quieren cambiar la presente situación. A algunos incluso les alegra la pobreza de los blancos y el creciente papel de los indios en el país. Rosa comprende perfectamente la razón de estas actitudes, aunque ella misma no las comparte.

En 1995, las organizaciones de mujeres se unieron. Rosa participó en varios congresos, entre otros en Cuenca y Machala inició la colaboración con las indias de Candar, etc. Cuando habla de la candidatura a la presidencia de la organización en mayo de 1997, su voz se pone a temblar. Piensa que es el mayor honor que le han concedido en la vida. Ella, nacida en una familia que nunca ha ocupado ninguna función en los comités de fiestas, a quien criticaron durante tanto tiempo para luego tratarla como a una extranjera, ahora ella ocupa una función de suma importancia.

La candidatura para la presidenta de la Organización de Mujeres decidió el nombramiento de Rosa para desempeñar el papel de una de las primeras ayudantes de Marcanmama Mayor encargadas de preparar la comida para las próximas Navidades.

La fiesta de Navidad es la más importante entre los Saraguro, con un carácter profundamente sincrético. Durante los 7 a 10 días que duran las celebraciones (preparadas durante varios meses), se puede observar el dualismo del mundo superior *hanan* e interior *hurin* de las tradiciones precolombinas.

Este dualismo se deja notar tanto en la organización de la fiesta como en el complejo ritualismo (comida, sacrificios, bailes, canto y conjunto de gestos). La preparación de la fiesta se basa en la elección del comité, a su frente, Marcantaita Mayor y Menor (traducido literalmente del quichua: personas que representan el Padre Superior e Inferior de la comunidad). Ambos son completados por Marcanmama Mayor y Menor que representan Pachamama, la diosa de la Tierra. Esas parejas tienen asignadas cuatro funciones de menor categoría desempeñadas también por otras cuatro parejas. Cada una de ellas elige libremente a sus ayudantes que pueden ser hasta más de diez. Rosa fue elegida ayudante de Marcanmama Mayor.

El hecho de desempeñar una función durante las fiestas de Navidad es prueba de una gran confianza de la comunidad hacia la persona elegida. La elección desencadena todo un sistema de nuevas relaciones sociales no sólo para Rosa sino para toda su familia y les infiere prestigio durante todo el año. Las personas que de jóvenes no ocupaban bajos puestos de ayudantes inferiores en los comités de fiestas, no pueden, adultos, desempeñar funciones de rango superior. Estos exigen una paulatina ascensión pasando sucesivamente por todos los puestos de la estricta jerarquía. Este sistema está basado en la opinión de la comunidad sobre las familias que la forman y sobre cada uno de los miembros de estas familias. La elección de Rosa para ayudante de Marcanmama Mayor constituye un precedente en la tradición que han hecho especialmente para ella. De este modo “saltó” varios niveles de la tradicional jerarquía de funciones. Además, Rosa se ve invitada para preparar las coronas de flores que todas las semanas se colocan en la iglesia. Teóricamente, cada mujer puede participar en esta actividad, su ayuda sólo depende de su buena disposición. Sin embargo, Rosa observa que antes nadie le pedía que fuera a ayudar en la preparación de estas tradicionales coronas de flores.

En cuanto a la Organización de Mujeres, Rosa tiene varios proyectos para el futuro, tanto a nivel social como económico. El más importante, en su opinión, es la apertura de un restaurante indio en la plaza del mercado en Saraguro que, por un lado, daría trabajo a aquellas mujeres que no tienen nada y, por otro, para otras sería un lugar donde vender los productos agrícolas. Del mismo modo funciona ya la primera tienda india. Situada en el mercado, abre todos los días de la semana. El comercio consiste en la compra de los productos directamente de los campesinos de Cuenca y Loja, sin pasar por los intermediarios. Gracias a este sistema, sus productos son más baratos. Los beneficios se reparten una vez al año entre seis comunidades que, ya localmente, ayudan a las mujeres con más difícil situación económica. Además, Rosa, organiza las llamadas “reuniones de ayuda” para las mujeres que sufren por dis-

tintas causas, p. ej. el alcoholismo del marido, la enfermedad, falta de recursos, el abandono, la soledad. Piensa que las mujeres pueden ayudarse recíprocamente y es lo que efectivamente pasa. Rosa trabaja también como una especie de oficina de información sobre las reglas y leyes del comportamiento en la ciudad, indica las mejores formas de comprar en Cuenca, de buscar mercancías, etc. Previene a las mujeres ante los matrimonios precoces y las decisiones de emigrar tomadas sin debida reflexión. Rosa quisiera que se limitaran las emigraciones definitivas que llevan a la ruptura de las relaciones con el grupo. Habla abiertamente de la soledad que ha vivido, de sus experiencias y vivencias para ayudar a otras mujeres a la hora de tomar decisiones y para evitarles el rechazo de su propia cultura e identidad. El hecho de marcharse de su pueblo hace aprender cosas, según Rosa, pero las jóvenes tienen que estar preparadas para el viaje "... ante todo, tienen que saber quiénes son y apreciar sus propios valores que la ciudad suprime dejando en su lugar la soledad y ganas de poseer todo y en máxima cantidad ... (...) además, tienen que saber que siempre pueden volver a Saraguro, que ésta es la tierra de sus antepasados. El Ecuador es su país donde pueden vivir, pero Saraguro es su patria ...” En el futuro, Rosa quisiera organizar unas reuniones y semejantes formas de ayuda para los niños que no pueden estudiar. Para recaudar fondos quiere dirigirse a organizaciones ecuatorianas e internacionales. Considera la educación de los niños indígenas, incluidas las niñas, como el objetivo más importante de la organización que dirige. Le satisface la buena cooperación con la FIIS; (Federación Interprovincial de Indios Saraguro) dice que su presidente, Angel Chalan, le ayudó a tomar la decisión de regresar definitivamente a Lagunas. Sin embargo, la FIIS no tiene posibilidad de ayudar económicamente a su organización, lo que es incomprensible para Rosa, ya que la FIIS dispone de importantes fondos internacionales cuya distribución no deja de atraer críticas.

María, la sobrina, es para Rosa una gran satisfacción. Es una buena chica, trabajadora, testaruda, que ante cualquier situación tiene su propia opinión. Además, comparte con su tía las ambiciones de mejorar su vida. En este momento, María termina el colegio con muy buenos expedientes. Sabe hablar inglés y quiere estudiar informática. Durante las últimas vacaciones siguió un curso de informática en Cuenca. Lo encontró ella sola y su tía se lo pagó. Sus proyectos para el futuro los consulta con la tía. Después de terminar los estudios quiere regresar a Lagunas y computarizar Saraguro.

Rosa advierte que mucho ha cambiado en la educación los últimos años. En gran parte, es la creciente participación de la familia. Para los padres de Rosa, su ausencia en casa por asistir a las clases era un inconveniente; no

les interesaba lo que pasaba en la escuela y nunca habían venido a verlo. Rosa opina hoy que tampoco hacían planes para el futuro de sus hijos. Ella participa activamente en todas las reuniones en la escuela de María y puede influir en los cambios que se operan para mejorar las condiciones de la enseñanza. Rosa quisiera asegurar a su sobrina la mejor universidad, pero no sabe si esto estará dentro de sus posibilidades. A parte de todo esto se siente contenta de las buenas relaciones que se tiene con la familia de su marido para los que se hizo una autoridad.

Rosa considera como sus mayores éxitos el dominio del castellano, la construcción de su propia casa, el regreso a Lagunas, la elección para la presidencia de la Organización de Mujeres y la actual situación de los indígenas en Saraguro. “*Podemos circular sin temor en la ciudad que ha dejado de ser un lugar poco hospitalario y peligroso*”.

2. Laura Quichpe. 34 años (nacida en 1963)

La situación familiar

Laura nació en una de las conocidas familias de la comunidad de Lagunas, (tanto en la línea paterna como la materna). Sus padres - Manuel y Angelina Guaman - cuentan entre los primeros en el cantón que se lanzaron a la gran producción de artesanía. Desde hace veinte años, trabajan en un taller familiar empleando desde hace poco unos empleados. Gracias a la venta de su artesanía en Cuenca y en su propia tienda en Saraguro, la familia de Laura llegó a ser una de las más ricas de la comunidad. Laura es la mayor de los cuatro hermanos. Tiene dos hermanas y un hermano dos años menor que ella.

Laura piensa que tuvo una infancia feliz. Su familia próxima y lejana, sus abuelos, mantenían siempre buenas relaciones. Los vecinos les amaban mucho. Laura siempre tenía muchos primos y amigas. Los demás la trataban con amabilidad y simpatía. Desde que recuerda, sus hermanos y ella siempre ayudaban tanto en casa como en los trabajos cotidianos en el campo y con los animales, en el taller y en las mingas, trabajando para la comunidad. Las tareas cambiaban según el niño iba creciendo.

Con los abuelos y con todos los demás, Laura hablaba en quichua. Sus padres, en cambio, sólo se dirigían a los hijos en castellano, a pesar de que ellos mismos se hablaban también en quichua. Antes nunca se ha preguntado por qué era así.

16. Laura Quichpe con su hija
Silvia ante su nueva casa
en Lagunas



17. Laura con sus hijos



18. Los padres de Laura

Los comienzos de la educación

Cuando Laura cumplió 6 años, sus padres decidieron mandarla a la escuela de las hermanas Marianitas en Saraguro. Recuerda que protestaba contra esta decisión, sobre todo porque todos sus amigos tenían que empezar la escuela el año siguiente y en Lagunas.

Los primeros días fueron para Laura un verdadero trauma y su primer curso lo recuerda como el peor año de su vida. Sus padres la prepararon muy bien para la escuela. Le compraron un vestido nuevo, libros, cuadernos y lápices mejores que los que tenían los niños mestizos. Recuerda su llegada a la escuela como si hubiera entrado en un mundo distinto y poco hospitalario que no entendía. Desde el primer momento, todos la rehuían como si estuviera enferma, se burlaban de ella sin razón, la señalaban con el dedo. Durante el primer semestre se sentía muy sola y perdida. Nadie quería sentarse a su lado. Durante los recreos se mantenía apartada; ni siquiera tenía derecho a mirar a los demás niños porque se enfadaban y le gritaban. Era imposible pasar un día entero en una sala pequeña con 30 niños y no mirar a nadie - me decía Laura -. Durante los primeros seis meses nadie quiso hablar con ella, nadie le “sopló” alguna respuesta, no le prestó un lápiz ni le ayudó en nada. Muy rápidamente, ya en el primer semestre, comprendió que sólo podía contar consigo misma. Aprendió a ocultar sus miedos, preocupaciones y sentimientos, porque cuando en una ocasión rompió a llorar en la clase, no sólo nadie le compadeció sino, todo lo contrario, todo el mundo se rió de ella. Laura recuerda que el primer año iba a las clases llorando todo el camino de miedo ante lo que la esperaba en la escuela y regresaba en lágrimas pensando en las penas y las humillaciones que le habían hecho sufrir durante el día. Todos los días, hiciera frío o lloviera, tenía que andar unos 40 minutos para ir y otros tantos para volver de la escuela. Hoy día, la idea de que durante aquel año derramó tantas lágrimas como nunca en su vida hace reír a Laura.

En casa no se atrevía a llorar ni tampoco podía quejarse. Sabe que a los dos días su padre fue a ver a la maestra. Regresó muy enojado y advirtió a Laura que tenía que aguantar el trato que le daban, tenía que terminar la escuela y no volver a hablar más de eso. La dureza de la posición de sus padres fue algo nuevo para ella; antes nunca se habían comportado así. La educaron de modo que era impensable no respetar la decisión del padre aunque durante mucho tiempo, prácticamente hasta el tercer curso, no llegaba a aprobarla. A veces, los indios que encontraba por el camino de la escuela intentaban consolarla de algún modo, le ayudaban en llevar libros y de distintas maneras le mostraban su simpatía. Laura piensa que eso hacía todavía más difícil el

afrontar después el mundo “*malo*”. En la escuela estudiaban otras tres niñas indias (una de Lagunas), pero las tres en los cursos superiores. A los seis meses de estar en la escuela, intentó hablar con ellas, pero eso no les gustó nada a las hermanas. Los niños indígenas tampoco podían hablarse en quichua. Laura sabe que sus amigas mayores a veces se hablaban susurrando en quichua, pero eso suscitaba burlas de los demás.

En general, no tenía problemas con los estudios, aunque el primer curso tuvo que trabajar duro para aprender realmente el castellano. Las maestras y los niños hablaban muy deprisa y usaban un vocabulario diferente al que ella conoció con sus padres.

Otro recuerdo desagradable de la escuela al que nunca pudo acostumbrarse fueron los gritos y órdenes de las maestras. Todos los niños lo sufrían, pero a Laura le afectaba mucho más que a otros.

Durante toda la escuela primaria, Laura no tuvo una amiguita íntima. A decir verdad, los niños nunca la aceptaron enteramente; si quedaban algunas sillas desocupadas siempre estaban a su lado, estuviera en el medio o al final de la sala. La situación mejoró un poco cuando terminaba la escuela -a las clases iba ya una quincena de niños indígenas-.

Al regresar de la escuela, Laura sentía que iba perdiendo el contacto con sus amigos de Lagunas. Tenía otras actividades, los estudios le ocupaban más tiempo que a ellas. Algunas de sus amigas abandonaron la escuela y se casaron.

Después de haber terminado la escuela primaria, los padres de Laura decidieron que iba a continuar los estudios en el colegio de las hermanas Marianitas en Loja. Otra vez, Laura tuvo que someterse a la decisión que no aprobaba. Quería continuar los estudios, pero en la escuela secundaria de Saraguro. En el internado del convento donde la pusieron era la única niña india. Aunque el internado y la escuela gozaban de buena reputación y pertenecían a los más caros, Laura se sentía como en una prisión. La vida era muy estricta, la comida diferente, cada dos meses podía ir a ver a su familia. Laura perdió tantos kilos que sus padres escucharon sus súplicas y aceptaron meterla en un internado con reglas menos estrictas. La escuela no le gustaba, los profesores le parecían antipáticos -no sabían explicar, sólo gritaban y exigían-. En su curso encontró tres amigas mestizas con las que pasaba los fines de semana la invitaban a sus casas, se iban de paseo por la ciudad. Después de un año de estar en el internado del convento, la ciudad era para Laura algo totalmente nuevo y desconocido. Se acostumbró al asombro que provocaba su traje tradicional; la aprobación de sus amigas le ayudaba a sobrellevarlo. Fue entonces cuando comprendió la decisión de sus padres -dominaba perfecta-

mente el castellano y el futuro dependía del conocimiento del español y de las relaciones con el mundo de los blancos y mestizos-. No dejaba de sentirse extranjera, pero como saragureña inició sus propias, y al principio bastante limitadas, relaciones con el mundo cerrado para sus amigos de Saraguro.

Tras haber pasado tres años en Loja, sus padres dieron su aprobación a que regresara a casa y terminara el colegio en Saraguro. Esta vez, Saraguro le pareció un lugar estupendo. Volvió a su mundo; todos los días regresaba a Lagunas, podía estar al corriente y participar en todos los acontecimientos; en la escuela encontró a muchos nuevos amigos. Ya había allí más de una docena de niños indios, entre otros sus hermanos y primos, que formaban un fuerte grupo para afrontar la enemistad del mundo mestizo. Así era más fácil aguantar. No podían evitar las insolencias, pero la conciencia que eran un grupo les ayudaba mucho: “... muchas veces, atravesando el mercado, escuchábamos: Por qué esos indios van al colegio, su lugar es en el campo, con las vacas ...” Laura recuerda “Como siempre fingíamos no haber oído nada, en grupo era mucho más fácil olvidarlo. Cuando iba sola, era difícil no hacer caso a aquellas maldades que dejaban sus huellas por mucho tiempo”.

En el colegio de Saraguro, Laura conoció a su futuro marido, Luis Chalan. Empezaron a verse ya a partir del segundo mes. Aunque tenía la misma edad, Luis iba al curso inferior porque empezó los estudios a los 7 años en la escuela de comunidad y no como Laura, en Saraguro. A pesar de que estaba muy ocupada -trabajaba con sus padres- estudiaba y se encontraba con Luis, el bachillerato lo pasó sin problemas.

Los estudios

Sus padres estaban muy orgullosos de ella; era la primera en la familia que terminaba la escuela secundaria. Por primera vez, ella sola tomó la decisión sobre la continuación de sus estudios. Se matriculó en la Facultad de Derecho en la Universidad Nacional de Cuenca. Esta decisión conllevaba muchos gastos: la matrícula, el alquiler del cuarto, el dinero para comprar libros y la comida. Desde siempre soñaba con estudiar derecho. Cuando de pequeña iba a la escuela, muchas veces se cruzaba en el mercado con un abogado mestizo. En aquel entonces decidió ser abogada en el futuro. Laura no sabía explicar por qué esta profesión particularmente le interesaba. Hoy cree que fue por la alta consideración de que el abogado gozaba en la ciudad, por la buena vida de su familia y porque sus hijos, que iban a la misma escuela que ella, eran tratados con una especial atención. Nadie les reñía ni gritaba aunque se comportaran mal. Es posible también que fuera por las conversaciones

con los padres y vecinos que se quejaban de los abusos por parte de la administración local y contra la cual no podían hacer nada sin conocer las leyes. Cuando empezó los estudios descubrió que estaba embarazada. Estaba tan entusiasmada que creía poder vivir su embarazo y dar a luz sin que eso perturbara sus estudios.

Cuenca y la Universidad resultaron para Laura una nueva experiencia difícil. Otra vez se metió en un mundo desconocido y poco hospitalario. Durante tres meses no habló con nadie, sólo con Luis que venía a verla. En la Universidad, todo el tiempo escuchaba opiniones de que estaba ocupando el sitio de los que podían quedarse en la Facultad. Aceptaron a 300 personas, pero después del primer semestre sólo podían mantener a 50. Había muchas materias y asignaturas que estudiar faltaban sitios en las aulas. A Laura le costaba trabajo circular en una ciudad grande y desconocida, encontrar calles y también aguantar insultos que escuchaba todos los días. A los tres meses regresó a Lagunas. Fue sólo entonces cuando sus padres se enteraron de que estaba embarazada. Las dos familias mostraban un gran disgusto. Luis no había terminado todavía sus estudios. Se casaron un mes después (1983). Hasta el alumbramiento vivían con la familia de Laura, luego se mudaron a la casa de Luis. Laura fue la primera mujer de Saraguro en dar a luz en un hospital público en la ciudad. Allí escuchó frases de qué india puede dar a luz en el campo o en el camino; que *“cómo se les ocurre a los indios ocupar las camas de los blancos”*. Laura sabe que su padre pagó su estancia en el hospital.

Cuando su hija cumplió cinco meses, Luis aprobó el bachillerato y se trasladaron a Cuenca. Ambas familias les negaron la ayuda. Alquilaron un cuarto en un barrio periférico, uno de los más baratos. Luis empezó a estudiar economía, Laura sociología. Seguía soñando con estudiar derecho, pero tuvo que renunciar. Sabía que esta facultad era muy solicitada, que había que estudiar duramente, por lo que se exigía una presencia asidua en las clases. En sociología tenía sólo dos horas de clases por la mañana y por la tarde. Luis estaba ocupado todo el día: estudiaba, pero también aceptaba cualquier tipo de trabajo. Todos los fines de semana trabajaba como obrero. Los dos primeros años fueron muy difíciles. Eran felices, se querían, tenían un hijo, estudiaban lo que querían, pero para todo les faltaba dinero, incluso para la comida. Cuando iba a las clases, se volvía loca por tener que dejar sola a Silvia. Vivían lejos del centro y tardaba mucho en ir y volver. A veces las clases se prolongaban, le salía la leche y se moría de miedo por la pequeña. No conocían a nadie que pudiera ayudarles. En la ciudad los consideraban extranjeros, sentían su aislamiento, pero eran felices. Durante los tres años siguientes y sin interrumpir los estudios, Laura dió a luz a dos hijos.

Luis le ayudaba con los niños siempre que estaba en casa. También Silvia, educada como los niños de Saraguro, que según la edad trabajan junto a sus padres, le ayudaba mucho. Laura recuerda cuando una de sus vecinas que durante largo tiempo hacía como si no la veía, le confió que le daba envidia el ver a su familia. Fue entonces cuando Laura se dio cuenta de lo diferente que eran las relaciones en su familia y las de las familias mestizas. El marido de la vecina sólo regresaba a casa para beber o echar broncas. Muy a menudo, en el cuerpo de la mujer se dejaban ver los cardenales. Se notaba además que los niños tenían miedo de su propio padre. Más tarde se dio cuenta de que los hijos, y sobre todo el mayor, no ayudaban en nada a su madre.

Había que dejar pasar tres años para que mejoraran las relaciones con las familias de ambos. En Cuenca vivía un tío de Luis cuya mujer seguía estudiando. En la casa de éste podían dejar a menudo a sus hijos. Los padres de Laura empezaron a mandarles cosas de comer, lo que les ayudó bastante.

En el cuarto curso, Laura dejó la facultad para ayudar económicamente a su familia. Con la ayuda de la familia de ella montaron un negocio de artesanía. Después de largos meses de esfuerzos y pedidos, lograron obtener un crédito en el Banco del Pacífico. Laura sabe muy bien que todo aquello fue posible gracias a los estudios y los conocimientos de Luis. Abrieron su propio comercio en el centro de Cuenca que pronto empezó a prosperar. La mercancía que comercializaban provenía en su mayor parte de Saraguro. En poco tiempo se trasladaron al centro. Laura se encontró una chica de Lagunas, y poco después otra más, para que le pudieran ayudar en casa. Durante los dos primeros años pagaron una gran parte del crédito, Luis terminó su carrera y Laura, después de dar a luz a su cuarto hijo y embarazada del quinto, volvió a la universidad. Sus hijos mayores empezaron la escuela en Cuenca.

El trabajo

Cuando hace tres años Laura terminó la carrera, a Luis le propusieron un trabajo en Saraguro, en el proyecto de La Colonización de Saraguro - Yacuambi. También a Laura le dieron un puesto de consejero en asuntos de las organizaciones de campesinos en Oriente. Para Laura, cuya infancia ha pasado en Lagunas, las organizaciones indígenas así como diversas formas comunitarias de administración local eran de lo más conocido y normal. El contacto con el extremado individualismo y con la ausencia de cualquier forma de organización entre los colonos mestizos fue para ella una experiencia inolvidable. Además, Laura considera que con aquellos viajes al campo aprendió más que durante varios años de su carrera universitaria.

Laura y Luis son partidarios convencidos de la colonización de Oriente que les parece la única manera de aumentar los campos de cultivo indígenas. Están de acuerdo con la decisión de recuperación sistemática de los terrenos en el Este. Sin embargo, al contrario de sus vecinos indios, son conscientes de lo difícil que puede resultar este proceso. La cercana cohabitación de los campesinos, que no ocultan su hostilidad, de los colonos mestizos y de los Shuar, puede causar más conflictos que soluciones provechosas para ambas partes. Los entusiastas indios de este proyecto parecen no darse cuenta de que la creación de las estructuras de administración local que propone Laura en su trabajo no resolverá el problema de la incapacidad de cohabitación intercultural. En la ciudad de Saraguro la situación parece mejor, pero más bien por la presión de los Indios y no por la aceptación de ellos ni por él.

El actual trabajo es para Laura una especie de desafío que la satisface profesional y personalmente. Por un lado, es el hecho de que ella, una india que tanto tuvo que aguantar de parte de los mestizos, ahora puede enseñarles formas de organizaciones sociales, por otro lado, Laura, como una joven mujer, podrá contribuir a mejorar la situación de muchas familias indias. Otro proyecto más que Laura se propone realizar en su trabajo, es el de crear una organización de mujeres mestizas en Oriente. Las mujeres que viven en aquellas tierras no conocen ninguna forma de organización. Sin embargo, sus proposiciones han sido acogidas sin entusiasmo. Tampoco Laura está libre de dudas e inquietudes.

El futuro de Saraguro no se presenta a Laura en sus mejores aspectos. Según ella, en la realización de este proyecto, que se convirtió en un proyecto internacional disponiendo de grandes posibilidades económicas (financiado por el FIDA - Fondo Internacional Desarrollo Agropecuario con sede en Roma), un papel demasiado importante lo ocupan los juegos personales con consecuencias políticas que conducen a minimizar los problemas reales. Tampoco la competencia del personal empleado le inspira mucha confianza. El indio o el extranjero es siempre mejor que el mestizo. Laura opina que hay que emplear especialistas mestizos en varios sectores. Los indios de Saraguro no tienen la suficiente práctica ni experiencia a pesar de que tengan títulos. El hecho de que en la FIIS (Federación Interprovincial de Indios Saraguros) trabajen algunos mestizos atrae muchas críticas por parte de los que se oponen a emplear a la gente de fuera. También las competencias de no pocos extranjeros son para Laura dudosas. Sin embargo, muchos de sus colegas creen que con los extranjeros llegará el dinero. El proyecto, cuya realización podría mejorar la situación en los terrenos superpoblados, es una buena oportunidad para Saraguro. Dejarla escapar en los juegos políticos y personales amenaza

con la ruptura de la unidad interna de los Saraguro que tanto han recuperado estos últimos años.

Laura piensa que no se ayuda para que las pequeñas empresas puedan recibir créditos rápidamente. Sabe por su propia experiencia que estas facilidades podrían ensanchar las capacidades económicas de los indígenas de comunidades y también hacer cambiar radicalmente la vida de las ciudades gracias al desarrollo de la infraestructura. Mientras tanto, la presencia de los indios en la ciudad es muy limitada. Los mestizos intentan vender sus terrenos o sus casas. Hay quienes trabajan sólo algunos días al mes o a la semana, como p. ej. abogados, notarios o agrimensores. Los indios no tienen el suficiente dinero como para abrir sus propios gabinetes, aunque no faltan especialistas entre ellos. Laura alquila una oficina en el centro y sabe que su precio es exageradamente alto. Piensa, sin embargo, que su taller de reprografía es muy útil para los indios. En su opinión, si las posibilidades de obtener un crédito fueran más grandes, en la ciudad se instalarían varias oficinas de gran utilidad para los indígenas.

En consecuencia, por las dificultades en obtener créditos, los grupos de nuevos especialistas quedan sin empleo. Independientemente de la verdadera especialidad adquirida durante los estudios, la única profesión donde los indios encuentran empleo es la de maestro de escuela. Si no se prepara debidamente el campo de trabajo, los jóvenes Saraguro dejarán de regresar a sus pueblos y así se frenará el proceso interno de modernización que es una gran oportunidad para todos. Ya se pueden observar los síntomas de este fenómeno. Dos veterinarios indios, uno de ellos con título de doctor, se trasladaron a Cuenca.

Otro peligro para el futuro indígena es el conflicto entre dos organizaciones indias: una fracción local de la CONAIE (Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador) corrompida y muy metida en la política, y la FIIS (Federación Interprovincial de Indios Saraguro). Los aspectos positivos del trabajo de ambas desaparecen muchas veces frente al antagonismo que las separa.

Laura cree que en la situación actual, las influencias mestizas en la ciudad van disminuyendo, pero, por otra parte, los indios corren el riesgo de dejar pasar la oportunidad que se les está ofreciendo.

Laura se siente feliz en su vida privada, en cambio, no la satisface el aspecto temporal de su actividad profesional. En cualquier momento, puede perder su trabajo, bastaría, por ejemplo, que entrara en un conflicto con alguno de los funcionarios indios. Antes, uno tenía que someterse completamente a los mestizos. Hoy, el trabajo está muy a menudo en las manos de un pri-

mo u otro familiar y depende de las luchas y los conflictos internos. La situación hace pensar en la injusticia en las relaciones en los tiempos de los mestizos. Así que no está segura de si va a quedarse definitivamente en Lagunas.

A causa de la tensión social, dos de sus hijos han decidido estudiar y vivir en un internado en Machala. Entre otras cosas, no llegan a comprender la importancia que se da al quichua. Laura se ha dado cuenta ahora de que sus hijos se identifican más con Cuenca que con Lagunas. Desde muy niños hablan quichua, todas las vacaciones y fiestas las pasan con sus abuelos, siempre tenían amigos entre sus primos, pero al mismo tiempo tenían amigos y muchas relaciones con los niños mestizos. Laura y Luis no querían hablarles del racismo y las dificultades que tenían que vencer diariamente y por esto sus hijos no perciben cosas que notan otros niños de su edad de Lagunas. No pueden entender por qué un mestizo tiene que ser un extranjero que siente miedo a ir solo al valle de Lagunas.

En Machala, el número de los ciudadanos indios frente a los mestizos es relativamente alto. Allí los niños se sienten mejor, ya que no existen fuertes divisiones en la población. La hija mayor sueña con ser abogada. Laura nos cuenta riéndose que, a lo mejor, cuando sus hijos pequeños empiecen el colegio, ella se decidirá a volver a la universidad de Cuenca, y esta vez a la Facultad de Derecho, por supuesto.

Su actual situación familiar

Los señores Quichpe, junto con sus hijos casados y una decena de nietos, ocupan cinco casas contiguas. La última en construir, hecha enteramente de madera y según un proyecto propio inspirado por revistas extranjeras, difiere bastante no solamente de las casas de la región sino también de las del Ecuador. Todos los hijos han pasado el bachillerato, pero sólo Laura terminó la carrera universitaria. Es lo que preocupa a los Quichpe que quisieran que todos sus hijos obtuvieran el diploma de estudios superiores. El hermano menor de Laura, Bardilio, trabaja con su padre en el taller además, es el jefe de la comunidad de Lagunas y miembro del cabildo. También forma parte de un conjunto folklórico de música que ya ha ganado varios premios en conciertos tanto en el país como en el extranjero. Una de sus dos hermanas es enfermera (tras dos años de formación) y casada con el primer médico indígena en Saraguro, la otra, también casada, es alma de casa tras haber estudiado medicina durante dos años.

3. Rosa Clementina Vacasela. 42 años (nacida en 1955)

Situación familiar

Nació en Lagunas, en la familia Vacasela, de escasos recursos económicos. La situación económica de su familia no difería de la de otros miembros de la comunidad, sin embargo, era notoria su actividad en el ámbito social. Su padre, Luis, varias veces fue elegido jefe de la comunidad. Además, siempre ocupaba un puesto en los Comités de Fiestas. Fue uno de los primeros en saber hablar y escribir en castellano de una forma correcta. A lo mejor, fue en parte gracias a su servicio militar (los años 50), pero debía de ser un hombre fuera de lo común. En la casa de los Vacasela, en Lagunas, se ve una foto del padre con el traje saragureño junto a un elegante capitán del ejército nacional. El hecho de que un alto militar vaya, unos años más tarde, a casa de su antiguo soldado era muy significativo y todavía más si se considera la inmensa diferencia que separaba los dos mundos de que eran originarios, la comunidad tradicional y la sociedad de Cuenca de la mitad de los años 50.

La madre de Rosa es analfabeta y desde hace poco habla un castellano rudimentario. La familia tiene cinco hijos tres mujeres y dos varones que llegaban al mundo cada dos o tres años. Todos los hermanos desde muy pequeños trabajaban con los padres en el campo y en la casa. Rosa es la hija mayor. Desde que recuerda, siempre tuvo unas relaciones privilegiadas con su padre, era su preferida. Compartía con él todas sus alegrías y tristezas. Lo acompañaba en las fiestas, en las reuniones indias y en las mingas. La familia y los vecinos se reían de aquellas costumbres; su madre, incluso, se oponía. Sin embargo, Rosa recuerda que a pesar de las dificultades, lluvias, frío o lodo, acompañaba a su padre por todas partes. Le interesaba más esto que jugar con otros niños de su edad. Su padre lo confirma en una de nuestras conversaciones “... *Tenía tanta curiosidad por el mundo y era tan terca que no podía dejarla en casa ... primero, de muy pequeña, iba agarrándose de mis rodillas al caer en un hoyo o en el barro; luego cuando era más grande y yo iba con mucha prisa, ella no podía alcanzarme e iba corriendo detrás ... a menudo mojada por la lluvia, con hambre o con sueño, escuchaba con atención todo lo que se decía alrededor ... esperaba ... sin quejarse nunca ...*”

Gracias a la actividad social del padre y a los viajes en los que lo iba acompañando, Rosa se distinguía de otros niños de su edad. A los pocos años, conocía no solamente todas las comunidades cercanas de Saraguro, sino también otras del departamento Azuay, Cañar o Chimborazo. Además, estaba fa-

19. Rosa Vacasela en su casa en Quito



20. Rosa con su hija Pashapanzaku



21. Madre de Rosa
en Saraguro



22. Casa de los padres de Rosa en Lagunas



23. Casa de Rosa en Pintoyacu



24. Trabajo con especialistas extranjeros en Pintoyacu-en centro Rosa



25. Pista de despegue en Pintoyacu

miliarizada con los problemas de sus habitantes. Conocía también varios pueblos y ciudades.

LOS PRIMEROS AÑOS DE EDUCACIÓN

Rosa dice que no quería estudiar en la escuela de la comunidad. Tenía ganas de aprender el castellano y los alumnos de Lagunas no lo estudiaban. Acompañando a su padre adquirió unas nociones del idioma que "... hablaban todos ... fuera de Saraguro ...". En su casa y en la comunidad, sólo se hablaba quichua. Así que su padre la mandó a la escuela de las hermanas Marianitas en Saraguro. Todos los días tenía que andar 6 kilómetros para llegar a la escuela. Sin embargo, no era eso lo más duro, sino el hecho de que era la única india en la escuela. Recordando hoy aquel período, Rosa dice: "*...fue muy difícil ...nadie sabe hasta qué punto... casi todos los años de mis estudios los pasé al margen... nadie se sentaba junto a mí, nadie se acercaba... en todo momento notaba el asco que les daba a los demás tan sólo mi presencia, pero fue la única manera de aprender el castellano, y eso era lo más importante*".

Todos los gastos de la educación los cubría su padre. Fue también él quien explicó a su hija que debía continuar los estudios. Gracias a las buenas relaciones del padre con el cura de Saraguro, quien insistía en que "*...ustedes, los indios, tienen que volverse ecuatorianos... intentaré conseguir una beca en el colegio de las hermanas Lauretanas en Quito para que su hija pueda cambiar su destino*".

Fue su padre quien acompañó a Rosa al colegio a Quito. Durante todo el tiempo de sus estudios vivió interna con otras cuatro indias (de las provincias Tungurahua, Cotopaxi, Imbabura y una de la Costa de Colombia). Rosa cree que sus relaciones le ayudaron mucho, ya no se sentía tan sola como en Saraguro. Echaba mucho de menos a su padre y Lagunas. Dado el alto costo del viaje, sólo iba a casa dos veces al año -para la Navidad y durante las vacaciones de verano-. Siempre que podía, su padre iba a verla. Aprovechaba cualquier viaje fuera de Saraguro. Le traía la comida de casa que tanto le agradaba -en Quito todo era diferente-. A Rosa no le importaba demasiado lo que comía, pero no le gustaban las cosas de allí, no les encontraba ningún sabor. Su padre le hablaba de los problemas actuales, de los cambios y le contaba algo de los cotilleos. Así, gracias a sus visitas, siempre estaba al tanto de lo que pasaba en Lagunas. Sus amigas de cuarto indias no tenían tales contactos. Querían mucho al padre de Rosa y sus visitas les agradaban igual que a ella. Todo el tiempo, su padre mostraba un gran interés por los estudios de Rosa, por sus notas, exámenes y todos sus problemas. Tenía que contarle o ponerle

en las cartas todo y con detalle. Con los estudios nunca tuvo problemas. También su padre le mandaba noticias por unos conocidos suyos o personas ajenas, lo que le daba siempre mucha alegría, “...sentía su presencia y amor (...)
incluso, cuando estaba tan lejos...”

Con sus amigas se ayudaban entre ellas y se daban ánimo mutuamente en “*aquel sitio hostil*”. Estando siempre juntas, contándose cosas de sus casas, familias, comunidades y fiestas, aprendían muchas cosas nuevas. Rosa dice que fue para ella una experiencia muy importante. Conoció bastantes cosas viajando con su padre, pero fue durante aquellas conversaciones con la amigas del internado cuando comprendió la gran diferencia de la situación de los indios en Colombia y en Ecuador. Siempre había creído que era en Saraguro donde surgía el problema más duro -la falta de tierras de cultivo y el racismo-. Gracias a los contactos con sus amigas indias comprendió que su situación era mucho mejor que, por ejemplo, la de los que vivían alrededor de las haciendas en Chimborazo o de los jornaleros sin tierra de Tungurahua. Rosa piensa que a partir de aquella época empezó a ver de otra manera el duro trabajo de sus vecinos. Comparaba sus vidas con las que conoció en las historias contadas por sus amigas, “*no tienen de qué quejarse... sus tierras y casas son pequeñas, pero les pertenecen... nadie en Saraguro tenía que dejar a sus hijos pequeños en las haciendas... a nadie le violaban a su mujer o a sus hijas...*”. Desgraciadamente, todo eso sólo lo podía contar a su padre, nadie más quería escucharla.

Con algunas de sus amigas se veía también durante las vacaciones. Estas visitas intensificaron su interés por la situación de otros indios, le daban ocasión de comparar los diferentes modos de trabajar y de vivir.

Al terminar el liceo, Rosa entró en contacto con los antropólogos. Cuando acabó el trabajo sobre la necesidad de la educación bilingüe (1971), se puso en contacto con ella José Pereira, el entonces director del departamento de antropología de la Universidad Católica. Le prestó unos libros, intentaba incitarla a emprender los estudios, prometía buscarle alguna beca. En aquella época, Rosa pensaba en estudiar sociología.

A los 17 años acabó el bachillerato. El padre se opuso a sus proyectos de quedarse en Quito. Le dijo de volver a casa para que sus hermanos pudieran continuar estudiando. Una de las hermanas de Rosa abandonó los estudios en el segundo año del colegio de Saraguro y se casó. En casa faltaban manos para el trabajo, así que regresó a Lagunas.

El trabajo en Saraguro

Su padre quería que Rosa trabajara como maestra en la escuela de la comunidad. Tenía el título, pero no había puesto para ella. A pesar de que el Consejo de los ancianos mandó una petición a la administración de Saraguro, nadie lograba despedir a un maestro mestizo de poca competencia y que no tenía ninguna simpatía de los habitantes. En aquella época nadie respetaba la opinión de los dirigentes indios. Rosa terminó por encontrar un puesto en la biblioteca de las hermanas Marianitas en Saraguro. Le gustaba aquel trabajo, nadie la molestaba y había una gran cantidad de volúmenes interesantes. Así que Rosa leía mucho. Recuerda que empezaron a interesarle sobre todo los libros del Instituto Indigenista Interamericano de México. Se sorprendía de que tantos extranjeros conocieran los problemas de los indios y escribieran sobre esos temas. Se preguntaba por qué no lo hacían los indios ellos mismos. Aparte de eso, le preocupaba el nivel de la escuela secundaria de Saraguro. Allí, los alumnos indios no leían nada fuera de la escuela. Comprendió que la escuela que ella había terminado era mejor, se exigía mucho más de los alumnos.

Los estudios, el trabajo en Quito: el convento, el ministerio y la universidad

Menos de un año más tarde, recibió una carta informándole de que, a pesar de que no había pedido nada, le habían concedido una beca en la Universidad Católica de Quito. Recuerda que durante dos días iba y venía con la carta sin saber cómo comentárselo a su padre. Pese a varias conversaciones, no lograba convencerlo. Quería irse sola por su cuenta, pero, como todo su sueldo se lo entregaba a su padre, no tenía dinero. Inesperadamente, su madre se mostró a favor de ella. Hasta hoy día Rosa no sabe cómo, pero logró juntar una pequeña cantidad de dinero suficiente para pagar el viaje, una suma módica pero muy significativa en el presupuesto familiar. Su padre ni siquiera quiso despedirse de ella, lo que fue muy duro para Rosa.

En Quito le ayudaron las hermanas Lauretanas que había conocido durante sus estudios en el liceo. Encontró alojamiento y comida a cambio de ocuparse de las viejas ancianas habitantes del convento. Tenía que trabajar cuatro horas al día.

Se matriculó en la facultad de antropología. “(...) *La Universidad Católica es una institución elitista ... para los ricos ... Fue muy duro para mí. Otra vez era la única india ... era consciente de lo excepcional de la situación. No tenía dinero ... la beca era muy pequeña, no alcanzaba ni para los libros ni para el transporte ...*”

Por primera vez, Rosa no tenía ningún contacto con la familia ni con los amigos y conocidos. Sólo dos o tres profesores, entre ellos José Pereira, le mostraban simpatía, pero fueron nada más que relaciones profesor estudiante, lo que era interpretado todavía peor por sus colegas “...no sólo india sino además alumna con preferencias”.

Al final del año, encontró un trabajo más en el Ministerio de Trabajo en la oficina encargada de ayudar a los emigrantes analfabetos. La aceptaron gracias a su dominio del castellano y del quichua. Los funcionarios muy a menudo no llegaban a entenderse con los emigrantes. Todos los días pasaba tres horas en la oficina y lograba ganar un poco más de dinero que le hacía tanta falta. Al mismo tiempo le agradaba poder ayudar a los indios de varias partes del Ecuador que se sentían mucho más perdidos que ella. Rosa dice que intentaba ocupar todas las horas para no tener tiempo de extrañar a los suyos. Los peores le parecían los días libres y fiestas.

En el segundo año de la carrera las cosas ya iban mejor. Después de las vacaciones en casa, su padre terminó por aceptar sus estudios. Tenía buenas notas y además, gracias al profesor de lingüística, le dieron el puesto de lector de la lengua quichua en la universidad. Rosa piensa que aquel trabajo era de gran importancia por varias razones. Su traje, que siempre consideraba como un elemento de identificación y que en los mejores casos sólo suscitaba asombro, empezó de repente a ser visto de otra manera por el ambiente mestizo. Observó que el mismo traje podía provocar disgusto cuando lo llevaba una estudiante e indiferencia o incluso simpatía e interés cuando se lo ponía una profesora (sólo entre los que conocían su trabajo de lectora).

Rosa dice que también aquel permanente cambio de papel le permitía vivir una experiencia graciosa. Como estudiante del segundo curso dejaba el aula de alguna conferencia para volverse, en la sala de al lado, profesora para los estudiantes de cuarto. Una hora después, encontraba su silla de estudiante para luego, volver a dar clases en un curso de postgraduandos para las facultades de sociología, lingüística y antropología. En otro piso aquella vez. Unas veces se preocupaba por si estaba suficientemente preparada y qué nota iba a recibir, otras veces era ella misma quien hacía preguntas y ponía notas.

En los cursos de postgraduandos había dos grupos de estudiantes: extranjeros y funcionarios del Estado de las oficinas encargadas de la educación, ayuda y desarrollo en las regiones dichas tradicionales. Los primeros estudiaban por su propia voluntad y con ganas, mientras los otros, obligados por sus oficinas, terminaban los cursos con las peores notas y muy a menudo sin saber hablar el quichua. A veces manifestaban incluso un notable desprecio tanto hacia el idioma como frente a ella. En muchos casos los debiera haber sus-

pendido, pero temía que la administración de la Universidad pudiera dudar de sus competencias “...cómo sería posible que yo, una india y más joven que mis alumnos, pueda suspender a los privilegiados mestizos ...”. A Rosa le irritaban aquellas clases. Sabía que la competencia y los conocimientos de aquella gente podrían ayudar a los indios, pero desgraciadamente, ellos guardaban tanto desprecio y aprensión que no se podía hacer nada. Le hubiera gustado renunciar a aquellas clases, pero no podía, como siempre tuvo que mostrar buena cara. Dice que estaba perdiendo el tiempo igual que aquella gente, sin hablar del dinero pagado a ella y a la Universidad por los Ministerios.

Por el contrario, le agradaban mucho a Rosa las clases con los extranjeros. Los franceses, alemanes, canadienses o chilenos no solamente tenían muchas ganas de aprender, sino que también se volvieron sus primeros conocidos en Quito. A pesar de haber pasado un año en la capital, no tenía ninguna amiga. Se alegraba con los progresos de sus alumnos que además tenían mucho interés por los problemas de los indígenas. Le hacían preguntas y así ella podía hablarles de lo que más le importaba.

Su padre volvió a escribirle y a ir a verla. Fue una gran alegría para ella, pero al principio les resultaba difícil entenderse plenamente. Antes sabían comprenderse sin palabras, pero un año de mutuos reproches les alejó uno del otro.

Cuando hacía el tercer curso, en la Universidad aparecieron unos estudiantes indios de Imbabura, Ambato y Catopaxi (uno de ellos también estudiaba antropología). Juntos pasaban los domingos y el tiempo libre. Rosa estudiaba y seguía trabajando como lectora. No le gustaban las clases de filosofía, en su opinión mucho más importantes eran los conocimientos de economía, política, sociología “...indispensables para la futura batalla por los asuntos indígenas”.

En cuanto a los idiomas, Rosa conocía un poco el inglés. En opción de lenguas extranjeras escogió el portugués, considerándolo más fácil y más importante por ser la lengua del vecino Brasil. A partir del tercer curso, Rosa empezó a mandar a su padre unas pequeñas cantidades de dinero para la educación de sus hermanos. Todas las vacaciones y Navidades las pasaba en Lagunas.

El trabajo en Saraguro

Rosa terminó la carrera universitaria a la edad de 24 años (1979), pero sin escribir la tesis. Regresó definitivamente, como creía entonces, a Lagunas.

Encontró trabajo en el Proyecto del Desarrollo de las Zonas Tradicionales - Sur. Sólo aguantó un año allí. Dice que todos los trabajadores tenían conexiones con un movimiento político y en lugar de intentar mejorar la situación en la parte este de la provincia de Loja y parte oeste de la provincia de Zamora, de pensar en el desarrollo de carreteras y canalización para traer el agua potable, sólo querían sacar cuanto más dinero mejor de las sumas concedidas por los fondos internacionales para satisfacer sus gastos privados o del partido. Rosa confía que como hija de su padre, no podía aceptar aquellas prácticas, así que pronto la despidieron.

Con las competencias que tenía, la aceptaron en el Proyecto Ministerial de Bilingüismo. Primero, a nivel local, luego en dos provincias del sur: Loja y Zamora Chinchipe. En esta última la situación era particularmente difícil. El trabajo exigía de Rosa mucha energía y sacrificio. Estaba encargada de promover el Centro de Educación para Niños y Adultos. Rosa comprende muy bien que si su trabajo fue eficaz lo fue porque era india “...*escuchaban mis consejos de una manera diferente que a los aburridos funcionarios mestizos, antipáticos o incluso hostiles...*”

El trabajo en Quito (los comienzos)

Tras un año de trabajo en Saraguro, el Ministerio de Educación propuso a Rosa una colaboración a nivel nacional. Pero eso significaba el traslado a la capital. Era muy difícil para Rosa tomar esta decisión “...*su padre no decía nada, pero eso significaba mucho más que si le hubiera prohibido...*”

Rosa sabía que su padre, toda su familia y la comunidad estaban orgullosos de ella. Al terminar la carrera, todavía en Quito, fueron todos al fotógrafo. Una gran foto de Rosa con el traje saragureño apareció en el lugar central de la casa, junto a la foto del padre con el capitán. A pesar de que aquel año los días enteros los pasaba fuera, todas las noches volvía a casa. Todas las fiestas y días libres los pasaban juntos. Gracias a que regresó a vivir con ellos, mejoró la situación económica de la familia. Rosa se encargó de cubrir los gastos de la educación de sus hermanos. No quería hacer daño a su padre, pero finalmente decidió marcharse.

El trabajo en Quito daba ocasión de mostrar a otros grupos indígenas la necesidad de juntar las fuerzas en todas las acciones y defender la unidad. A ese objetivo Rosa dio prioridad en su trabajo. Sin embargo, el Ministerio le pagaba muy mal y la mitad de su salario iba para pagar el alquiler del piso. Otra vez tuvo que limitar la ayuda para la familia, pero hizo venir a su hermano mayor a una escuela en Quito. En fin, el ascenso profesional y la llegada a

la capital fueron una decepción para Rosa. Comprendió que, trabajando en el Ministerio, podía hacer mucho menos que en el campo. Ni siquiera a su padre tuvo el coraje de decirlo. Ellos creían, como ella hasta hace poco, que los Ministerios eran para ayudar mejor a la gente con más eficacia y más rápidamente, que desde arriba podían remediar o suprimir los abusos locales.

En aquel tiempo, entró en contacto con los estudiantes y activistas de unas organizaciones indígenas de la Universidad Central. Al principio, le gustaba mucho, pero en poco tiempo se dio cuenta de que muchos eran manipulados por los partidos de la izquierda. Su hermano la acompañaba en todas las reuniones, como antes ella acompañaba a su padre. En una de esas reuniones en Quito, en 1980, volvió a encontrar a Raúl. Lo conoció en 1979 como líder de la Organización Indígena Interprovincial, cuando ella trabajaba todavía en Lagunas. Raúl, indio quichua de las tierras bajas de Puyo (provincia de Pastaza), visitaba entonces, enviado por el partido, el cantón de Saraguro. En 1980, terminó ingeniería en la Universidad Central y seguía trabajando en defensa de los intereses de los indios. Al principio, sólo eran buenos amigos. Raúl buscaba su consejo en muchos asuntos que trataban de Saraguro. El tenía más experiencia y conocimientos sobre todo en cuanto a la mejor forma de obtener cosas del Ministerio. Rosa trabajaba allí, pero se sentía completamente ineficaz en lo que hacía. Raúl estaba abierto a los problemas de más envergadura que los asuntos locales y esto era lo que le gustaba a ella. Además, como líder, Raúl estaba al corriente de la oferta actual de becas y sabía cómo obtenerlas. Así, gracias a él, Rosa pudo enviar a su hermano menor a estudiar agricultura en Moscú.

EL MATRIMONIO

Tras algún tiempo, empezaron a salir juntos. Luego, decidieron casarse. La ceremonia tenía que hacerse primero en Saraguro y después en Sarayacu, donde vivían los padres de Raúl. A pesar de que los dos hablaban el quichua “... éramos de dos culturas distintas... yo tenía que aprender su cultura y él la mía...”.

Rosa sabía que a su padre no le gustaba aquella decisión. El hubiera preferido un verdadero saragureño, pero nunca se lo dijo a ella.

En la víspera de la boda, cuando todo el mundo los estaba esperando en Saraguro, se dieron cuenta, todavía en el avión para Loja, que habían perdido todos los papeles y el dinero. Había que aplazar la boda, que se celebró finalmente dos años más tarde en Saraguro y en Sarayacu, según dos tradiciones distintas. Entretanto, Rosa abandonó el trabajo en el Ministerio y dió a luz

a una niña a quien pusieron el nombre de Pashapanzaku, como llaman en quichua un hermoso pájaro. Raúl, tras haber terminado la carrera, trabajaba cada vez con más empeño en varias organizaciones indígenas, lo nombraron, entre otras cosas, consejero en la CONAIE (Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador) donde sigue trabajando hasta hoy día.

El trabajo en Pastza, la educación de su hija

Durante los diez años siguientes, Rosa se ocupaba de su hija y de su educación. Vivía entre Quito y Sarayacu, donde la vida era mucho más barata que en Lagunas. A su padre le dolía que le agradara más vivir en Sarayacu que en Saraguro. Podía regresar con su hija a Lagunas, se sentía siempre saragureña, pero en Pastaza tenía mejor contacto con su marido y un trabajo que la satisfacía. En Saraguro no había tales posibilidades, lo que su padre no podía comprender. Rosa trabajaba en la Organización Indígena Pastaza y Quichua intentando preparar un proyecto y luego defender los derechos de la población quichua para cultivar las tierras y explotar los bosques. Aquellos terrenos, a pesar de estar ocupados desde hace varias decenas de años por los Baja Quichua, no dejaban de disminuir a consecuencia de ilegales, según Rosa, expansiones de las compañías mineras. El Estado otorgaba fácilmente las concesiones de tierras. El reconocimiento de los territorios habitados por los Quichua le costó a Rosa varios años de vida y mucha salud -como dice ella misma- y a pesar de que daba pésimos efectos de inmediato, le hizo aprender muchas cosas. La colaboración con los juristas y economistas, la experiencia del trabajo con los peritos nombrados por el Gobierno resultaron muy útiles posteriormente, a la hora de realizar sus proyectos personales.

Rosa siempre pasaba las vacaciones con su hija en Lagunas. Ahora la deja ir sola donde el abuelo. Se ríe diciendo que su hija crece entre tres culturas, criada por dos tradiciones en Lagunas es saragureña; en Sarayacu, quichua y; en Quito, niña de la capital que va corriendo a clases de aeróbic o al cine. Le gusta a Rosa que su hija esté igual de bien en todas partes. “...*Está muy bien que se sienta india y ecuatoriana, así tendrían que sentirse todos los niños indios...*”

En la casa de su padre, en Lagunas, aparecieron nuevas fotografías: Rosa con su hija todavía muy pequeña en Quito y en Sarayacu Pashapanzaku con su abuelo en Lagunas, en la escuela en Puyo y con el uniforme en el liceo en Quito.

Desde hace dos años, la familia de Rosa alquila una casa en Quito. Lo decidieron por la educación de Pashapanzaku y porque en este momento

Raúl necesita estar en la capital; todavía sigue ocupando varias funciones en la CONAIE. La estancia de Rosa en Quito es sólo temporal, los dos ven su futuro en la provincia de Pastaza. Su hija pasa temporadas con ellos y temporadas con los tíos paternos que trabajan y estudian en Quito.

El trabajo en el Proyecto Pintoyacu

Desde 1990, cuando se fortaleció notablemente la posición de los indígenas en el país, Rosa y su marido empezaron a pensar en adquirir nuevas tierras de cultivo para los indios. No imaginaban su futuro ni en Lagunas ni en Sarayacu. Aquellas tierras sufrían una gran superpoblación y pese a los cambios, la gente era, en su opinión, demasiado tradicionalista y con poco coraje a la hora de brindar sus deseos o exigencias. Dos años después, en 1992, decidieron crear con algunas otras familias indias que pensaban como ellos, una nueva forma de comunidad. Dicha forma, que juntaba distintas tradiciones y la modernidad y que así les ofrecía más protección y más posibilidades económicas, era para ellos un objetivo prioritario. Consideran que la organización comunitaria es superior a la posesión y actividad individuales. Sin duda alguna, en la realización de esos proyectos les ayudaron mucho las regularizaciones jurídicas que se operaron por fin en el año 1990. Se declaró que las tierras ocupadas y cultivadas por los indios durante un período de más de tres años podían pasar a manos de las comunidades a base de decretos jurídicos.

Lo que unió a todas aquellas familias fue que todos crecieron en las comunidades. La mayoría terminó los estudios superiores, tenían distintas experiencias y diferentes decepciones en la vida profesional, lo que enriquecía su saber. Dos familias vienen de Saraguro, una de ellas es la del hermano de Rosa que terminó la carrera en Moscú y ahora es ingeniero agricultor especializado en las plantas tropicales. Otras dos familias vienen de Sarayacu, uno de los hombres terminó en la Habana los estudios de agricultura forestal con la especialización tropical y trabajó algún tiempo en el proyecto de defensa de la selva amazónica. Otras dos familias son de Puyo, una de ellas sale de la tradición chamanística disponiendo del amplio saber en el dominio de la medicina tradicional “...cuya importancia todavía no se estima debidamente y que muy a menudo suele ser tratada con ironía por los médicos profesionales. Pero todo cambió, cada vez un número más grande de extranjeros se ve fascinado por aquella ciencia. Se organizan incluso excursiones especiales, llamadas espirituales, para venir a vernos... intentaremos aprovechar esta moda ... populizaremos también nuestro verdadero saber medicinal y al mismo tiempo podremos ganarnos la vida. No hay nada malo en esto, no vendemos nuestra tradición, como di-

cen algunos, sino que intercambiamos el saber... Los estadounidenses nos pasan tecnologías modernas y nosotros, en cambio, les ofrecemos lo que ellos olvidaron, lo que perdieron en búsqueda del desarrollo...”

A la hora de buscar un terreno, se pusieron a estudiar mapas y alquilaron un avión para sobrevolar la parte sur de la provincia de Pastaza. Les interesaban los terrenos inhabitados, cercanos a algún río y con bosques. Unos meses después, los hombres salieron de viaje, primero en avión, luego en barcos, suponiendo que los terrenos río abajo estaban inhabitados. Durante dos semanas, las mujeres que los esperaban en Sarayacu no recibieron ninguna noticia de ellos. Tres semanas después llamaron para decir que habían encontrado un sitio adecuado, pero no les querían decir dónde. Pasó otro mes y todos viajaron allí. Se veía que un terreno largo de 40 kilómetros se prestaba muy bien a sus proyectos. Lo atraviesa un recodo del río formando una serie de lagunas. Está separado de los poblados más cercanos por uno a tres días de viaje por el río. Por el lado suroeste tiene una gran comunidad Conambo habitada por los Shuar y los Quichua y controlada enteramente por los evangelistas y el Instituto de Verano. En la parte noroeste se encuentra Saparo, aldea de la época gaucha habitada por los mestizos; en el este Waorani y en el sur hay un pueblo donde estaciona una guarnición del ejército.

Un mes después empezaron los trabajos. Durante más de un año entre 10 y 15 personas analizaban y preparaban un terreno de forma oval. Decidieron reservar la parte sur para la construcción de las casas. Roturaron un pequeño calvero donde construyeron una casa común y luego trazaron parcelas individuales de 0,2 hasta 0,5 ha para hacer huertos. En la parte oeste dejaron el bosque. Construyendo embalses reservaron un recodo para la cría de peces y decidieron preparar en las Lagunas la infraestructura para la cría de tortugas.

En 1993, se trasladaron allí definitivamente con sus familias y sus hijos; ya disponían de seis casas. Lo más difícil fue el transporte. Tuvieron que mandar todas las cosas en aviones para luego transportarlas por el río y caminos durante varias horas. La mayor dificultad venía del alejamiento del terreno de los sitios de aterrizaje y de los altos costes (500 USD aproximadamente). Usaron el aeropuerto de Shiona, pueblo situado al suroeste del terreno.

En 1993, ellos mismos, pagando una suma importante, se pusieron en contacto con dos científicos estadounidenses, un biólogo y un ornitólogo que trabajaban en la Universidad San Francisco en Quito, llamaron a un zoólogo y un geólogo brasileños (el contacto con ellos lo facilitó el dominio de portugués de Rosa), y también pidieron colaboración a un antropólogo danés - antiguo estudiante de Rosa. Todos ellos les ayudaron a preparar un proyecto

moderno de la explotación del terreno. El antropólogo danés trabajaba en la Fundación para el Desarrollo de la Provincia de Pastaza. Su participación era muy importante ya que conocía muchos nuevos decretos y disposiciones que ellos ignoraban completamente. Se dieron cuenta, sobre todo Raúl, de la importancia de la numerosa presencia de los representantes indígenas en el Congreso. Muchos decretos suelen hacerse pasar desapercibidos o incluso ocultados para satisfacer las necesidades particulares de algunos grupos. En la fase de las preparaciones, todo el proyecto lo guardaban en secreto. Después de las consultas se orientaron hacia los siguientes tipos de actividad

1. cría de peces
2. cría de tortugas
3. cultivo de las plantas originales de aquellas tierras, indispensables para la elaboración de una serie de medicamentos tradicionales el desarrollo de la medicina tradicional
4. cultivo de unas especies raras de palmas oleaginosas

En 1994, disponiendo de antiguos contactos en Quito, teniendo competencias confirmadas por buenas referencias y un proyecto profesional conforme con todas las leyes y exigencias (mapas, planos, inventarios de fauna y flora, opiniones de expertos, pagados por ellos mismos, de todos los campos requeridos en tal caso), depositaron el proyecto en el Ministerio. Creían que la aceptación del proyecto que habían preparado ellos mismos desde el principio hasta el final será no sólo un triunfo de ellos sino también demostraría que era posible lo que parecía irreal. Cuando por primera vez hablaron en Sarayacu y en Lagunas de su idea de buscar terrenos nuevos y alejados, se burlaron de ellos. Pero con el tiempo, cada vez más gente empezaba a interesarse por el progreso de los trabajos. Lo interesante es que, como dice Rosa, “...los Saraguro hacen lo mismo en Oriente, pero con menor envergadura... lo que era imposible 10 años atrás ahora es un hecho cumplido ... ya no somos analfabetos, sino gente con competencia, mejor preparados que muchos mestizos de nuestra generación ... podemos aprovechar las existentes imperfecciones en el sistema jurídico como los demás ... los mestizos no pueden seguir siendo los únicos privilegiados, nosotros tenemos los mismos derechos que ellos ...”.

El ejemplo del primer caso de apartarse de los proyectos estatales que en su mayoría resultaban fracasos podría fomentar la aparición de otros proyectos alternativos indios para el desarrollo de los terrenos que no siempre estaban ocupados por ellos desde hace siglos, pero quedaban fuera del interés del Estado y de la población mestiza. “La realización de estos proyectos no ge-

neraría la corrupción y el despilfarro de fondos extranjeros, como ocurría durante años... En los proyectos que eran preparados para nosotros, éramos nosotros los que menos provecho sacábamos. “La ley no decía en ninguna parte que las comunidades pueden recibir únicamente los terrenos ocupados desde hace siglos. Aquel argumento fue utilizado durante largo tiempo por la parte opuesta, permitiendo quitar las tierras a los quichua en los años 80.

El hecho de presentar por Rosa y su grupo la petición, con el proyecto adjunto, pidiendo otorgarles derecho a los terrenos que ocupaban desde hace dos años, provocó la reacción inversa a la esperada. De repente, todos empezaron a pretender poseer aquellas tierras. El ejército declaró que eran sus campos estratégicos las compañías mineras insistían en que probablemente se encontraban allí oro y petróleo, en consecuencia, ninguna petición de este tipo podía ser siquiera depositada. Los evangelistas del Instituto de Verano protestaron argumentando que el río atravesaba el terreno de su proyecto de ecoturismo ya aceptado, así que no había manera de construir embalses para la cría de peces y de tortugas.

Durante dos años, los habitantes de Pintoyacu no habían encontrado ningún turista. Tenían contactos con los soldados y los evangélicos cuando utilizaban sus aeropuertos. Las relaciones eran buenas, no había conflictos.

Cuando el asunto pasó a ser conocido, en primer lugar, les anularon la autorización para usar los aeropuertos. Después, pusieron contra ellos a los vecinos intentaron intimidarlos, por ejemplo, por la noche algunos hombres aparecían cerca de sus casas, para luego marcharse. Por fin, en 1994, les atacó un grupo de cincuenta hombres armados. Se refugiaron con los niños en el bosque. Les quemaron entonces una casa y destruyeron completamente los embalses para las tortugas y toda la infraestructura, les tiraron los bienes y soltaron animales. Todo ocurrió de noche y no podían demostrar nada a nadie, sin embargo, creen que fueron los de Conambo, ya que se comportaron con particular vandalismo frente a las tortugas, con las lagunas y con los embalses en los recodos del río.

Su primera reacción fue el deseo de hacer pública la brutalidad de aquel ataque, luego lo abandonaron. Los atacaron los indios y la verdad, que habían sido manipulados, se hubiera perdido en todo el alboroto organizado alrededor de la noticia. El provocar peleas entre los indios es ya una vieja y usada táctica de los mestizos.

Por su propia iniciativa se organizaron varios encuentros tanto con las vecinas comunidades indias como con los soldados. Durante aquellas reuniones trataban de explicar las razones de su presencia en dichas tierras, la organización de su trabajo y sus objetivos. Demostraban a los demás que los ha-

bitantes de aquellos pueblos se dejaban manipular no sólo por los evangélicos, sino que también tenían varios contactos con los movimientos políticos y con unos grupos de carácter económico conocidos por su corrupción. Cada una de las comunidades representaba los intereses de otro grupo y no los suyos propios. Desgraciadamente, en la comunidad de Rosa se cruzaron distintos intereses y se mantiene así la situación de conflicto cuyas víctimas son tanto ellos como los habitantes de los pueblos vecinos que se dejaban comprar, como sabrían más tarde, con unos regalos fáciles (por ejemplo, un barco a motor, un generador eléctrico).

En 1995, empezaron la construcción de los embalses destruidos y compraron nuevos barcos a motor para poder renunciar al transporte aéreo de los pueblos cercanos. Durante un año, todos los días libres trabajaron en la construcción de su propio aeropuerto. Una gran ayuda les vino, en aquella época difícil, de la parte de los habitantes de Sarayacu y de los grupos de la Organización Nacional Indígena. Lamentablemente, se observó que el poder local representaba intereses de otra gente y no de los indígenas. Varias veces, unas cincuenta personas venían para la minga de sábado. Desde hace un año tienen su propio aeropuerto con una pista de aterrizaje de 450 m, que siguen agradeciendo, ya que hoy día el aeropuerto sólo puede acoger pequeños aviones de hasta cinco pasajeros. Les faltan todavía 200 m para alcanzar las dimensiones de un aeropuerto normal. La conservación de un aeropuerto en este clima es muy difícil y laboriosa, pero vale la pena ya que ofrece la independencia.

En otra ocasión volvieron a intentar destruirles los embalses, otras veces venían de noche a intimidarles. Las opiniones de los expertos de que sus embalses son conformes a las exigencias ecológicas no convencen a nadie. Desde entonces hacen guardia por la noche lo que resulta agotador, pero ha terminado el período de dos años de incertidumbre.

Volvieron a depositar nuevamente el proyecto, pero esta vez con la anotación de que ocupaban el terreno desde hacía ya cuatro años. Durante una semana acogieron a los representantes del gobierno en Pintoyacu, pero ya mejor preparados para el diálogo. Los funcionarios sólo hablaban de la total imposibilidad demostrando su gran ignorancia del tema. El grupo de Rosa pagó un abogado de confianza, así que probablemente saldrán ganando del asunto.

A causa del imprevisto conflicto, tuvieron que limitar por el momento sus proyectos del desarrollo a tan sólo la simple venta de los productos que ya tienen, es decir las plantas medicinales y a la preparación, con una tecnología simple, y venta de los componentes para la producción del champú. Sin embargo, todo el tiempo siguen agradeciendo la superficie de cultivo de las plantas medicinales ven con mucho optimismo el futuro de su comunidad. Cono-

cen algunas familias más de Saraguro y de Sarayacu que piensan venir a vivir con ellos. Rosa cree que por el momento tienen que esperar un documento oficial otorgándoles el derecho para el terreno cultivado. El mayor obstáculo viene de la administración de la provincia que siempre prefiere firmar un acuerdo con alguna gran empresa extranjera que ayude a la población local, a los habitantes de la provincia. Rosa critica al gobierno por sus relaciones con los extranjeros “ *tienen más confianza en los extranjeros y se preocupan más por sus intereses que por los nuestros ... no es solamente a nosotros, los indios, a quienes algunos funcionarios consideran extraños, muy a menudo se comportan así también con los otros ecuatorianos - los mestizos ...* ”.

A pesar de todo, Rosa tiene confianza en que podrán realizar sus planes. Considera absurdos los proyectos gubernamentales que lanzan la idea de aumentar el cultivo del café, del cacao y de las naranjas en aquellos terrenos. La ausencia del mercado, de la red del transporte y de la tecnología necesaria dado el clima y la distancia hacen imposible la rentabilidad de la empresa. Sobre todo que en el Perú y Bolivia ya tienen unas experiencias parecidas, lo que parecen ignorar los funcionarios gubernamentales.

Rosa piensa que lo más importante en su vida es la amistad que tiene con su padre, los estudios y el trabajo en la Universidad y la realización del actual proyecto que dirige. Está orgullosa de su hija que quiere terminar los estudios de biología genética y volver a Pintoyacu.

Capítulo 2

BIOGRAFÍAS DE LAS MUJERES OTAVALEÑAS

4. Luz Marina Maldonado madre (58 años) - nacida en 1939

Nació en una familia de artesanos de Peguche, se ha vuelto la primera burguesa india en Otavalo.

La situación familiar

Es natural de una familia muy tradicional y de gran prestigio de Peguche. Tanto Luz Marina como su madre se casaron obedeciendo y respetando la decisión de sus padres. Los jóvenes ignoraban las decisiones de los familiares, a menudo no se conocían hasta el día de la boda.

A la edad de 12 años, la madre de Luz se casó de repente y con un hombre de 27 años. La única razón de aquella boda precipitada fue que su hermana mayor, una joven de 15 años, se fugó al enterarse de con quién se iba a casar unos días después. La ceremonia tuvo lugar el día previsto, ya que los abuelos, queriendo respetar la palabra dada, que era cosa sagrada, ofrecieron en matrimonio, sin momento de vacilación, a su hija menor. La madre de Luz tuvo once hijos de su marido; Luz fue la tercera en nacer. La madre cumplía con todos sus deberes, pero nunca les daba cariño. Los padres vivían uno al lado del otro sin hablarse. Luz Marina recuerda la envidia que le daba ver a los niños de otras familias donde los padres se querían. De sus padres y sus hermanos guarda una imagen de personas frías e indiferentes.

La educación

La única persona que quería, que le hablaba del mundo, de la religión, de la gente y que se lo enseñó todo fue su abuela paterna. Hasta hoy día, el recuerdo de su abuela le hace sentir algo especial cada vez que Luz Marina se pone al telar. Toda su infancia, la pasó al lado de su abuela, escuchando sus



26. *Luz Marina-ante su casa en Otavalo*



27. *Familia de Luz Marina en su casa-primera de izquierda la nieta, esposo, Luz Marina-hija; Luz Marina-madre; Gina-hija*

cuentos que, como afirma hoy, fueron su única y verdadera escuela. Al ingresar a la escuela de las hermanas Loretanas, Luz Marina vivió una especie de trauma. Allí negaban todo lo que había aprendido en casa. Viviendo en Peguche no sabía ni una palabra de castellano, tampoco ha tenido contactos con el mundo de los blancos. Fue en la escuela donde se dio cuenta de que a su lado había otro mundo totalmente diferente. Muy temprano, su abuela le enseñó a rezar. Todos los días antes del amanecer la despertaban largas oraciones que luego hacían juntas, ella sin comprender, medio dormida. Recuerda que después de haber rezado, la abuela abría la puerta, se remangaba la camisa, recogía la falda y levantaba los brazos esperando los primeros rayos del sol que nacía tras el volcán Imbabura. Lo saludaba en quichua dándole gracias por la vida, los hijos y la comida. Le hablaba llamándolo Padre Sol. Luego, como si visitara a su nieta y a ella misma de rayos de sol, pasaba sus manos desde la cabeza hacia los pies. Se dirigía también agradeciendo y suplicando a Pachamama -diosa de la Tierra y de las montañas Taita y Maita-. Desde pequeña, Luz sabía que la Tierra era un ser vivo, que de ella dependía la vida, el agua y la comida. Era prohibido tirar cualquier cosa sobre la tierra y sobre todo nada incisivo. En la escuela se negaba todas aquellas creencias y se les enseñaba la religión de Jesucristo -el único Dios Creador-, y el automatismo. A los tres años de estudiar, Luz no sabía ni leer ni escribir. Cuando su padre se enteró que en las clases no se les permitía hablar de Pachamama, le prohibió ir a la escuela.

Cuando Luz cumplió los 13 años, su abuela se opuso a casarla. El matrimonio fue para las familias la manera más sencilla de mejorar la situación material, con una boca menos para alimentar. Pero la familia de Luz no era pobre.

El matrimonio

A los 15 años de edad, después de la muerte de la abuela y conforme con la decisión de los mayores, Luz contrajo matrimonio con Manuel, de 17 años. La familia de él también era originaria de Peguche, pero desde hace un par de años vivía en Quito. Manuel trabajaba con su padre y sus tíos en una fábrica textil. Uno de los tíos enseñaba además en la escuela de artesanía y fue él quien pagaba el colegio del joven, (mitad de los años 60). Según los planes de los padres, después de la boda, los jóvenes tenían que regresar a Quito donde Manuel pensaba terminar la escuela. Pero unos días antes de la boda, los racistas mataron en Quito a su hermana y a su abuela, así que la familia cambió sus proyectos y regresó a la comunidad. Compraron una casa para la jo-

ven pareja en los alrededores de Otavalo, (al lado del actual Centro de Recreación Sara Nustra). Manuel no quiso volver a Peguche. La comunidad respetaba las decisiones de emigrar a Quito por el trabajo, pero miraba muy mal a quien quisiera vivir más cerca pero fuera de la comunidad. A pesar de las críticas de la parte de los primos y parientes más lejanos de ambas familias, los jóvenes se quedaron a vivir en Otavalo. Luz no se sentía bien allí, no sólo por las nuevas y extrañas, para ella, condiciones de vida urbana, sino también a causa de las relaciones familiares. No hablaba el castellano; la familia de Manuel, que a menudo venía a verles, sabía el quichua, pero entre ellos y con los vecinos mestizos se hablaban sólo en español. Sin darse cuenta también a ella se dirigían automáticamente en castellano, o por lo menos utilizaban algunas palabras españolas que ella no entendía. Así que empezó a aprender el castellano sola en casa. En el primer tiempo, se sentía mejor en el mercado, donde podía entenderse con las vendedoras indias en quichua, que en su propia casa. Pero era demasiado orgullosa para contárselo a su marido. Con el consejo de su tío, maestro de Quito, se compraron con el dinero de la familia un telar a pedal y luego otros más, abriendo así un pequeño taller de tejidos. Gracias a la experiencia que sacó Manuel de su trabajo en Quito fabricaban mejor los tejidos que los mestizos solían comprar en la capital. Nunca los vendían en el mercado como lo hacían otros indios. Los compradores venían a su taller y así preparaban sus tejidos a pedido. El taller funcionaba muy bien. En el primer período, Luz nunca había notado ningún trato irrespetuoso de parte de los vecinos. En realidad, vivían aislados y sin amistades ni conocidos, sin embargo gozaban del común respeto. Todos los domingos y días festivos pasaban en Peguche, también cuando llegaron sus dos hijos: Luz Marina (1955) y Mario (1957). Pronto se hicieron unos de los ricos habitantes de la localidad. En aquella época, en la ciudad vivían además dos familias de carniceros, sin embargo, la gente los trataba con desprecio. También Luz se hizo una opinión negativa sobre ellos. Luz cree que como su situación económica era muy buena, su casa parecía a las demás. Eran los primeros indígenas que vivían guardando distancia, pero con plena conciencia de su valor y no de su inferioridad. A lo mejor, fue así porque también en la comunidad sus familias ocupaban alta posición y además porque Manuel, que había vivido en Quito, conocía la capital y su vida mejor que los mestizos otavaleños que en su buena parte nunca habían estado allí. Así que las manifestaciones de racismo, frecuentes en aquella época, nunca afectaron directamente a Luz y Manuel. Ellos sólo las podían observar los días del mercado, por ejemplo, cuando iban dirigidas a los indios que llegaban para esta ocasión a la ciudad.

Actividad profesional

A los cuatro años de casados (1958), cuando Luz, con 19 años estaba embarazada de su tercer hijo, conocieron a una alemana. Después de haber visto toda su fabricación, la mujer les propuso el trabajo en su recién abierta fábrica de tejidos en Bogotá; a pesar del muy buen salario, Luz no tenía ganas de marcharse allí. El taller de Otavalo trabajaba muy bien. Además, en Peguche vivía su familia, no imaginaba mudarse para otra ciudad y peor a otro país. En cambio, dejó que se fuera sólo su marido. En consecuencia, durante más de diez años dirigió sola el taller, desarrollando y modificando la producción y la distribución. También fue ella quien organizaba el trabajo de sus empleados mestizos. Al mismo tiempo, se ocupaba de la casa y de sus tres y luego cinco hijos. Manuel venía cada dos meses, pero a veces sólo tres veces al año para quedarse un par de días.

Luz prácticamente sola ganaba la vida de su familia y también ella tenía que afrontar y dar solución tanto a los problemas familiares como los de carácter profesional. Además, fue ella quien, hasta que Manuel regresó definitivamente, pagaba todos los gastos de la educación de los hijos. Su marido no le mandaba ningún dinero, pero Luz tampoco esperaba ayuda económica de su parte, pues ambos ganaban muy bien. Cuando Manuel se fue, Luz empezó a comprar periódicos -momento que considera importante para su vida-. Quiso aprender el corte por la prensa, pero era incapaz de leer sin la ayuda de sus hijos mayores. Con el tiempo, ella sola aprendió a leer en el grado que le hacía falta, lo que le parece natural; en cambio, siente orgullo de haber aprendido ella sola el corte. Cambió la producción del taller para trabajar en la confección. Compró una y luego otras máquinas de coser. Se orientó por la producción de ropa según los gustos de los habitantes mestizos de la ciudad de Otavalo. Sus modelos se vendían muy bien. Luego, gracias a los contactos de Manuel, empezó a vender toda su producción a Colombia y Venezuela. Trabajaba con telas de fábrica compradas en Colombia, ya que eran más baratas.

La mejora de la situación económica de la familia no provocó mayores cambios en su modo de vida. Los hijos siempre la ayudaban en los trabajos cotidianos. Luz los criaba igualmente como se criaba a los niños en la comunidad. Hoy día opina que quizá fue demasiado severa, (sobre todo con los tres mayores), pero nunca tuvo problemas con ellos. Lo único nuevo que introdujeron de mutuo acuerdo con su marido fue la decisión de hablar en casa exclusivamente en castellano y mandar a los hijos a las mejores escuelas de entonces. Luz insiste sobre el hecho de que en aquella época los niños de las co-

munidades no aprendían ni a leer ni a escribir. En la escuela sólo se les enseñaba a hablar el castellano en el nivel umbral. Sus hijos conocían el quichua, (durante los viajes a Peguche se comunicaban sólo en esta lengua), pero gracias al contacto permanente con el castellano en casa o en las charlas con los empleados, no tenían problemas en la escuela.

Cuando los hijos mayores tenían ya más de diez años, Manuel empezó a venir a casa para quedarse dos o tres meses. En aquella época, la dueña de la fábrica donde trabajaba Manuel invitó a Luz con los tres mayores a Bogotá. Durante aquella estancia, la alemana volvió a insistir para que viniesen a vivir en Colombia. Apreciaba a Manuel y no quería perderlo como empleado. Pero Luz otra vez rechazó la proposición. La primera vez lo hizo por miedo ante un mundo nuevo y desconocido, ahora, para no perder su negocio y su posición en Otavalo. Durante años, cuando Manuel estaba ausente, oía la gente hablar que su marido la había abandonado o que tenía otra familia en Bogotá. A los chismosos no les importaba el hecho de que Manuel venía regularmente a casa y que ella dio a la luz a tres hijos más (1970, 1974, 1978). Luz tenía demasiadas ocupaciones como para preocuparse por aquellos cotilleos. Cree que los mestizos suponían cosas por su propio modo de hacer. Sin embargo, sintió una gran satisfacción cuando en 1979 Manuel volvió a casa definitivamente. En 1980 compraron con el dinero ahorrado una casa grande con un jardín en un prestigioso barrio de la ciudad, (en la calle Sucre, cerca de la plaza central y de la iglesia). Adaptaron una parte de la casa para un taller, luego lo ampliaron en una grande y moderna fábrica. Manuel hizo traer de Colombia ocho modernas máquinas tejedoras. Volvieron a cambiar el carácter de la producción, especializándose esa vez en la fabricación de jerseys vendidos al por mayor. Durante diez años el negocio les iba muy bien, empleaban a unos 60 a 70 mestizos.

Durante largo tiempo no daban trabajo a los indios. A las mujeres indias no las podían emplear ya que no lo permitían sus familias. A pesar de que ellos, los indios, eran dueños de la fábrica, las familias indígenas consideraban peligroso que sus hijas o hermanas trabajaran con los hombres mestizos. Ellos, en cambio, no querían emplear a los hombres indígenas, lo que criticaban a veces sus familiares. Como ya tenían sus clientes no podían permitirse retrasos, mientras los empleados indios bebían mucho y no tenían palabra. Durante años tenían buenas relaciones con sus empleados mestizos, les ofrecían buenas condiciones de trabajo y a nadie le molestaba que fueran indios. La situación empezó a empeorar a mitad de los años ochenta. Imitándolos a ellos, muchos mestizos e indios abrieron sus propios talleres. Entraron en un período de conflictos con los empleados mestizos que les estaban amenazan-

do con huelgas o con dejar el trabajo. A menudo pasaban a las empresas competidoras secretos de la fabricación, informaciones sobre los clientes, etc., exigiendo aumento de salario a cambio de su lealtad.

Su posición en la ciudad

Durante los 30 años nunca habían ocultado su origen indio. Siempre llevaban el traje otavaleño que era el único signo exterior de distinción. No tenían amigos en la ciudad, un contacto más íntimo sólo mantenían con unos curas y algunas monjas. Los dos participaban activamente en los consejos parroquiales donde los demás miembros los trataban con respeto. Sabían que formaban parte de una élite financiera de la ciudad, lo que les daba un cierto bienestar social aunque no se les notaba nada de especial por fuera. En la vida familiar seguían los principios de sus antepasados, vivían modesta y laboriosamente. El único lujo que se permitían fue la educación de los hijos.

Los hijos y los problemas de la identidad

En los años 80 la situación cambió. Incluso un cura de confianza le aconsejó que no hicieran notar tanto su identidad. Luz insiste en que nada había cambiado en su comportamiento. Fueron los mestizos a quienes de repente los indígenas empezaron a molestar. El número creciente de los indios y el hecho de que los papeles desempeñados por ellos cambiaron crearon un grave problema. Luz, que desde hace treinta años vivía en la ciudad de Otavalo, se sintió ofendida. Había creído que por su duro trabajo se ganó una buena, bien fundada y merecida posición. Evitaba conflictos, se abstenía de juzgar la pereza que se dejaba ver a cada paso, las carreras poco claras o las actitudes de sus vecinos mestizos. Aceptaba aquel tipo de relaciones sin amistad, se acostumbró a la distancia siempre guardada pero acompañada del mutuo respeto. De repente se sintió extranjera en la ciudad que consideraba suya.

Mario

En aquella época surgió el problema del futuro de su hijo mayor –Mario-, el más querido y mayor de los hermanos. Empezó la escuela a la edad de cinco años, terminando todos los años con las mejores notas de la clase. Un cura relacionado con la familia sugirió a Luz que si no quería comprometer el futuro de su hijo y darle oportunidad de salir adelante tendría que mandarle a la mejor escuela de la provincia donde nadie pudiera saber que era indio. Fue entonces cuando por primera vez pensó en la verdadera posición de su familia en la ciudad. Sus hijos varias veces se quejaban de ser tratados peor que

los demás alumnos, pero nunca dio mucha importancia a aquellas frases porque durante las reuniones de padres la trataban como a todas las otras madres, igual ocurría en la iglesia. Desde el principio, cuando empezó a acudir a la iglesia en la ciudad, iba siempre a la misma misa y a la misma hora.

Después de varias discusiones en familia decidieron que Mario iba a cortarse la trenza y vestirse a estilo mestizo. Mario aceptó la decisión de los padres e ingresó en el Colegio Salesiano de Ibarra. Un año después ganó el primer premio con las mejores notas de toda la provincia. La importante suma de dinero, la dejó en su totalidad a disposición de los padres. Luz se sintió muy orgullosa ya que fue la prueba de que Mario actuaba como un verdadero indio que a la diferencia de sus amigos mestizos, respetaba a sus padres.

Durante los dos años de estudios ninguno de los padres vino al Colegio. Pagaban la matrícula y se informaban de los resultados escolares de su hijo por intermedio del cura o del mismo Mario. Siguieron con la misma táctica de camuflaje durante sus estudios en Quito, (Universidad Central - Facultad de Medicina). Mario se instaló en Quito con Luz Marina, la mayor de las hermanas, que en aquellos tiempos también empezó a estudiar. Se alquilaron un cuarto en un barrio mestizo. Luz Marina y los demás hermanos seguían guardando los signos exteriores de su origen indio. Cuando pregunté por qué solamente con Mario escogieron aquella estrategia de camuflaje, Luz contestó simplemente: *“era el más inteligente, no podía gastar su energía en ganar la aceptación de los demás. Así lo tuvo todo más fácil, mientras a mí me quedaban otros cinco hijos”*. Luz intentaba no preocuparse por el futuro, pero, como hoy lo confiesa, no le quitaban inquietudes, igual que cuando Manuel se fue a Colombia.

Mientras tanto, Mario seguía viniendo a Otavalo cada vez que podía. No cambió para con su familia, les comentaba todas las cosas de más importancia de su vida. También trajo a presentarles a su primera novia, una extranjera de Canadá. Fue una gran sorpresa de todos cuando se enteraron que la chica sabía que Mario era indio, que conocía por las relaciones a toda la familia y que hablaba el quichua.

Las decisiones que tomaron Luz y Manuel en cuanto al futuro de Mario, no llamaron ninguna atención de sus vecinos mestizos. Muy a menudo, los jóvenes indios que se iban a la ciudad para estudiar o trabajar perdían el contacto con el grupo adoptando características exteriores e interiores del modo de vivir de los blancos o de los mestizos. En cambio la familia de Peguche, tanto próxima como más lejana, les criticaba mucho. Nada menos que siete años más tarde vieron que su táctica había sido buena. Mario terminó la carrera como el mejor estudiante. Para el acto de entrega de diplomas invitó

a la familia y él mismo vistió el traje otavaleño. Hubo de pensarlo mucho antes porque desde algún tiempo había dejado de cortarse el pelo. Luz seguía repitiéndole que había que ir al peluquero, pero él sólo se reía. El día de la entrega de diplomas le faltaba para hacer la trenza, pero ya pudo recoger el pelo con una colita.

Al recibir el diploma sintió una gran satisfacción por haber logrado tomar el pelo a todos. Ninguno de sus profesores ni de sus amigos había sospechado que Mario era indio. Luz no quiso perturbar la alegría de su hijo, pero durante el acto oía varias veces susurrando o en voz alta frases malintencionadas [desagradables] de estilo: “(...) *de dónde salieron estos indios, quién les dejó entrar (...) qué hacen aquí estos sucios (...)*”, etc.

Luz todavía sigue recordando la emoción y la alegría que le dió Mario. Me enseña, orgullosa, las fotos de aquellos momentos: Mario con un sombrero otavaleño y con el diploma y Mario con la familia. Manuel también, estaba tan orgulloso de su hijo -primer médico otavaleño que regresó a casa y guardó los atributos de su identidad indígena (el traje y la trenza)-, que en reconocimiento le compró un coche. Mario fue el primer joven indio a quien regalaron un automóvil. Durante algunos años, Mario trabajó en el primer centro indígena de salud para pobres creado por él mismo. Fue él quien luchó por poder ocupar el edificio y por hacer venir el material y los aparatos médicos lo que provocó conflictos con la organización indígena local. Al mismo tiempo, Mario intentaba ingresar a un curso de postgrado en Quito. A pesar de la mejor media de notas de varias promociones le contestaban con negativa. Mario suponía que fue por su decisión de volver a sus orígenes indios. Cuatro años más tarde, su antigua novia le ayudó a obtener una beca en Canadá. Allí terminó su tesis de doctorado, se casó con su novia y ahora tiene dos hijas que hablan perfectamente el quichua. Trabaja en Montreal, pero mantiene un contacto permanente con la familia. Luz me enseña las fotos de sus nietas vestidas con los trajes otavaleños.

Durante años, Luz y Manuel invertían en el desarrollo de la empresa y en la educación de todos los hijos.

Luz Marina

Las inquietudes de Luz en cuanto a su posición en la ciudad se agravaron con la historia de su hija mayor. Luz Marina, durante varios años salía con un mestizo rico y conocido en la ciudad. A Luz y Manuel no les agradaba ver aquella pareja y esperaban que la relación se rompiera algún día. Cuando se enteraron de que Luz Marina estaba embarazada suponían que los jóvenes se

iban a casar, según las declaraciones del novio. Luz no quiso hablar con más detalles de aquella historia, sólo insistía en que la palabra, el prometer, el honor significan otra cosa para los indios que para los mestizos. Aquel abandonó a su hija como si fuera una sirvienta.

Luis Eduardo

El tercer hijo, después de haber terminado los estudios de filosofía en la Universidad de Quito, se dedicó a la política, (es jefe del proyecto de recultivo de San Pablo y miembro activo del partido Pachacuti). Fue gracias a él que Luz conoció la historia de su propio pueblo, todo el mal que les causaron, primero, los españoles y luego, los mestizos. Las conversaciones de Luis y de sus amigos despertaron en ella las dudas en cuanto a su propia identidad. Hasta entonces, se consideraba india y católica, pero en aquella época empezó a preguntarse por el sentido de la vida y su verdadero lugar en este mundo.

Hace cuatro años perdieron con su marido lo que habían ganado durante toda la vida. Desde el año 1990, la fábrica iba cayendo en la ruina a causa de la gran importación de la ropa usada y barata de los Estados Unidos. Por eso empezaron a preparar otro cambio de producción y pensar en la compra de nuevas máquinas. Pidieron un préstamo en el banco donde desde hace años tenían su cuenta y sacaron todos sus ahorros. La suma de unos 50.000 mil dólares la pasaron a un primo que tenía que ocuparse de la compra de las máquinas en los Estados Unidos. Un primo de Peguche en quien tenían plena confianza les robó el dinero confiado y ahora no tienen la menor esperanza de recuperarlo. El préstamo con los intereses alcanzó unos 70 .000 mil dólares. Cerraron la fábrica y viven a cargo de su hija mayor. Luz gana algún dinero con la venta de unas piezas de -como las llama ella- lujo de fabricación artesanal. Las formas y la técnica las guarda en secreto porque, como dice, los artesanos dejaron de ser creativos, sólo buscan robar modelos y producir en grandes cantidades. Sus productos los vende directamente en Alemania a través de los amigos de sus hijos. Volvió a sus recuerdos y a las técnicas de trabajo que conoció cuando era niña, junto a su abuela.

Durante años no miraba a nadie, vivía y trabajaba para su familia. En cambio, hoy observa la vida de la ciudad y critica una parte de sus habitantes tanto mestizos como indios. Perdió confianza en la religión católica en la forma en que la practicaba durante cincuenta años. Observa nuevos y extraños, en su opinión, cambios en la Iglesia y en sus creyentes: iglesias para pobres y para ricos, misas para indios y para mestizos. Cambios que afectan a miembros de las religiones rivales: católica, protestante y toda la variedad de sectas.

Hace un par de años, rechazó a la puerta adventistas y mormones, recientemente echó de la casa a los Testigos de Jehová que querían hacerle cambiar de religión. Se hablaba mucho en las casas de los vecinos cuando demostró que conocía la Biblia mejor que ellos. Luz sabe que hace años mucha gente la imitaba. Así, su decisión influía sobre los indios que entonces llegaban a la ciudad. Si ella hubiese cambiado de religión, lo hubieran hecho muchos otros. Los nuevos conversos la exasperan con su ingenuidad y modo de pensar, igual que la confianza de los tontos o gente de negocios en los nuevos dogmas llenos de mentiras, (promesas de préstamos para los nuevos adeptos). Luz cree que todas las iglesias son corruptas en menor o mayor grado. Sabe que muchas de las recientes fortunas indias no han nacido del trabajo, sino de los negocios sucios que la Iglesia no repudia. En un caso, hasta participó activamente en la acción de reprobación (el año pasado, confiscaron cocaína en una iglesia de mormones). Opina que las inscripciones que aparecieron poco después sobre las paredes “narcotraficantes” eran una justa manera de condenar públicamente. Sin embargo, pronto se dejó de hablar del asunto.

Luz sigue considerándose católica. Cree que los indios tendrían que conservar la confesión en la que crecieron. El castellano, según ella, no expresa la unión con la naturaleza como lo hace el quichua. Luz opina que el catolicismo debería enseñar mejor el respecto hacia la tierra, la naturaleza y la energía. Acusa a los católicos de Otavalo de corrupción y mentiras que provocan la lucha económica y el paro. Luz piensa que el catolicismo tendría que respetar sus creencias, aprovechar el saber de sus antepasados y aceptar el quichua.

Luz observa con desaprobación a algunos pobres y también a unos nuevos ricos ciudadanos indios. De los primeros, que viven de lo que venden en el mercado, habla con desprecio, explicando que su objetivo es imitar y ganar rápidamente. De los otros dice que son demasiado presumidos y exageran ostentando sus riquezas con lo que irritan no sólo a los mestizos, sino también a los indios como ellos. Luz cree que de este modo amenazan el equilibrio natural. Un duro trabajo da resultados, pero exige modestia. Además, Luz explica de esta manera que los mestizos demasiado tiempo hacían trabajar a los indios, demasiado tiempo seguían siendo atrevidos y presumidos, abusando del pueblo indígena, tratándolo como bestia de carga. Así le parece justo que ahora sean los indios que den trabajo a los mestizos. Luz observa que desde hace unos cinco años se van limitando las influencias de los mestizos sobre los indios, y no sólo en el marco económico. Cree que el fenómeno seguirá aumentando. Por otra parte, observa con desaprobación los proyectos de ayuda que enseñan sobre todo a los indios, pero también a los mestizos, que a veces

se hacen pasar por los indígenas o por sus amigos, cómo mendigar y mentir. Luz ve en estos proyectos el origen de estafas, malversaciones y abusos.

A Luz no le gustan las parejas formadas por indios y extranjeros, pero tampoco las reprueba. Le parece normal que los jóvenes indios traigan a sus mujeres extranjeras. Sobre todo que son personas abiertas a la cultura indígena, la aceptan y educan a los hijos en respeto a sus principios. Durante tantos años hombres y mujeres mestizos trataban a los indios varones como animales. Nada más que la proximidad física ya era peligrosa. En cambio, Luz está en contra de las parejas de “*un día*” que son cada vez más numerosas en las calles de Otavalo, sobre todo los días de mercado. Las extranjeras que vienen para un sólo día y buscan una aventura es su problema, dice Luz, pero los jóvenes indios no deberían ostentarlo así, “...*es contra la naturaleza...*”.

En cuanto a la cultura, Luz opina que hay que guardar una neta separación: “(*...*) *no hay razón para mezclarse con ellos (...), nosotros tenemos nuestra cultura y ellos la suya ... Durante siglos teníamos que avergonzarnos de nuestra cultura y nuestra lengua (...)* Por qué ahora tendríamos que unirnos...”.

Cuando le pregunto por los momentos más importantes de su vida, Luz habla de lo orgullosa que se siente por ser ellos, con Manuel, los primeros en lanzarse en otras actividades que las de sus antepasados, tras haberse mudado a la ciudad. Además, considera como éxitos el haber aprendido sola el corte, el hecho de abrir el primer taller indio en la ciudad de Otavalo y de ser los primeros propietarios indios de una fábrica. Luz recuerda que siempre vivían dignamente, nunca por encima de su posición y sin olvidar en ningún momento su origen. Así como se lo habían prometido hace años, sin la ayuda de nadie educaron a todos sus hijos.

Luz Marina no ha terminado su carrera por haber dado a la luz a su hija. Hoy día es dueña de una librería, (la nieta mestiza, Toa de 15 años, alumna de un colegio).

Mario, doctor en medicina, trabaja en Canadá. Su mujer canadiense es profesora de lingüística en la Universidad de Montreal. (dos nietas mestizas, una de 9 y otra de 6 años).

Luis Eduardo, licenciado en filosofía por la Universidad Católica de Quito, miembro del partido político Pachacuti y presidente del SEPU (Proyecto Suiso-Ecuatoriano del Recultivo de lago San Pablo). Es él quien decide del carácter de las obras. Emplea a los mejores especialistas suizos y canadienses; se niega a trabajar con los mestizos. Soltero, tiene un hijo de 6 años con una mujer mestiza a quien paga la pensión para el niño, pero no quiere casarse. El hijo pasa todas las vacaciones con su padre y los días de fiesta en la casa de los abuelos.

Gina, licenciada en periodismo después de haber terminado los estudios en Rusia. Actualmente continua la carrera aprendiendo el inglés en la Universidad de Ibarra.

Semi, estudia el último año de psiquiatría en la Facultad de Medicina de la Universidad Central de Quito. Casada, su marido - Herman, un indio de Cotocachi, es antropólogo (la nieta india tiene seis meses).

Luis Alfredo termina el colegio, no tiene planes en cuanto a su futura carrera.

Luz Marina se siente orgullosa de que el futuro de todos sus hijos este relacionado con Otavalo, que, en campos diferentes, todos trabajen para el bien de los indígenas. La hija mayor, Luz Marina, ofrece en su librería un gran surtido de libros que tratan de la verdadera historia de los indios, de sus persecuciones y tragedias. Luis Eduardo y Luis Alfredo son miembros activos de organizaciones políticas y participan en el Programa de San Pablo. Gina sueña con fundar un periódico indio local que no mienta como la prensa mestiza local y si sus planes no se realizan, se pondrá a enseñar inglés. Se da cuenta de lo importante y necesario que es este idioma. Semi quisiera trabajar en el centro de salud creado por su hermano. Su marido, licenciado en antropología por la Universidad Salesiana de Quito, trabaja en la OMARE (Fundación Internacional Ecológica sobre recultivacion de Amazonia). Tiene planes de hacer un curso de postgrado en la Universidad Bolívar, luego un doctorado y piensa que después podría trabajar para el desarrollo del eco y etnoturismo. A pesar de que todos viven en la ciudad, no olvidan la importancia ni el respeto que se debe a la tierra. Sus hijos, nietos de Luz Marina, son mestizos pero crecen educados como indios. Todos se identifican con Otavalo. Luz considera su actual situación económica como un paso muy difícil. Sin embargo, el problema se resolverá con la venta de la casa. Lo más importante es pagar las deudas. “*No necesitaremos una casa tan grande, (...) montaremos un nuevo negocio ...*”, termina Luz.

5. Luz Marina Maldonado, hija (42 años) nacida en 1956

La situación familiar

Nació en la ciudad de Otavalo en una familia acomodada. En casa se hablaba exclusivamente en castellano. Desde muy niña, mantuvo contacto con los empleados mestizos de sus padres que la querían mucho y eran muy amables con ella. El español fue su primera lengua. Cuando era pequeña y los padres no querían ser entendidos, hablaban el quichua. Por eso su hermano y



28. Luz Marina con su hija Toa



29. Luz Marina con la autora en su librería en Otavalo

ella tenían ganas de aprender cuanto antes ese idioma. Lo aprendieron gracias a las estancias en la comunidad de Peguche, gracias a las conversaciones con sus abuelos y sus primos. En Peguche sólo se hablaba el quichua, (1967-70). Recuerda las risas que provocaba el quichua entre los mestizos. No comprendía nada y tampoco le parecía importante. En la guardería estaba muy bien, tiene buenos recuerdos de aquella época. Fue la única india allí, pero conocía a muchos otros niños, hijos de los vecinos o de los empleados de sus padres.

La educación escolar

La escuela, la vivió como un trauma. La madre decidió mandarla a una buena escuela católica para niñas. Desde el primer día, la recibieron burlándose de su traje. Cuando tomó el asiento, una vez en la clase, oyó insultos como “...vete india sucia... qué hace aquí esta india tonta...”. Al día siguiente, la maestra le prohibió comer con los demás niños, explicándole que “...tienes que comer sola. Ustedes, los indios, comen igual que animales...”; (aquella mujer hasta hoy día enseña en Otavalo, desde hace poco es directora de una escuela). Luz no tuvo ninguna amiga, incluso los niños que había conocido en la guardería, en la escuela hacían como si no la conocieran. Tras los primeros, difíciles días, no quiso volver a la escuela, pero su madre no quiso escuchar nada y sólo le dijo que tenía que seguir estudiando. Recuerda que una sola vez la madre intervino. En el segundo curso, no la dejaron participar en las marchas oficiales de toda la escuela con la ocasión del 31 de marzo y Corpus Cristi, argumentando la decisión por el vestido no reglamentario, (1966). Tras la conversación de su madre con la directora, se decidió que sí podría participar en las festividades con tal de vestir un traje mestizo. Así, el día de la Independencia, llegó vestida con la ropa prestada. Pero, al fin y al cabo, no pudo participar en la marcha porque llevaba el pelo recogido con una faja y no dos trenzas como las niñas mestizas. El día de Corpus, se la veía igual que otras alumnas, pero, a pesar de eso, la pusieron sola y al final y no en las filas con los demás. Sus hermanos también vivían situaciones parecidas, pero no les daban tanta importancia como ella.

Durante toda la escuela primaria y dos primeros años del colegio, Luz seguía sola y asustada. Nunca sabía cuándo y qué tipo de burlas le iban a lanzar. Se veía apartada de todos los juegos y actividades en grupo. Temía a los niños igual que a los maestros. Las primeras compañeras mestizas, las conoció no antes que en el tercer año del colegio, (las tuvo tres o cuatro). Pero con ninguna de ellas tuvo una relación que se pudiera llamar amistad. Incluso las niñas que consideraba más íntimas, nunca la invitaron, por ejemplo, a sus

fiestas de cumpleaños. Aborrecía la escuela. Le daba náuseas cuando abría un libro o un cuaderno. Temblaba de miedo pensando que cualquier cosa que dijera o escribiera podría provocar burlas. Era una mala alumna. A causa de la matemática, dos veces tuvo que repetir, el tercer y el quinto grado. Sin embargo, piensa que los profesores eran muy malos e injustos con ella. Le ponían notas más bajas de lo que se debía, no se podía hacer apelación de sus decisiones y tampoco había control alguno. Su hermano Mario fue para Luz el único amparo en aquella época. Tenía semejantes problemas en la escuela, pero era tan inteligente que de todas formas terminaba con los mejores resultados. A veces Mario le ayudaba haciendo sus deberes por los que él mismo había sacado buenas notas, pero ella obtenía las peores. Durante todos los años de estudios, conoció a un sólo maestro a quien le caía bien y que era amable con ella. Fue el único que le daba buenas notas, pero tampoco él nunca la había defendido como lo solían hacer otros profesores en casos parecidos. Los niños cuando comentaban durante los recreos las injustas, según les parecían, decisiones o notas de los maestros, nunca hablaron de las injusticias dirigidas a ella. Luz cree que unas palabras de comprensión de parte de sus compañeras de clase, le hubieran ayudado mucho en aquella época. Se hizo muy desconfiada, no sólo con los compañeros de la escuela, sino también hacia los empleados de sus padres. Se sentía cómoda y a gusto solamente con la familia. Los hermanos se sustituyeron a los compañeros de clase que no tenía. Al mismo tiempo, perdió el contacto con los adolescentes de Peguche -sus problemas eran diferentes de los que vivía ella-.

Los estudios y vida en Quito

A la edad de 20 años hizo el bachillerato. Sus padres decidieron que tenía que estudiar administración, ya que era necesario para la fábrica. Mario, que en el mismo período terminó el colegio, tenía toda la libertad de escoger la carrera. Después de haber terminado la escuela, los padres la mandaron durante unos meses a Peguche, a la Cooperativa Textil, para darle alguna experiencia antes de empezar los estudios. Allí se sintió una persona importante, trabajaba en la oficina. Gracias a los contactos de su familia, conocía a los directores y ellos le brindaban confianza. Muchos de los que trabajaban allí tenían ganas de hablarle, contarle sus problemas; a veces le pedían consejos. Fue algo muy nuevo para ella. En la escuela aprendió a vivir en un mundo aparte, separada de los demás. Vivía tan asustada que hasta los veinte años no pensaba que podía jugar, divertirse, no pensaba en vestidos ni en su físico.

En la fábrica conoció a un ingeniero textil, un mestizo que le llevaba quince años y que se interesó por ella. Nacido en una antigua, respetada y rica familia, Hernando, era una persona muy conocida. A Luz le complacía que un hombre maduro y serio, un mestizo guapo le hacía, en la oficina, proposiciones de salir juntos a alguna parte, la acompañaba a casa con su coche, le decía cumplidos y dejaba ver delante de todos que estaba interesado por ella. Aquellos meses fueron para Luz los primeros momentos felices que vivió desde que dejó la guardería. Así empezó la relación que iba a durar varios años. No la cortó el viaje para Quito y los estudios, como creía la familia. Hernando venía con regularidad a verla. Necesitaba esos contactos mucho más que en Otavalo, ya que el comienzo de los estudios fue otra dura prueba más para ella. No aguantaba la vida en la ciudad, tenía miedo de los desconocidos, la espantaba la cantidad de gente por las calles, el ruido, el tráfico, los coches, etc. (1978). Además, de nuevo no tenía con quien hablar. Mario tenía muchas más horas de clase que ella. Como todos lo creían mestizo, conoció también a muchos nuevos amigos. Casi no se lo veía en casa. Vivían juntos. Luz llevaba la casa con el dinero que sus padres les mandaban todos los meses. Le agradaba este papel, pero si hubiese sido posible, no hubiera salido de casa. La gente pensaba que era una sirvienta o una amante de Mario, pero intentaba no preocuparse por eso. En casa, esperando a Mario -su fiel amigo desde toda la infancia-, o a Hernando, se sentía tranquila, fuera de cualquier peligro.

El tener que salir de casa para ir a la Universidad siempre la angustiaba. Lo peor era el llegar: el transporte, miradas aviesas o unas observaciones desagradables de la gente desconocida. Los compañeros y los profesores de la Universidad no eran malos con ella, simplemente no le hacían caso. Por sí misma Luz siempre se sentaba apartada, al lado o al final, detrás de todos y sin hablar con nadie. Intentaba entrar en la sala la última y salir la primera. Nunca hizo una pregunta al profesor y envidiaba la soltura de sus compañeras mestizas. Sabía que en otras facultades había indios, pero tampoco a ellos se atrevía a dirigir la palabra. Hasta ahora no llega a comprender cómo pudo pasar los exámenes. Siempre llegaba tan asustada que parece que si no la suspendían era porque les daba pena. El único alivio era el regresar todos los fines de semana a casa de los padres en Otavalo, (salían con Mario los viernes y regresaban los lunes), y también las llegadas de Hernando, que la llamaba su "*princesa*". Tras un año de salir juntos, Mario le llamó la atención que Hernando nunca la invitaba al cine, no la llevaba a un café o a dar un paseo. Sin embargo, Luz sentía tanto amor y tenía tanta confianza que aceptaba todo sin poner dificultades y admitió las reglas de la relación tales como las propuso su hombre querido. Incluso los rumores de que Hernando tenía en Quito una novia

mestiza a quien veía cada vez que venía a ver a Luz, no hicieron vacilar sus convicciones. Sus explicaciones, porque no negó sino confirmó lo que se decía, probaban, según Luz, la honradez de sus intenciones, de que aquella relación no tenía ninguna importancia, que sólo era una especie de camuflaje para la familia. Para dar más credibilidad a sus palabras, empezó a invitarla a dar un paseo. Cuando recuerda ahora aquellos momentos, se da cuenta de que Hernando tenía que tener vergüenza de estar con ella. Salían de casa sólo al anochecer o por la noche. Además, Hernando, nunca la abrazaba ni besaba en un lugar público, nunca le tenía la mano.

Después de dos años de estudios, cuando seguía sin poder adaptarse en Quito y encima se puso enferma, sus padres cedieron. Aprobaron su traslado a la Universidad de Ibarra. Volvió a vivir en casa de sus padres, así que todos los días tenía que hacer dos viajes de ida y de vuelta a Ibarra. El transporte era muy malo. Cogía el autobús muy por la mañana y regresaba a horas muy tardías e imprevistas, a veces a las once o incluso a las doce de la noche. A pesar del gran cansancio, después de la soledad que conoció en Quito, el poder regresar todos los días donde la querían lo recompensaba todo. Tampoco se preocupaba por las nuevas afrentas, por ejemplo, sus antiguas compañeras con quienes simpatizaba en el colegio, de repente dejaron de reconocerla. Los estudios en Ibarra le dieron ocasión de vivir experiencias nuevas. Se hizo más segura de sí misma porque sus nuevos compañeros sabían apreciar su diferencia. Se interesaban mucho por ella porque Luz había vivido dos años en Quito, mientras la mayoría de ellos conocía la capital durante tan sólo unas visitas esporádicas. ¡Además, Luz pudo hablar allí con los profesores que habían escrito algunos de los libros de los que estudiaban! Muchas personas buscaban contacto con ella, tenían ganas de hablarle. Algunos tenían sus coches y se ofrecían para llevarla a casa, lo que siempre era un gran servicio para Luz. Otros querían encontrarse con ella fuera de clases, pero a causa de la relación con Hernando rechazaba las proposiciones. Los jóvenes de su edad le parecían sin interés. Mientras pasaba el tiempo, Hernando y sus familiares seguían subiendo en la jerarquía local. Su tío entró en el puesto de procurador de la provincia. A Hernando le nombraron director del departamento de artesanía en el Instituto de Otavalo. La proximidad con la familia de Luz le facilitaba contactos con los artesanos, (en su mayoría desconfiados con los mestizos), en todas las comunidades. Gracias a eso le llegaban mejores materiales y mucho más rápido que a los demás y también publicaba mucho. Al mismo tiempo, los indios le daban trabajo, por ser persona de confianza, en diferentes fábricas de textiles que se estaban modernizado y necesitaban la ayuda de un inge-

niero. Así, sus remuneraciones eran decididamente altas e iban acompañadas de la creciente fama del mejor ingeniero de la provincia.

El nacimiento de su hija

Al final del cuarto año de estudios (1980), Luz quedó embarazada. Fue el futuro padre quien primero se enteró de la noticia. Enseguida propuso matrimonio, pero tardaba en venir a ver a la familia. Cuando sola informó a sus padres del embarazo, la encerraron prohibiendo cualquier contacto. Después de dos horribles meses para ella, vino Hernando confirmando oficialmente su paternidad. Dijo que la amaba y que quería regularizar legalmente su unión. Desgraciadamente, como les explicaba, unos días después, tenía que marcharse a Brasil para una formación de seis meses, por eso les proponía aplazar la boda para su regreso. Tenía que volver antes del alumbramiento. A los padres de Luz no les gustó aquella actitud, pero Luz intentaba justificarlo diciendo que la formación en una fábrica de textiles tan importante era una gran oportunidad para su futuro profesional. Sus padres le pusieron una sola condición, que hasta el día del parto, no dejaría la casa. De ese modo, Luz pasó los siete meses siguientes sin salir fuera. Dos días antes de la fecha prevista del alumbramiento, vino Hernando. Le trajo cosas para el bebé, pero al mismo tiempo otra vez pidió aplazar la boda de dos meses a causa de sus nuevas cuestiones profesionales. Fue un jueves por la noche, Luz lo recuerda perfectamente, (hasta hoy no le gusta este día de la semana). En la noche, cuando se marchó Hernando, empezaron los dolores de parto. Toda la familia la acompañó a la clínica. Fue tras dos días de sufrimientos que dió a luz a una niña. Luz sabía que su familia, a turnos, estaba cerca de ella todo el tiempo. Sin embargo, aquél cuya presencia le era la más importante, no vino.

Gracias a la intervención y el dinero de sus padres, el personal del hospital fue muy solícito con Luz. A pesar de eso, siempre escuchaba observaciones referentes a la ausencia del padre de la niña y de su propia ingenuidad. Después del parto, también hubo observaciones sobre su hija que le hacían mucho daño “...la suerte que tienes... muy guapa la nena porque blanca. Está bien que es blanca, así tendrá la vida más fácil. ¡Qué cara tan clarita No se te parece nada a ti, podría pasar por una verdadera mestiza...”, etc. Estando embarazada, nunca había pensado en el color de la piel y que ése pudiera cambiar la vida de su hija. Le puso a la pequeña su nombre de familia. Como Hernando no se había preocupado por llevarla ni traerla del hospital, los padres de Luz se negaron a avisarle del nacimiento de su hija. Unos días después, se enteró del alumbramiento por unos indios, vendedores en la Plaza de Poncho.

Llegó inmediatamente y parecía encantado con la niña. Le escogió el nombre de Toa, de una princesa incaica, como decía. Durante las primeras semanas, venía todos los días. Se interesaba por la salud de Luz y de la pequeña. Cuando pasó un mes, Hernando desapareció sin avisarla y sin informarla cuándo iba a volver y si iba a volver algún día. Fue entonces cuando entendió por fin que nunca se iba a casar con ella.

Durante los dos años siguientes, vivió en casa, completamente aislada. No salía a ninguna parte. Su vida se limitó a ocuparse de la pequeña y a contactos con la familia más próxima. Evitaba incluso a los empleados de la fábrica. Nadie la obligó a quedarse encerrada, pero tampoco hubo quien le ayudara a salir de su aislamiento. Recordaba la palabra dada a sus padres, que hasta el día de la boda no iba a salir de casa. Aceptó su situación, no pensaba ni en el pasado ni en el futuro. Vivía lo presente y su familia lo aprobó.

La actividad profesional

Luz no sabe cómo habría seguido su vida, si Mario no hubiera vuelto a casa (1983). Fue él quien la obligó, y con ella a toda la familia, a regresar a la vida normal. Le decía “...no puedes pagar tú, cuando es Hernando quien debería pagar”. Durante los dos años, todos la trataban como a una enferma. No sabía lo que pasaba ni en la familia ni en la ciudad. Mario la obligó a enterarse de todos los cambios recientes. También fue él quien acabó con el tabú, cosa que durante dos años no se mencionaba en casa en la presencia de Luz. Mario le confesó que Hernando había llamado varias veces a los padres y a los hermanos. Además, hacía transmitir por intermedio de los parientes más lejanos sus proposiciones de mandar unas pequeñas cantidades de dinero para su hija. Sin embargo, los padres de Luz rechazaron aquella oferta considerándola ofensiva. Además, le prohibieron llamar o acercarse a la casa. Luz se enteró de que la mayoría de los vecinos reprobaba la actitud de Hernando y les estaba compadeciendo. Muchos indios dejaron de emplearlo como consejero, otros empezaron a hablar de su hipocresía hacia los artesanos tradicionales. Se decía que pidiéndoles mercancías de las más laboriosas, les condenaba a pasar hambre y miseria.

Mario la forzaba a salir de casa y a participar en la vida de la ciudad. Luz tenía mucho miedo, había perdido toda la esperanza y alegría, pero poco a poco, iba volviendo a la vida. Se encargó de la administración de la fábrica, así como lo esperaban siempre sus padres.

La educación Toa

Cuando su hija entró en la escuela maternal, los niños la molestaban porque no tenía padre. Luz acabó con la situación con una enérgica protesta durante una reunión de los padres y gracias a una conversación con el director de la escuela. Defendiendo a su hija, se dio cuenta de lo mucho que había cambiado. Hasta entonces era una persona reservada que iba por la vida pidiendo disculpas. Decidió que su hija no iba a aguantar humillaciones parecidas a las que había sufrido ella misma. Si años antes, sus padres se hubieran opuesto de la misma manera, puede ser que no hubiera pasado por todo aquel infierno. Le ofrecieron buena situación económica, pero olvidaron la importancia de la ayuda psíquica, emocional. Hoy Luz ya sabe que lo más importante es saber contestar enseguida a los ataques. Así como lo hizo durante aquella reunión cuando dijo a los padres mestizos que a lo mejor no les agradaría que sus hijos se enteraran de sus hermanos nacidos fuera del matrimonio, cuyos nombres, de común acuerdo, se guardaban en secreto. Hubo varios hombres que le dieron la razón. En la escuela nunca más volvieron a molestar a Toa a causa de su padre. Además, algunas compañeras de clase empezaron a invitarla a sus casas. Luz cree que el racismo no ha desaparecido, sigue existiendo, pero tal vez, hoy día, es menos vulgar. Pero uno tiene que defenderse, hay que evitar los ataques, por lo menos en algunas circunstancias, en algunos lugares y frente a ciertas personas. Los profesores, en su mayoría, siguen teniendo propósitos de carácter racista. Además siguen siendo injustos, demostrando, con mejores notas y otro tipo de exigencias, sus preferencias por los alumnos mestizos. Luz, sin embargo, aparece en la escuela siempre que su hija es víctima de nueva y evidente injusticia. Así, cada vez intenta ganar para Toa otro período de paz.

Cuando Toa empezó la escuela materna, encontró por primera vez, en la calle, a Hernando. Miró a su hija con interés, igual que hubiera mirado una cosa nueva. Durante los siguientes encuentros cambiaron algunas observaciones sobre ella. Nunca hablaron de la partida de Hernando ni del final de su relación. Con el tiempo, Hernando empezó a besar y a abrazar a su hija. Toa varias veces preguntaba a su madre: *“Quién es este señor”*. A la pequeña no le gustaba, y a Luz tampoco, que Hernando la besara y siempre se limpiaba las mejillas. Tras la sorpresa del primer e inesperado encuentro, la rabia empezó a ganar paulatinamente a Luz Marina. No podía aceptar que Hernando jugara en la calle, delante de la gente que los miraba, aquel papel de un padre cariñoso. *“Dónde estaba durante tantos años y dónde está ahora cuando Toa se siente enferma, está llorando o tiene algún problema”*.

Aquel año cuando Toa empezó la escuela, la empresa del padre de Luz conoció las primeras dificultades. Los gastos de la educación en una buena escuela, la matrícula y el material escolar, eran tales que, a pesar de las protestas de sus padres, Luz decidió pedir alguna ayuda económica a Hernando. Le ofreció una suma de 15.000 sucres, es decir alrededor de 5\$ al mes, lo que a Luz le pareció insultante, pero tuvo que aceptarlo para aliviar el presupuesto familiar .

Los viajes

En 1992, cuando la situación económica de la familia seguía empeorando, Luz, tras conversaciones con Mario, decidió marcharse por unos meses a Bruselas y luego, a Canadá. A pesar de que Mario vivía en Canadá, Luz siempre podía contar con él. Durante su viaje, tenía pensado quedarse en la casa de unos amigos de su hermana, vender artesanía, buscar contactos comerciales para el futuro y encontrarse con Gina, su hermana que desde hacía dos años estudiaba en Moscú. Gina echaba muchísimo de menos a su familia, se sentía muy sola y vivía mal aquella separación de los suyos. Por razones económicas, no podía venir a casa durante al menos los tres años siguientes. Rusia le había dado la beca, pero los gastos del desplazamiento corrían a cargo de la familia. Luz se preocupaba por su hermana. Ella que, hace años, vivía angustiada en Quito, decidió que para el bien de su familia y para su hermana, tenía que vencer su propio miedo.

Antes de viajar a Europa, Luz decidió decir a Toa, que ya había cumplido diez años, quién era su padre. Toda la familia estaba en contra de aquella decisión. Todos se preocupaban por la reacción de la niña. Toa fue educada en la cultura otavaleña, sabía hablar el quichua y el castellano, pero por llevar el traje tradicional no pocas veces tuvo que sufrir las burlas de la gente. Toa escuchó con mucha calma las explicaciones de su madre y no le dio ninguna importancia a la noticia, porque, como decía, de todas formas se sentía india. Luz dejó a su hija el teléfono de Hernando por si tenía algún problema en que sus abuelos no le pudiesen ayudar. Supo después que Toa había llamado a su padre para pedirle un libro importante que le hacía falta. Cuando dijo su nombre alguien bruscamente colgó el teléfono. Hasta hoy día no sabe si fue Hernando o uno de sus hermanos.

Tal vez gracias a la calurosa acogida por parte de los jóvenes belgas, Luz soportó mucho mejor los tres meses pasados en Europa que el traslado a Quito, ciudad que todavía seguía espantándola. Luz observó la actitud de los eu-

ropeos que demostraban mucho respeto hacia la cultura indígena y se daba cuenta de la enorme diferencia con la actitud de los mestizos.

Al regresar a Otavalo, Luz se enteró que a su padre le habían robado los ahorros de toda la vida y que además tenía que pagar un préstamo bancario. El director del banco que durante decenas de años llevaba la cuenta de la empresa de su padre les negó cualquier prolongación. Luz sabe que fue con malicia. En la misma época, unos empresarios mestizos les otorgaron el aplazamiento del pago de sus préstamos, a pesar que su situación económica era mucho más difícil que la del padre de Luz Marina. El director, hasta entonces muy amable con ellos, le contestó secamente que podían vender la casa insistiendo con “...¿para qué ustedes, los indios, necesitan una casa tan bonita? La habían ocupado ustedes durante los últimos veinte años por un extraño curso de circunstancias”. Para no preocupar a sus padres, Luz no les quiso repetir aquella conversación. Se quedó sola con los problemas que guardaba en secreto para sus padres y sus hermanos menores. Su padre no llegaba a aceptar su inesperada quiebra y empezó a beber. Su madre lo vivió mejor que su marido, no quería preocupar a los niños para que pudiesen seguir estudiando tranquilos.

Luz era consciente de que el dinero que había traído podía cubrir tan sólo los gastos cotidianos necesarios. Mario les mandó desde Canadá el dinero para pagar las matrículas del colegio de Toa y de Luis Alfredo, el más pequeño de los hermanos. Apenas empezó a trabajar y aún no podía ayudarles demasiado. Luz fue a hablar con un abogado para regularizar el asunto de la pensión alimenticia para Toa. Supo que su hija tenía derecho a recibir algo como 200 \$ al mes. En aquella época, Hernando se ganaba muy bien la vida y además seguía soltero y sin otros hijos. Sin embargo, la decisión de otorgarle una pensión alimenticia exigía un proceso jurídico que hubiera conducido al cambio de apellido de la hija, las visitas y, en el futuro, al derecho a la herencia. Toa se opuso tajantemente diciendo que por el honor y por el orgullo de su familia no quería tener nada en común con su padre. Luz respetó la decisión de su hija, aunque una pensión alimenticia les hubiera ayudado por lo menos en los gastos cotidianos de la casa. Por su parte, Hernando generosamente aumentó la pensión que pagaba a 40.000 sucres, (10\$), al mes. Al mismo tiempo, se compró un segundo coche que le costó varias decenas de miles de dólares y que la mayoría de tiempo quedaba aparcado en el garaje.

En 1993, para salvar la situación económica de la familia, Luz otra vez se fue de viaje con una importante cantidad de artesanía. Aquella vez, Mario le pagó el billete para Canadá. Durante seis meses, vivió en su casa, en un ambiente acogedor y cariñoso. Su artesanía la vendía a tiendas al por mayor. Di-

ce que no podía imaginarse vender en la calle, esperando horas como lo hacían otros indios. Sin embargo, su situación era muy diferente a la de sus compatriotas indígenas, ya que todo el tiempo, podía contar con la ayuda de Mario y de su mujer. Su larga estancia en Canadá, le permitió darse cuenta de lo poco que sabía hablar inglés. Fue Mario y su mujer canadiense quienes la pusieron en contacto con muchos dueños de las tiendas. Dos de aquellos nuevos contactos se revelaron de suma importancia para su vida. Primero, fue Jean, un joven canadiense, propietario de una tienda con mercancía hindú ubicada en el campus universitario de Montreal. Luz logró convencerlo de cambiar los artículos, de comprarle y vender en su tienda su artesanía. Además fue ella quien le propuso una colaboración de más envergadura y a largo plazo. Hasta hoy, Luz no sabe cómo se atrevió a todo eso. Tras unas conversaciones, establecieron los principios de la colaboración. Jean disponía de un capital y tenía ganas de montar algún negocio en Otavalo. Luz, conociendo la realidad de su país, se encargó de sacar para él la tarjeta de residencia, cosa indispensable para abrir un negocio en Ecuador. Los gastos y los beneficios tenían que compartirlos entre los dos.

El trabajo profesional. (continuación)

Después de seis meses de inesperados problemas y obstáculos, (el canadiense vino con su novia embarazada de varios meses), Luz cumplió con todas las formalidades y exigencias para la estancia de dos personas. Fue ella quien se hizo fiadora de ambos y otra vez chocó con la desigualdad en el trato de los ciudadanos. El funcionario, sin cuidar el vocabulario, no llegaba a comprender que un canadiense pudiera venir a ver a una india. “*A lo mejor será un negro*”, decía con su voz irónica. En lugar de contestar, Luz le indicó las fotos que acompañaban los documentos y que presentaban a un joven y guapo rubio. Unos meses más tarde, juntos abrieron un negocio en un buen sitio de la Plaza de Poncho. Jean decía que abrir otra tienda de artesanía en Otavalo, con tanta competencia, sería insensato. Así que decidió la instalación de una librería. En un año y medio de colaboración, Luz aprendió mucho. Observó todos los trámites, participó a todas las formalidades que sola nunca las hubiera podido pasar. Al ver a Jean, tan seguro de sí mismo y que sin problemas entraba en contacto con la gente de cualquier nacionalidad, Luz empezaba a apreciar lo que nunca antes había sentido y que era su propio valor. Hoy día se siente orgullosa por haber conocido a unos americanos, unos belgas, a una mujer israelí, una suiza, una noruega, a unos polacos y a otra gente de profesiones diferentes. Conoció a alpinistas, pintores, escritores, fo-

tógrafos y turistas de distintos países. Durante aquel período de un año y medio, no ganaba mucho. Reinvertían casi todo el beneficio comprando nuevos volúmenes. Además, una buena parte de los libros, los recibían con el pago diferido a largo plazo. Luz conoció a muchos editores y proveedores. Cree que en muy poco tiempo pasó un camino difícil. Cuando en un momento dado, Jean de repente quiso marcharse a Cuenca, Luz, a pesar de muchas dudas, decidió continuar sola con la librería. Tuvieron que hacer las cuentas y compartir el material y los libros. Luz cambió la ubicación de la tienda por otra menos cara, pero también en muy buen sitio. Desde hace un año trabaja duramente todo el día, pero se siente feliz. Por fin es su propio negocio donde ella sola decide todo. Viaja a Quito y a Guayaquil para comprar libros, guías, mapas y tarjetas postales. Recientemente, organizó la venta de libros de segunda mano y de música andina. Tiene discos compactos, cassettes, películas y pequeños recuerdos típicos de la región. Luz enumera todo esto con modestia, pero al comparar el actual surtido con el de hace dos años, cualquiera se da cuenta del gran desarrollo de su comercio. Las más importantes editoriales científicas como Abya-Yala, Libri Mundi, Conejo o Científica, proveen con frecuencia la librería. Luz hace traer los mapas directamente del Instituto Geográfico Militar, así son más baratos; se ocupa de tener un buen surtido de guías turísticas y no sólo de Ecuador y sus regiones, sino de toda América Latina. Luz comprende que para muchos turistas el Ecuador no es más que una de las primeras etapas del itinerario, por eso siempre tiene una cantidad de guías en varios idiomas del Perú, Bolivia, Chile, Colombia o Venezuela, que le garantizan un buen beneficio. Además, toma cuidado con un buen surtido de diccionarios y enciclopedias, estas últimas para la clientela local. En su librería también se pueden comprar los clásicos de la literatura, las últimas obras de los escritores latinoamericanos (p. ej. de García Márquez) o las novedades del año pasado como *“Manual del idiota americano”*, los recuerdos de Evita Perón o, recientemente publicado, el diario de Alina Castro.

Luz me dice riéndose *“¿No te parece extraño que una persona como yo, a quien durante tantos años los libros daban asco, ahora todo el día los está tocando, colocándolos en su sitio? Ahora, cualquier momento de reposo que tengo lo paso leyendo. Muchas veces los clientes me hacen preguntas, me piden consejos, así que debo conocer por lo menos algunos de los libros que estoy vendiendo. Sin embargo, estoy contenta, aprendí tantas cosas nuevas de las que antes ni tenía idea que existieran”*.

Luz se da cuenta muy bien de que el trabajo en la librería no sólo la cambió interiormente, sino que además le dio la oportunidad de nuevos contactos profesionales y cambió su posición en la ciudad. Comenta con algo de

rencor que sus antiguas compañeras de colegio o de Universidad, que durante años fingían no reconocerla, ahora, cuando ella ya no lo espera ni necesita, la paran en la calle o vienen a verla a la librería recordando “*la antigua amistad*”. Algunas le piden directamente la ayuda en los contactos con extranjeros, (hablar y hacer publicidad de sus hoteles, pensiones, tiendas o restaurantes). “...*Cosa extraña que tan pronto hayan olvidado todas las penas y humillaciones que me causaron durante años. Pues fui para ellas sólo una india tonta y sucia, me despreciaban e ignoraban ...*”.

Los cambios en la vida privada frente a la identidad

En Canadá, en 1993, Luz hizo otro contacto profesional que también se reveló, ulteriormente, de suma importancia para su vida privada. Conoció entonces a Jacques, un canadiense de origen judío, propietario de una lujosa tienda en el centro de Montreal con artesanía esquimal. Jacques se dejó convencer y compró a Luz una pequeña cantidad de artesanía otavaleña. Durante el año y medio que Luz había pasado en Canadá, Jacques la contactó varias veces ya de manera informal. Entonces no le daba mucha importancia y no tomaba en serio el interés que le demostraba el comerciante canadiense. Lo trataba con simpatía, pensando en una relación de amistad. Durante los diez últimos años, nunca había pensado en poder tener, algún día, confianza en un hombre y tener su propia familia. Intentaba no pensar en el futuro, (salvo el futuro de su hija y de la familia). Para su gran sorpresa, la relación no terminó con su regreso a Otavalo. Jacques seguía escribiéndole y llamándole. Sin embargo, cuando unos seis meses más tarde, lo vio en Otavalo, pensó que vino a comprar artesanía, no podía creer que fue ella la única razón de su viaje. Fue una suerte para Luz, que su familia, sus padres y sus hermanos lo aceptaran y lo encontraran amable, (salvo su hija que mucho tiempo seguía desconfiada). Desde hace tres años, se ven con regularidad cada tres o cuatro meses. Luz volvió a viajar dos veces más a Canadá, fue a los Estados Unidos y a México, (fue dos veces a México DF y a Acapulco). Este año pasaron dos maravillosas semanas en Galápagos. (Cuando veo las fotos, me sorprende el poco comentario que hace porque todo lo que veo indica que Luz pasó las vacaciones en un sitio y condiciones de lujo).

Luz ya conoció a toda la familia de Jacques que vive en varios países: los padres en Canadá, dos hermanos en los Estados Unidos, una hermana en México. Se alegra que también ellos la aceptaran a ella. Desde el principio, Luz conocía su situación familiar. Jacques no hacía secreto de que tenía una esposa mejicana, (con la que vivía en separación desde hace varios años antes de

haber conocido a Luz), y dos hijas. Hace poco decidió pedir el divorcio e hizo una proposición de matrimonio a Luz Marina. Ella toma muy en serio el problema de formalizar su relación, pero al mismo tiempo tiene bastantes dudas. Desde hace más de seis meses, Luz está vacilando, aunque Jacques no la apresura, le deja toda la libertad de la decisión y tampoco le propone cambiar de religión. Luz me pidió consejo como antropóloga preguntando si la unión de dos personas de culturas tan distintas podía ser durable, si dejaba esperar la comprensión y el respeto de la diferencia y de la tradición. La madurez de sus propósitos me sorprendió. Cuando nos encontrábamos antes con Luz y cuando todavía no conocía su vida privada, la sorprendía varias veces leyendo distintos libros. Por curiosidad, miraba los títulos. Un día estaba leyendo *“Diarios de Anna Frank”*, otro día ví un tratado sobre el simbolismo judaico y en otra ocasión encontré un trabajo sobre la historia del Estado Israelí. Luz confiesa que tras la conversación con Jacques se puso a estudiar todos los libros que encuentra que tratan sobre temas del ámbito de la cultura israelí porque quiere conocer bien la tradición en la que creció Jacques. Además busca contactos con turistas israelíes que son muchos en Otavalo, *“...no todo se puede aprender de los libros...”*, dice. Me invita a hablar del Holocausto para conocer otros puntos de vista. Confiesa que hasta hace poco, no sabía nada de aquellos trágicos acontecimientos. Pero, como dice, el estudiar la cultura judía hace nacer en ella otras dudas y cuestiones. Vuelve a preguntarme: *“¿No crees que las experiencias de los indios y de los judíos se parecen en un cierto sentido? Ellos, igual que nosotros, tenían que vivir separados durante siglos, los perseguían, la mayoría al poder no les toleraba. A lo mejor son esas experiencias compartidas que nos unen con Jacques. El hecho de que su familia me manda paquetes puede ser signo de aceptación de mi persona o también significar simplemente el deseo de ayudar, propio a su cultura”*.

Jacques actúa de una manera semejante en cuanto a la cultura de Luz. También busca en las bibliotecas textos sobre la historia de las civilizaciones indígenas, lee mucho y va observando la realidad. Pensando en la eventual formalización de su unión, Luz considera también las ventajas para el futuro de su hija. Se da cuenta muy bien de que en Canadá tendrá mejores universidades y más posibilidades de progresar. Sobre todo porque Toa quisiera estudiar astronomía -carrera que no existe en ninguna universidad ecuatoriana-.

Luz aplaza la eventual ceremonia de boda y el viaje para cuando su hija termine el colegio. Se alegra de que también ella empieza a aceptar su relación con Jacques. Luz habla de su instalación en Canadá como de algo temporal. Jacques es una persona con mucho dinero y Luz no quiere que la gente presuma que se casa por interés, así que piensan firmar un contrato prema-

trimonial de separación de bienes. Luz, buscando ser independiente en su nueva patria, tiene un proyecto de abrir su propio comercio con artesanía de Ecuador y luego, quizás, de México. Cuando viajó a México, hace unos años, se quedó encantada con la bisutería de Tasco. La encontró mucho más bonita y más barata que la de Ecuador o del Perú, entonces más interesante para su futuro negocio. Durante algún tiempo, podría dejar la librería a su hermano menor quien seguiría cuidando de sus padres. Espera también que quizá en Canadá encontrará a un cliente de confianza para su padre.

A las preguntas sobre los indios y Otavalo, Luz responde diciendo que cambiaron mucho más que los mestizos. La ciudad se hace cada vez más india, pero no todos los nuevos habitantes le gustan. Piensa que muchos jóvenes indios, aunque sigan guardando los signos exteriores de su identidad, en lo esencial van por mal camino. Todos los días observa a los indios que abusan y desprecian tanto a los mestizos como a sus primos de más edad y pobres. En todo momento, dan prueba de su arrogancia y vanidad, ostentan su riqueza de una manera provocante, p. ej. sin querer hacer cola se acercan a las ventanillas en los bancos o piden cosas en las tiendas, van corriendo en los coches, se divierten sin respetar a los demás, (la librería de Luz está al lado de una discoteca para indios). Para sus hijos adolescentes les suelen comprar coches por decenas de miles de dólares. Para los pequeños les compran las más caras bicicletas de montaña que les sirven para jugar, mientras en la comunidad podrían facilitar el trabajo, (p. ej. para poder llegar al mercado), a algún primo pobre. Ese tipo de comportamientos recuerda mucho a los mestizos. Además, es una actitud que hace perdurar los viejos conflictos creando, al mismo tiempo, nuevos. Algunos casos de asaltos y robos con consecuencias trágicas o crímenes que sucedieron en los últimos años, habían sido provocados en cierto sentido, según Luz, por las víctimas mismas. En su opinión, la población mestiza sigue siendo muy racista. La abismal separación creció con los siglos. A pesar del cambio de su situación, las penas de los indios no han cambiado porque los mestizos no quieren aceptar esos cambios. Por dar unos ejemplos, Luz recuerda la inadmisibile actitud del banco frente a su padre, un cliente concienzudo durante veinte años o el hecho de que su casa familiar en el centro de la ciudad no dejaba de molestar a los mestizos, aunque entretanto se construyeron decenas de casas indias mucho más grandes y modernas que la suya. Luz sabe por su propia experiencia que a los indios les resulta más fácil entablar una relación con los extranjeros que con los ecuatorianos mestizos.

3. ZULAY SARAVINO QUINCHUQUI, (35 años) nacida en 1962

La situación familiar

Nació en la comunidad Quichunqui en la familia de Antonio y Saravina Quichunqui. Su comunidad era una de las más tradicionales y, al mismo tiempo, de las más pobres del cantón. Sus habitantes ocupaban tierras montañosas situadas al oeste de la gran propiedad del mismo nombre. Casi todos trabajaban en aquella hacienda. El padre de Zulay, un alma insumisa, muy a menudo quedaba sin trabajo. Para mantener a la familia, se decidió, el primero de su comunidad, a correr el riesgo de viajar con la artesanía a Quito y luego, a los países vecinos a: Colombia y al Perú, (a finales de los años 50). Los viajes eran largos, agotadores y peligrosos. Su padre sólo podía desplazarse en camiones o sobre el techo de los autobuses, amarrado a sus bultos. Muchas veces, el equipaje se deslizaba y se llevaba a su propietario que viajaba cuidándolo. Su padre viajaba solo, así que el viaje le resultaba más difícil que, por ejemplo, a los hombres de Peguche que iban en grupos. Cuidando el equipaje por turnos, podían dormir o descansar. Durante varios meses que duraba el viaje, Antonio podía contar sólo consigo mismo. Otra dificultad más era su analfabetismo y, al principio, un suave dominio del castellano. De hecho, su padre fue durante dos años a la escuela de Quichuqui, pero no aprendió nada allí. A la edad de 11 años, dejó la escuela para ayudar en casa. Luego se casó. La madre de Zulay nunca ha ido a la escuela y hasta hoy no sabe el castellano. Tuvo ocho hijos, primero cuatro mujeres y luego dos varones. Zulay fue la cuarta. Su hermana mayor tiene hoy 45 años y el menor de los hermanos 17 años.

Zulay recuerda que nunca había visto a su madre sin ocupación alguna: *“nosotros no conocemos la división para el tiempo de trabajar y el tiempo de descansar... para nosotros hay tiempo de trabajo y hay tiempo de fiesta... a nosotros también nos educaron así ...”*

Los padres querían dar a sus hijos lo que ellos no habían conocido y que les parecía de mayor importancia, *“la oportunidad de aprender el castellano, aprender a leer y escribir que era imprescindible para conocer el mundo mestizo y que nos daba la única posibilidad de mejorar nuestro destino”*. Los padres de Zulay mandaron a todos sus hijos a las escuelas privadas en Quito. Casi todo el sueldo de su padre iba durante años a pagar la educación de los hijos que provocaba fuertes críticas por parte de la familia y de los vecinos. La gente de Quichuqui conocía la costumbre de otras comunidades de mandar a los hijos a las escuelas de Otavalo, pero ¿ ¡que los mandaran hasta Quito...!? Así que



30; 31. Zulay Saravino
en su oficina de turismo



32. Zulay con su hija Paola



33. Comunidad Quinchuqui donde viven los padres de Zulay

34. Aviso de información de Rodrigo Mora



35. Esquina de calles en centro de Otavalo-a la derecha oficina de Zulay, a la izquierda oficina de Rodrigo Mora



el padre de Zulay fue un doble precursor, primero en el proceso de abandonar la actividad agrícola por el comercio y segundo, en la decisión de educar a sus hijos fuera de Otavalo.

La educación en familia

Zulay cree que sus hermanos y ella recibieron una educación muy tradicional. La educación social y cultural les venía primero de la tía Juanita y luego de Lucita, su hermana mayor que observaba todas las indicaciones de la tía. Aprendieron el respeto hacia la tierra, los montes y los ríos, es decir para todo el entorno natural de la comunidad. Zulay no ha olvidado nada y ahora cuenta a su hija románticas historias de una mítica pareja de montes: Imbabura - hombre y Cotacachi - mujer. La tía siempre tenía historias diferentes según el grado de visibilidad de las montañas que cambiaba de un día para otro. Recuerda cuando al sembrar el maíz, siempre se contaba la historia de la aparición de la primera pareja de los míticos granos dorados regalados por una princesa de la costa y un rey de Quito y traídas por un pájaro del paraíso. Los granos de maíz simbolizaban collares de perlas doradas, un elemento imprescindible del traje de toda otavaleña. Zulay aprendió que todos los otavaleños tenían que cuidar de su pelo, no lo podían cortar porque de él dependía su fuerza y salud. Las mujeres tenían que atar el pelo con las fajas. Los hombres meticulosamente se hacían una trenza lo que les garantizaba suerte y provecho. Cada situación, cualquier acontecimiento estaba relacionado con una historia que a la pequeña Zulay y a otros niños les explicaban el sentido de las leyes vigentes y de las interdicciones que encontraban, les ayudaban a identificarse con la tierra, la familia y la comunidad, les enseñaban la necesidad de trabajar y también comportamientos cotidianos y los que tenían que adoptar durante las fiestas. Zulay comenta hoy que gracias a aquellos cuentos todas las reglas quedaban lógicas y comprensibles. Las historias les enseñaban a respetar los principios de vivir y de hacer fiesta, explicando por qué tenía que ser así.

Todos los niños trabajaban en el taller con sus padres. Durante las largas ausencias del padre, su madre organizaba y dirigía la producción de artesanía, decidía de las tareas del campo, las de la casa y del comercio. Los hijos participaban en todas las labores, pero en cuanto a la producción de la artesanía, hacían cosas para las que revelaban más habilidad y talento: *“Lucita hilaba con mucho esmero, Mercedesita teñía la lana, Manuelita escogía colores, Laurita establecía precios y se encargaba de la venta local. Lo mejor que sabía hacer yo era bordar ...”*. El tejer era asunto de hombres, así que fue su padre

quien lo hacía y luego sus hermanos. La escolarización de los hijos y sus viajes a Quito no cambiaron en nada aquellos principios de repartición de tareas. Cada vez que regresaban a casa, continuaban con su trabajo. Hasta hoy día, esas reglas siguen en vigor en la casa de Quinchuqui.

Los principios de la escolarización

Zulay empezó su educación en la escuela de Quinchuqui. La escuela, que oficialmente era bilingüe y en la que una sola maestra trabajaba con los seis cursos, no le hizo aprender mucho. Conoció el castellano en un nivel básico. Después del tercer año, la llevó a su casa una tía suya de Otavalo y allí empezó a estudiar en una escuela de lengua española. Fue entonces cuando aprendió realmente el castellano, pero tuvo que estudiar más que otros porque la diferencia entre lo que sabía ella y los conocimientos de los niños de Otavalo era enorme. No tenía ninguna compañera, pero sus hermanas estudiaban en la misma escuela y su presencia le compensaba la soledad en la clase. Cuando terminó la escuela, su padre la mandó al liceo con internado de las hermanas Loretanas en Quito. Lucita, su hermana mayor, tuvo que dejar esta escuela cuando estaba en el tercer curso. Su padre sufrió un accidente, lo echaron del autobús durante uno de sus viajes y regresó a casa con una pierna herida. En consecuencia, no pudo trabajar durante largo tiempo y Lucita, la mayor de los hermanos, tuvo que cumplir con sus trabajos y obligaciones para que la vida de la familia siguiera sin sacudidas.

Zulay recuerda que vivió un terrible trauma tras cambiar de escuela y su llegada a Quito. Se hizo notar enseguida que su conocimiento del castellano era insuficiente, la escuela la angustiaba por su carácter restrictivo, la rodearon interdicciones que nadie explicaba. El trato seco de las hermanas y el rechazo de las compañeras de clase le hicieron vivir un infierno. Acostumbrada al cariño y la ternura de su familia, Zulay pasó todo un año llorando. Hoy recuerda “... no sé cuándo y cómo estudiaba ... tenía que estudiar de algún modo porque no traía malas notas ... Lo que más fuerte se grabó en mi memoria fue la inmensa soledad y que no paraba de llorar. Todo el tiempo tenía los ojos rojos e hinchados ... nadie se interesaba por qué, entonces seguía llorando porque a nadie le importaba lo que me estaba pasando ...”.

Muy interesantes eran las primeras conclusiones de Zulay al comparar su vida en Quito y la que había conocido en su pueblo natal: “*La vida en Quito me hizo comprender lo que era Quinchuqui. Aquello era mi pueblo, en la capital era una extranjera. Allí era libre, tenía tiempo para todo, en Quito vivía encerrada y aislada en un ambiente poco hospitalario porque a pesar del tiempo*

que pasaba, la gente seguía fría y hostil conmigo. Siempre escuchaba ... “tienes que esto, tienes que otro ...”. Cuando preguntaba por algo, había una sola respuesta: “No me hagas perder el tiempo, de todas formas no comprenderás nada, te falta civilización ...”. Aquellas frases le hacían entonces mucho daño a Zulay. Hoy explica: “... Por qué siempre nos reprochaban la falta de civilización, si nuestra cultura era más antigua y más desarrollada que la de los mestizos... Vivíamos aquí antes que llegaran los Incas...”.

Durante un año, Zulay podía salir de la escuela solamente con toda la clase. Del internado nunca salía fuera. A casa se fue una sola vez para la Semana Santa. Lo peor fue para ella pasar el día de Todos los Santos “Para nosotros es un día muy importante, ... siempre recordamos a nuestros muertos. Las preparaciones empiezan una semana antes del 2 de noviembre ... Hacemos un pan especial para mujeres y otro distinto para hombres, del primero hacemos sacrificio, el segundo guardamos para los vivos. La primera vez, llegamos todos al cementerio una semana antes del día de los Santos, luego, el día 2 de noviembre, pasamos allí todo el día. Nos alegramos de estar juntos, los vivos y los muertos, los viejos y los jóvenes ... aquel día sentimos la presencia de nuestros antepasados. En Quito nos ordenaron ir a la iglesia, estar tristes y rezar, rezar mucho. Para mí aquello no tenía ningún sentido”.

Fue algún tiempo más tarde, cuando se enteró de que una de sus hermanas que también estudiaba en Quito sintió lo mismo aquel día. Su hermana y ella iban a dos escuelas diferentes porque las autoridades no quisieron aceptar a dos indias, por encima hermanas, así que durante el año escolar no había contacto entre ellas. Tanto Zulay como Mercedes fueron las únicas alumnas indias en sus escuelas respectivas. No se volvieron a ver antes de las vacaciones. “A Mercedes la dejaron viajar a casa para la Navidad ... a mí me dieron permiso de ir a ver a la familia para la Semana Santa”. En el segundo año las cosas iban mucho mejor porque ya sabía todo lo que le podría pasar. Además, se prometieron con su hermana de no llorar las dos lejos una de la otra y al mismo tiempo, “... mejor llorar después juntas, así nos consolaremos más...”. Aquella solución les ayudó a las dos, así en los momentos duros se acordaban una de la otra.

La tercera hermana estudiaba en un liceo lingüístico de San Pablo. Las cosas eran más fáciles para ella porque todos los días regresaba a dormir en casa. Sin embargo, el viaje para llegar a la escuela era difícil. Faltaban autobuses, no había horarios fijos, con algún coche se hacía un trozo de camino desde Otavalo y luego esperaba un sendero montañoso. Hoy -compara Zulay- el autobús de Otavalo a Quinchuqui sale cada 20 minutos.

Durante todos los años que pasó en la escuela, Zulay tuvo una sola compañera, una niña francesa que se llamaba Sophie. “(...) *Sus padres trabajaban fuera de Quito, fue educada en una cultura diferente, así que las dos se sentían extranjeras ...*” Las niñas mestizas intentaban hacerse amigas con la francesa, mientras con Zulay, todo lo contrario, siempre guardaban distancia. Sin embargo, Sophie prefería la compañía de Zulay. “(...) *El primer año lo vivimos igual, cada una encerrada en su mundo ... y fue lo que nos unió... Luego nos ayudábamos mutuamente, estudiábamos y jugábamos siempre juntas. A ella nunca le importaba que yo fuera india, que me vistiera de otra manera... pues yo también tenía mis sentimientos...*”

En 1977, un mes antes del bachillerato, el padre de Zulay tuvo otro accidente parecido al primero. Como no pudieron pagar el último mes de escuela ni el examen del bachillerato, Zulay tuvo que abandonar la escuela. Toda la familia y ella se quedaron afligidos “... *mi padre nunca había llevado retraso en pagar la escuela, no como muchas familias mestizas, como todos sabían, pero no me dejaron ninguna oportunidad. No quisieron aceptar ninguna prórroga en el pago de una suma módica en comparación con todo lo que mi padre les había pagado durante años. Lucita fue a ver al director, le suplicaba ... pero no creyeron que fuese a devolver la deuda más tarde. Sólo le faltaba un poco de tiempo, pues desde hacía ya unos años fue ella quien llevaba el negocio, pero la palabra de una india no tenía peso. Para los mestizos, la palabra no significa nada y la palabra de una mujer, todavía menos...*”

El trabajo

Después de haberse marchado de Quito, Zulay se instaló en Otavalo, en la casa de una de sus tías, una mujer sola. Trabajaba con la tía en su tienda, que quería ayudar de esa manera a su ahijada y a su familia de Quinchuqui. “*Para nosotros, la relación con los compadres es muy importante y de por vida ... Si no fuera por mi tía, no hubiera tenido ninguna posibilidad de mejorar mi destino... La situación en casa se puso muy difícil ... también mi madre estaba enferma ...*” Su tía cubría los gastos de vida. También fue ella quien decidió que Zulay tenía que terminar una escuela para adultos acudiendo a las clases por la tarde. Un año después, aprobó el bachillerato, pero no tenían el suficiente dinero para que pudiera seguir con los estudios superiores, aunque fue un deseo de su tía. Todo el tiempo tenía contacto con sus padres y con sus hermanos, participaba en la siembra y en la cosecha, también todas las fiestas las pasaban juntos.

En aquella época, en la tienda de la tía, Zulay conoció a Ewelina Ponce, una húngara, mujer de un rico ecuatoriano. Algo en la persona de Zulay debió atraer su atención, porque varias veces habló con la joven y con su tía de los proyectos que aquella tenía para su vida. Le decía: “... *tienes que aprender idiomas ... El turismo es el futuro de Otavalo y el tuyo ... no todos saben hablar el castellano ...*”. A pesar de haber pasado el bachillerato, Zulay sabía tan sólo cosas básicas de inglés.

La continuación de los estudios

Por fin, con el acuerdo de su tía, a quien era muy difícil separarse de su ahijada, Ewelina llevó a Zulay a su casa en Quito. Allí estaba de cocinera a cambio de comida y el alojamiento. Ewelina cubrió los gastos de los estudios de Zulay en el Instituto Británico y, al año siguiente, se las arregló para que le dieran a la joven una beca de la Embajada de los Estados Unidos. En la casa de Ewelina, Zulay, con sus 17 años, conoció a varias personas del ámbito diplomático, entre otros al cónsul argentino, al agregado cultural británico y al estadounidense, al embajador de Brasil y a otros muchos cineastas americanos y antropólogos. Aquellos contactos decidieron de una manera inesperada en su vida.

Su primer viaje al extranjero

Después de haber terminado el curso de inglés para los más avanzados con una de las mejores notas, Zulay recibió una beca para Londres, para un curso de verano organizado por la Universidad de Oxford. Gracias a un conocido cónsul, la Embajada Británica de Quito le pagó el avión para Barcelona. Allí tenía que esperarla un empleado del consulado con un billete para un vuelo Barcelona - Londres, Zulay tuvo que hacer ese viaje en compañía de otros becarios de España. De este modo se encontró en 1983 en Barcelona. Durante dos días esperó en vano en el aeropuerto. No tenía dinero, no conocía a nadie, le quedaba solamente la dirección de una prima suya que pasaba una temporada en Madrid. “... *estaba espantada, pero sabía que podía contar sólo conmigo misma. Pensaba entonces que si había aguantado el primer año de la escuela en Quito, también iba a pasarlo aquello...*”. Dos días después, tras numerosas llamadas telefónicas, cuando estaba claro que nadie sabía nada de ella ni de la prometida continuación de su viaje, tuvo que arreglárselas ella sola. Tras diferentes aventuras, (p. ej. tuvo que vender su ropa de cambio), acabó por llegar a Madrid donde, por suerte, logró encontrar a su prima. Entre

las dos, llegaron a recibir un billete a crédito hasta Quito, (el importe del billete lo pagó la Embajada Británica).

El trabajo en la película

Después de aquel viaje infortunado, Zulay regresó a Otavalo. Su familia y los vecinos pensaban que tras semejantes experiencias nunca más viajaría fuera de Otavalo. Pronto vino a verla una pareja de antropólogos americanos, Mabel y Jorge Preloran, conocidos en la casa de Ewelina. Vinieron a pedirle ayuda en el rodaje de una película sobre los artesanos tradicionales de Quinchuqui. Lo que hubiera sido un cortometraje de carácter etnográfico, se hizo, gracias a la colaboración de Zulay, una larga historia, en dos capítulos, sobre su familia. Le costó mucho a Zulay convencer a sus padres para que aceptaran la presencia de la cámara en diferentes momentos de su día, acompañándolos en sus numerosas actividades en el campo, en casa, en las tareas cotidianas o en las preparaciones de fiestas. Durante unos seis meses, el equipo perturbaba el ritmo habitual de la vida no sólo de su familia, sino de toda la comunidad. Zulay trabajaba duramente durante todo aquel tiempo: “(...) *Les ayudaba a traducir del quichua, les explicaba el sentido de nuestros comportamientos rituales, les aclaraba muchas cosas que ellos, como antropólogos, pensaban comprender, ... pero en realidad no comprendían nada ... Varias veces repetían diferentes tomas conmigo ... me gustaba, imponía ... los mestizos se interesaban por mí, me señalaban con el dedo ... Pero aquello era un trabajo y no un juego como creían lo vecinos. Además, ninguno de nosotros recibía dinero por la participación en la película*”.

A lado de su familia más próxima, (los padres y los hermanos), en la película aparecieron también su abuela, la tía Juanita, los padrinos, y, en algunas escenas, hasta los vecinos. “*Cada vez tuve que convencerlos ... cada toma fue antes un trabajo mío ...*”.

Hasta hoy día, la gente de Quinchuqui, sociedad tradicional, con mala gana tolera incluso las fotos. Así, hay que apreciar el talento diplomático de Zulay que llegó a convencer no a una, sino a varias personas para que aceptaran la casi permanente presencia de la cámara. Al terminar el rodaje, Zulay preguntó a Mabel si podían llevarla a Los Angeles. “*Tenía ganas de conocer el mundo... Me parecía que sólo en mi país la vida era tan dura, que en otra parte se vivía mejor. Estando con ellos, empecé a preguntarme si la vida en mi pueblo no era monótona y aburrida ... pensaba que a lo mejor allá la vida era más interesante ...*”. Inesperadamente incluso para ella misma, los cineastas americanos consintieron en realizar aquella no muy bien pensada idea de Zulay.

Zulay no imaginaba poder irse de viaje sin el consentimiento de sus padres, pero ellos también eran favorables a su proyecto. Ella misma nunca había pensado en marcharse de su país para vivir en otra parte, pero su familia se despidió de ella como si nunca más tuviera que volver. Como su idea era de ganar nuevos mercados para la empresa familiar, Zulay se llevó una importante cantidad de artesanía.

Su segundo viaje

En Los Angeles, Zulay se encontró, por segunda vez en su vida, en un mundo distinto. Esa vez, sin embargo, tenía la protección de la pareja Prevlon. La acogieron en su casa en Santa Mónica. Todo era extraño para ella, no conocía nada, pero a su alrededor tenía gente amable y abierta que le ayudaban a entender las reglas de aquel nuevo mundo. En las cartas que mandaba a casa les hablaba de un clima distinto, del idioma que no era igual al inglés que había conocido en los cursos, de las tiendas tan llenas de víveres que uno de repente olvidaba todo el esfuerzo que costaba dar fertilidad a la tierra... hacer crecer el trigo... La estancia de casi ocho meses la pasó de una manera muy activa. Primero, ayudaba a los Prevlon en el montaje de la película, luego, intentaba vender algo de artesanía en la Universidad, pero como explicaba en las cartas “...*el clima lo hace muy difícil... nuestra ropa abriga demasiado para las temperaturas locales... Además, todos prefieren prendas de hilo sintético. Hay también una seria competencia de la artesanía mexicana más barata ...*”. A parte de todo eso, Mabel la matriculó para un curso de antropología en la Universidad de California y para un curso de inglés. En casa aprendía a trabajar con el ordenador.

A todos les parecía increíble que hubiera decidido marcharse tan lejos de los de su tierra. Se sorprendían al oír sus explicaciones que los Incas, ya 600 años antes, se aventuraban a unos viajes muy largos. Cuando le preguntaban si echaba de menos a su patria, les contestaba que echaba de menos a Otavalo y no a Ecuador. Los americanos no entendían aquella respuesta y fue entonces cuando comprendió por qué, en la escuela, se hacía tanto hincapié en la cuestión del respeto y amor a la patria y al pueblo, identificados con un Ecuador mestizo.

En los momentos libres visitaban Los Angeles y sus alrededores. Fueron a Disneylandia, al delfinarium de Florida, se divertieron en una feria, comieron en los restaurantes, fueron a las playas y a unos festivales folklóricos. Los Prevlon todo el tiempo observaban con la cámara su reacción frente a cada cosa nueva que descubría. Tras algún tiempo, Zulay empezó a echar de me-

nos a su familia, lo nuevo dejó de distraerla y el sentimiento de la soledad volvió a recuperar el terreno.

Un día le llegó la carta visual de su madre, (grabada por unos cineastas conocidos, suyos), donde ella le decía: “(...) *hijita, si estás bien allí y las cosas te van bien, no pienses en regresar ... en Quinchuqui la vida se hace cada vez más dura ...*”. Al terminar de leer aquellas palabras, decidió volver a casa.

El regreso a Quinchuqui (1985)

Zulay piensa que con aquel viaje aprendió mucho. Empezó a ver de otra manera la tradición, a su familia y a los Otavaleños. Se da cuenta de que ha cambiado por dentro. Nunca le hacía tanta gracia el sentirse junto con su familia, nunca antes de regresar de los Estados Unidos le agradaban tanto los más simples trabajos cotidianos o las fiestas. Dice que antes de salir del Ecuador tenía sólo unas opiniones imprecisas de aquel “otro mundo”, en cambio, al regresar ya tuvo unos sólidos conocimientos. Pero las reacciones que causó su regreso en la gente, entre los vecinos e incluso en su familia fueron muy dolorosas. Ya no la trataban como antes. Le reprochaban que hubiera vendido sus tradiciones y hasta su identidad por haber ayudado en la realización de la película, que había cambiado y que incluso había dejando de ser otavaleña. Sus explicaciones que por su participación en el rodaje no había cobrado ningún dinero y que después de su regreso se siente todavía más unida a Otavalo, no convencían a la gente. La situación empeoró cuando Zulay empezó a criticar la vida en los Estados Unidos: la soledad, la prisa y la búsqueda de un beneficio propio. La acusaron de mentiras, nadie quiso escuchar sus razones. Se sintió extranjera entre los suyos, cada vez la criticaban más fuerte a ella y a su familia. En un momento, empezaron a oírse voces que encontraban muy extraño que una mujer tan joven hubiera pasado tanto tiempo con los extranjeros y la gente empezó a huirla visiblemente. En aquel momento, Zulay decidió marcharse de Quinchuqui y vivir sola su vida. Sus cualificaciones: el dominio de inglés y el saber trabajar con el ordenador, resultaban inútiles en la realidad de su comunidad y frente a la manifiesta hostilidad del pueblo.

La actividad profesional - continuación

Zulay decidió abrir su propia oficina en Otavalo, aprovechando todo lo que había aprendido sobre el turismo en los Estados Unidos y lo que había observado en España. Comprendió por qué los turistas querían hacerse fotos en Otavalo, (cosa que antes la irritaba), pues iban buscando lo que no tenían

en su país. Durante sus viajes ella también se interesaba por la cosas nuevas, desconocidas, se sacaba fotos con los negros, los asiáticos, los delfines y en los parques de atracciones. Mandaba a sus padres las fotos de autobuses limpios y vacíos, tan diferentes de los que circulaban por los caminos de su país.

Así que Zulay decidió ayudar a los turistas extranjeros a conocer lo particular de su pueblo. A la hora de concebir aquel proyecto le sirvieron también de algo, indudablemente, las clases de antropología que había seguido en Los Angeles. Preparó unos itinerarios turísticos con lugares donde los turistas podrían encontrar animales extraños para ellos como las llamas o los conejos de Indias. Además, quería proponer visitas de las comunidades tradicionales donde los indios, unos conocidos o familiares suyos, estaban de acuerdo bajo el pago para presentar las etapas en la fabricación de la artesanía, (p. ej., la hilanza, la teñidura de la lana, la tejedura), o podían enseñarles un telar tradicional y donde los turistas pudieran por fin hacerse fotos sin molestar a nadie. Pasó aquel trato en la casa de sus tías y las de otros familiares de Crabuela, Peguche e Ilumán. Encontró y alquiló un local en el centro de Otavalo donde organizó, de una manera provisional, su primera oficina. Se sentía feliz colocando la mesa y las sillas. Llamó a su agencia *Zulay Tour*, para que tuviera algo de su nombre quichua. En la oficina le ayudaba solamente César, su hermano de 13 años quien, además, la mayor parte de su tiempo la pasaba en la escuela, y su madrina en cuya casa vivían por aquel entonces. Zulay era consciente de que el hecho de ser una mujer joven, soltera y además india le haría más difíciles todos los tramites administrativos. Creyó en una pizca de su suerte cuando encontró a Rodríguez Mora, un mestizo que al conocer sus proyectos quiso participar en la empresa. Mora era un hombre con mucha facilidad de palabra; durante un año trabajó en el Instituto Otavaleño de Antropología, lo que hizo creer a Zulay que trabajando juntos tendrían mejores resultados. Pensaba que sola no hubiera podido organizar el transporte, guiar a los primeros grupos y trabajar en la oficina. Los turistas llegaban pocos, el beneficio era pequeño y sólo alcanzaba a pagar el alquiler y a los artesanos que gracias a las relaciones con Zulay dejaban entrar a los turistas a sus casas. Mora, como se reveló, no disponía de ningún capital y el dinero que Zulay había ganado en Argentina pronto se agotó. Con el tiempo descubrieron que Mora trabajó en el Instituto de Antropología como empleado de servicio de mantenimiento de más bajo grado, (terminó sólo tres años de escuela primaria), y que además lo licenciaron de allí. Sin embargo, Zulay tenía mucha confianza en él, pues había sido tan amable y amistoso con ella.

Un año después, cuando los asuntos iban muy mal y apenas llegaban a pagar las facturas, Zulay decidió viajar a Los Angeles para buscar allí maneras de dar a conocer a su agencia. Lo hacía ya varias veces a lo largo del año viajando a Quito, lo que siempre, aunque en un grado mínimo, mejoraba la situación de su oficina. Visitaba unas agencias turísticas conocidas y presentaba su oferta para la región de Otavalo. Además se apuntó oficialmente en el CERTUR (Centro Ecuatoriano Turístico). Sabía que se estaban aprovechando de ella, que cobraban importantes sumas de dinero a los turistas pagándole a ella un mínimo porcentaje, pero siempre le mandaban a alguien. Por aquella época, los Prevlon volvieron a invitarla a su casa. Querían aprovechar de los materiales que quedaron sin utilizar después del montaje y hacer otra película, esa vez, sobre ella. También Mora la empujaba para el viaje, prometiendo ocuparse bien de la oficina y de su hermano.

El segundo viaje a los Angeles (1987)

Los ocho meses siguientes los pasó en la casa de Jorge y Mabel. Les traducía textos de quichua, participaba en las tomas complementarias y en las discusiones sobre la concepción y el mensaje de la película. Además, llegó a conocer la técnica del montaje. No estaba de acuerdo con muchas de sus proposiciones y les venía sugiriendo sus propias soluciones. Entretanto, todo el tiempo libre lo dedicaba a la promoción de su agencia y a la venta de la artesanía, (aquella vez le iba mucho mejor ya que sabía más sobre el gusto y las preferencias de los americanos). Con la ayuda de Mabel, hicieron imprimir un cartel informativo sobre la agencia y las tarjetas de visita para Zulay con su foto y la dirección de la oficina. Mandaron a Otavalo el mismo cartel engrandecido para que lo pusieran en la entrada a la agencia. Recuperando las direcciones en la guía telefónica, Zulay empezó a distribuir los carteles en la ciudad y a mandarlas a los sitios más alejados. Gracias a Mabel encontró a algunos editores de guías turísticas pidiéndoles incluir una información sobre su agencia en las próximas ediciones. Todos los meses iba mandando una pequeña cantidad de dinero para el alquiler de la oficina y los gastos de la escuela de su hermano. A los dos meses, empezó a recibir las primeras noticias contradictorias. Mora le escribía que los asuntos iban muy mal y ni siquiera le alcanzaba para pagar las facturas. Su hermano le informaba que venían cada vez más grupos y que además venían con su tarjeta de visita, pero que Mora sólo le hablaba cuando le daba el dinero del alquiler. Cuando pidió explicaciones, Rodríguez le contestó que su hermano era pequeño y no sabía nada de negocios. Por si acaso, pidió a César vigilar todo y seguir pagando el alquiler, pero

personalmente, directamente a la dueña de la casa. Le llegó otra mala noticia: Mora no dejaba a su hermano entrar a la oficina. Sin embargo, seguía teniendo confianza en Rodríguez, pensaba que a lo mejor César hizo una tontería de chico, que estropeó algo y de allí la reacción de Mora. Las cartas que mandó a Mora durante los seis meses siguientes quedaron sin contestar, pero no dejaba de enviar el dinero para el alquiler. Se sentía cada vez más preocupada por el futuro de su agencia que había sido la razón de aquel viaje a Los Angeles. Después de haber terminado un curso para los realizadores de películas en el Centro de Estudios Cinematográficos en la Universidad de California, Zulay regresó al país.

El regreso a Otavalo

Lo que la esperaba a su regreso, no se lo hubiera podido imaginar. En cuanto llegó, se dirigió a la oficina donde Mora la atacó con peores insultos exigiendo que se fuera de “su” oficina. Cuando le recordó que todo el modesto mobiliario lo había comprado ella, cuando le enseñó en su mesa la agenda llena de direcciones escritas por ella, la echó con fuerza a la puerta, le tiró también sillas, y luego dió un gran portazo. Encima de la entrada se veía el cartel con la foto de Zulay. Cuando fue a la policía, no aceptaron su denuncia, ni siquiera quisieron escucharla. Unos días más tarde logró convencer a un policía para que viniera con ella a la oficina, donde le presentó a su tía y a su hermano como testigos de lo que había ocurrido. Mora se burló de ella delante del policía diciendo que nadie iba a creer a una india sucia, “...*por si una tonta como ésta hubiera podido organizar una oficina...*”. Cuando Zulay le enseñó en la entrada el cartel con su foto, Mora explicó al policía que, (cit. según las palabras de Zulay), “... *sí que le daba trabajo de vez en cuando para que ayudara en algo... o para las cosas de limpieza... u otras...* (en aquel momento Mora lanzó una carcajada fea para dar a entender sin equivocación lo que quería decir), *pero luego abandonó la oficina... se marchó a alguna parte... así que cuando ahora quería volver al trabajo, tuve que echarla a la fuerza... es que no pedía, sino que molestaba cada vez más...*”. Lo de su cartel y de las tarjetas de visita, Rodríguez lo comentó de una manera simple, (según las palabras de Zulay), “...*fue bueno para la propaganda y ella estaba de acuerdo. Y luego, no pensarás (al policía), que esta analfabeta pueda saber de inglés... tal vez sepa firmar con su nombre...*” (1987). Los vecinos veían lo que pasaba, muchos estaban escuchando y observando la bronca, pero nadie quiso intervenir, nadie intentó ayudarla. Zulay pidió a la dueña de la casa para que echara a Rodríguez de la oficina, pero la mujer le contestó “...*yo no sé nada... quién era y*

quién es el dueño ahora... últimamente sólo trabajaba el señor Mora... tú no estabas y tu hermano limpiaba las escaleras y la acera... Sí que me traía el dinero de alquiler, pero cómo puedo saber si lo mandabas tú o si lo daba el señor Mora...". No llegaba a comprender lo que había ocurrido. Le quitaron todo lo suyo, no podía ni comer ni dormir. Decidió marcharse a Quito.

El viaje a Argentina y a Brasil

En Quito fue a ver al cónsul de la Embajada de Argentina a quien había conocido en la casa de Ewelina. Le ayudó muy rápidamente a obtener una beca para estudiar sociología en la Universidad de Buenos Aires, (inesperadamente se libró una plaza). La Embajada se encargaba de los gastos del viaje.

Para ayudar a su familia, llevó como siempre la artesanía. Desgraciadamente, una vez allí se puso muy enferma. Pasó una temporada en el hospital. No soportaba el clima frío y seco, así que aquel año no pudo empezar sus estudios. Tras unos meses llegó a vender la artesanía y volvió a casa.

Después de su regreso de Argentina, se quedó en Quito. Gracias a sus antiguos contactos, la Embajada de Brasil la mandó a un cursillo de un mes sobre "*La importancia de los medios audiovisuales en la promoción de los valores culturales de las comunidades étnicas indígenas*" (septiembre–octubre 1988).

El matrimonio

Durante sus sucesivos regresos a Quito, Zulay encontraba a Alfredo, un compañero del liceo de Otavalo que formaba parte de un grupo folklórico de músicos y que viajaba a tocar con ellos también en el extranjero. Se casaron y en 1988 nació Paola. Su familia le informó que la agencia y los intereses de Mora iban muy bien. Muchos de los turistas que venían preguntaban por ella. Zulay encontró las primeras guías turísticas extranjeras con la dirección de su agencia ilegalmente arrebatada por Rodríguez. Todo el trabajo que hizo Zulay en Los Angeles le hacía ganar a Mora.

Con el dinero prestado, hizo dos cortos viajes con su marido y un grupo de músicos indios a Los Angeles. Ella llevó la artesanía, Alfredo ganaba tocando con su grupo. De regreso no sólo pagaron las deudas, sino que además compraron acciones para ella, su marido y para su hija recién nacida en una agencia de viajes de Quito.

La recuperación de su oficina

Cuando Zulay regresó al país después de sus dos viajes a Los Angeles, la dueña de la casa donde se encontraba su antigua agencia le informó que Mora llevaba un año sin pagarle el alquiler y que en consecuencia ella quería quitarle el local. Zulay con su marido aceptaron sin demora la oferta y además pagaron toda la deuda de Rodríguez, lo que les ganó la simpatía de la dueña. Pronto lograron registrar la agencia en el departamento de turismo de Ibarra al nombre y apellido de Zulay con su antiguo nombre de Zulay Tour, (2.12.1988). Luego, obtuvieron en el Ministerio la licencia para los servicios turísticos, la organización de viajes y la venta de billetes de los hoteles (n°304). Después les concedieron la autorización para comprar y vender la artesanía en el país (31.03.1989 - n° 04090), y unos meses más tarde, en el extranjero (31.08.1989 - n° 35). Año siguiente, depositaron el logo de la agencia como su propiedad (6.08.1990 - n° 304).

Desde el principio, la agencia funcionaba muy bien. Se instalaron en Quinchuqui porque allí Zulay podía tranquilamente dejar a Paola con su madre o con sus hermanas. A veces, por razones profesionales, tenía que viajar lejos y por más tiempo.

Pronto Mora alquiló un local en la casa frente a su oficina y colocó en la entrada un cartel parecido y con el mismo nombre de la agencia. Así, las dos agencias tenían la misma dirección: esquina Sucre y Bolívar. Zulay lo tomó como un acto de mala intención, pensaba que tarde o temprano Mora se aburriría y acabaría por marcharse.

Alfredo viajaba cada vez más a los Estados Unidos para tocar la música con su grupo. Ya tenían grabadas dos cintas.

En 1989, cuando Zulay estaba en el extranjero, hubo en Ecuador un gran terremoto que afectó sobre todo a los habitantes de la región de Otavalo. Felizmente, no le pasó nada malo a nadie de su familia. A su regreso, Mora le causó otra vez una “gran sorpresa”. Una vez en el país, Zulay se enteró de que el nombre de su agencia figuraba en la lista de las primeras empresas que se dedicaban a la colecta y la distribución de bienes mandados del extranjero.

Se vio involucrada en los sucios asuntos de Mora sin saberlo. Le entregaron una carta con la información de que una fundación alemana había concedido coches para la comunidad de Carabuela. Devolvió la carta a un vecino. Los coches nunca llegaron a la comunidad. Algún tiempo después, vinieron a verla representantes de una fundación británica diciendo que habían otorgado, también a la comunidad de Carabuela, una suma de 10.000 mil dólares para mejorar la situación sanitaria en la población, (muy alta tasa de

mortalidad infantil, hasta 30 casos por mes). La agencia Zulay Tour tenía que servir de intermediario, siendo su patrón Rodríguez, el destinatario. Eso fue ya demasiado para Zulay, quien conocía a las familias de aquella comunidad y sabía que los datos eran falsos. Considerando el número de habitantes de Carabuela, ni se podía pensar en 30 partos al mes sin hablar entonces de tan alto número de recién nacidos muertos. Por su propia cuenta, llevó a los ingleses a Carabuela, enseñándoles por el camino a otras comunidades cuyas situaciones sanitarias no diferían en nada en cuanto a la de Carabuela. Los dejó allí para que pudieran hablar con los habitantes y decidir ellos mismos para qué querían destinar su dinero.

Hubo más situaciones de ese tipo, pero no las declaró a la policía, porque recordando las historias de su pasado, no pensaba que alguien la pudiera creer. La vida ya le había enseñado que la palabra de un mestizo valía más que la de un indio. Se asustó ante la idea de que la pudieran involucrar en algún asunto grave y exigió a Mora que cambiara el nombre de su agencia, pero éste sólo la insultó. Las donaciones seguían llegando a la dirección de su agencia y la posición de Rodríguez en la ciudad iba subiendo. Desde 1990, Mora se venía haciendo cada vez más violento con ella. Los días de Zulay estaban llenos de diferentes agresiones le cortaban el teléfono o la electricidad, dos veces asaltaron su casa, le robaron todos los documentos de la agencia (felizmente sólo eran copias) y las agendas con direcciones, le estropearon el fax, desbarataron la puerta, etc. Zulay no podía hacer nada, nunca lo había sorprendido en flagrante delito. Cuando llamaba a la policía, sólo le aconsejaban “*Márchate a otra parte... aquí no es un lugar seguro para ti* “. (La agencia está en el centro de la ciudad. Pronto se enteró de que Mora fue el responsable).

Cuando dos años más tarde viajó fuera del país, encontró a dos extranjeras que había conocido un día en Los Angeles. Le preguntaban por la salud, si había pasado bien la operación y si el dinero enviado le había servido. Primero, Zulay pensaba que la estaban confundiendo con alguien, luego comprendió que fue Mora quien les había escrito. Firmando la carta como el ayudante de Zulay, les había pedido dinero para ella que, según decía en la carta, estaba gravemente enferma y él sólo era incapaz de ayudarla. La dirección de las dos mujeres se encontraba solamente en la última agenda, la que desapareció durante el robo en la agencia. No las conocía en la época cuando trabajaba con Mora, así que éste no podía encontrar su dirección en la agenda que guardó tras haberla echado a la puerta de la oficina en 1987. Zulay descubrió otros dos casos parecidos, pero ignora de cuántas personas más Mora recibió el dinero bajo pretexto de su grave enfermedad.

El viaje a Granada (1992)

En octubre de 1992, Zulay y los Prevlon recibieron una invitación para el Primer Festival de Cine Etnológico y Antropológico. Otra vez pasó por Barcelona y otra vez tuvo mala suerte, (se perdió su equipaje). Llegó a Granada muy preocupada porque no tenía ninguna ropa de cambio. A pesar de todo eso, fue la persona más popular de aquel acontecimiento, llegó a ser la estrella del festival. En los momentos libres entre dos proyecciones, todo el mundo intentaba hablar con ella, además, Zulay aparecía en todos los telediarios españoles que daban noticias del festival. La película gustó a la gente. Después del festival, Zulay participó en la Conferencia de Santa Fe y en otra de Sevilla. Además, se organizó una especial rueda de prensa con los Prevlon y ella. Hoy día, Zulay comenta aquellos momentos con mucha objetividad y madurez: “...sé que mi traje tradicional y el aspecto general atraían la curiosidad y la atención... igual que durante las estancias en los Estados Unidos... Si hubiera vestido una ropa de fábrica americana o europea nadie me hubiera hecho caso... No sé si a lo mejor no me llegué a ser un elemento de la acción publicitaria de los Prevlon...”. Zulay contestaba a las preguntas mejor que los mismos autores de la película, (fue justamente durante aquella conferencia que la conoció). Se dejaba sentir su fuerte personalidad y, aunque Zulay no se dio cuenta de nada, aquel día muchas personas se fijaron en ella. Además de eso, Zulay contaba entre los espectadores más asiduos. Visitando Sevilla, la Expo 92 y Madrid, le gustó mucho dejaba en todas partes informaciones sobre su agencia en Otavalo.

Su situación familiar

Al regresar a Otavalo en 1992, supo que Alfredo, que estaba entonces en los Estados Unidos tocando con su grupo, no había enviado ningún dinero ni para la casa ni para su hija. Tras muchas cartas y varias conversaciones telefónicas, le dijo sin ocultar que prefería vivir en los Estados Unidos. Así que su matrimonio se rompió, Alfredo dejó de interesarse no sólo por la vida de Zulay y por su trabajo en la agencia, sino que ya tampoco se preocupaba por su hija Paola. Durante los seis años siguientes, hasta 1996, Zulay mantenía sola a su familia pagando los gastos de casa y de la educación de Paola. Alquiló un departamento cerca de la oficina. Al principio, fue su tía quien le ayudaba en casa, luego tomó a una chica. Mandó a Paola a la mejor escuela hispano-inglesa de Otavalo. Intentaba asegurar a su hija las mejores condiciones que pudiera haber en Otavalo (p. ej. una buena guardería, el aprendizaje de idio-

mas desde muy corta edad), procurando al mismo tiempo no romper el permanente contacto con su familia de Quinchuqui y los hermanos de su padre que vivían en Otavalo. Era muy importante para Zulay educar a su hija en la cultura indígena, que consideraba un elemento indispensable de una buena educación, “...sobre todo después que su padre se ‘americanizó’...olvidó quién era de verdad... se quedó sin saber qué era lo más importante de su vida...”. Zulay confiesa que no es cosa fácil, porque Paola a menudo se opone. Hubo una temporada cuando sólo quería leer tebeos americanos, andar en zapatillas de deporte y llevar vaqueros. Las interdicciones no sirven para nada en aquellas situaciones. Según las palabras de Zulay “*Paola es terca como yo...*”.

Las frecuentes estancias en Quinchuqui y buenas relaciones con los abuelos y los primos de la misma edad ayudan a Zulay a educar a su hija en dos culturas. En casa habla con Paola sólo en quichua igual en la casa de sus abuelos.

La noticia que Alfredo tuvo otro hijo con una mujer mestiza de Otavalo, destrozó a Zulay y a Paola. Durante un largo tiempo, la mujer exigía una pensión alimenticia de Zulay por razón de su agencia de viajes. Todo el mundo en Otavalo sabe bien que su matrimonio ya no existe y que Alfredo no le pasa ningún dinero para la educación de Paola.

Un nuevo período en su vida profesional

Con el fracaso de su matrimonio, la actividad profesional tomó para Zulay otro sentido. Antes, su motivación era en una parte el deseo de hacerse independiente y en otra parte, las ganas que tenía de mostrar que sabía aprovechar todo lo aprendido en el extranjero, que sus viajes no era un tiempo perdido. Además, se movía también un poco por curiosidad, quería probarse, realizar algo que igual le podía salir bien o mal. Sin embargo, desde su regreso de España, Zulay comprendió que su vida y el futuro de su hija dependerían de su trabajo. Por eso le resulta todavía más difícil soportar la incesante lucha contra Mora. Zulay divide su trabajo en dos tipos de actividades: las normales y las, como dice ella, anormales. A los primeros pertenecen todos sus esfuerzos para el buen funcionamiento y la prosperidad de su agencia, entre los segundos cuentan sus intentos de contraponerse y defenderse ante las acciones de Mora.

Sus actividades ‘anormales’

Mora estaba al tanto de los problemas matrimoniales de Zulay e intensificó sus acciones de sabotaje ya sin perdón para provocar el cierre definitivo

de la oficina de Zulay. En las acciones ‘anormales’ de Zulay se pueden distinguir tres tipos:

- la obligación de presentar sus explicaciones en las instituciones administrativas;
- la reparación de los daños materiales;
- el vigilar a los turistas para evitar las pérdidas de ganancia y de los contactos con las personas que colaboran con la agencia.

Las cartas anónimas mandadas cada tanto a diferentes instituciones de la administración, llenas de difamaciones respecto a su vida privada, (para mermar su credibilidad), y que denunciaban sobre todo la presunta ilegalidad de sus actividades, llegaron a ser parte de la vida cotidiana de Zulay. Desde hace unos cinco años, cada seis meses tiene que mandar copias de varios documentos, presentarse delante de las instituciones administrativas (incluso de alto nivel) y explicar las denuncias difamatorias de Mora. Nunca y nadie le presentó las disculpas por esas acusaciones injustificadas ni por los daños materiales que le causaron ni por el estrés en que vivía, (el Ministerio de Turismo en Quito, sus filiales en Ibarra, sus oficinas provinciales y la del cantón de Otavalo, CERTUR, y otros). Es curioso que las instituciones que reciben las explicaciones de Zulay, las que desde hace años cobran los impuestos por razón de las actividades de su agencia de viajes, no reaccionan de ninguna manera ante la existencia ilegal de la oficina de Mora. Durante los cinco años, Zulay no ha depositado ninguna denuncia, sin embargo, sus explicaciones siempre dejan patente que es el autor de las cartas quien quebranta la ley, (no tiene derecho a utilizar el nombre y el logo de la agencia, no ha recibido ninguna instrucción y le faltan competencias profesionales, su oficina queda sin ser registrada, etc.). Mora sigue utilizando la intimidación y las agresiones ‘físicas’ dirigidas contra la agencia de Zulay sin que nadie se le oponga, continúa con los intentos de asaltar la oficina, con los cortes de electricidad, o destruyendo la acera. Zulay tiene que defenderse sola. Alquiló un cuarto encima de la agencia donde se mudó a vivir. Frente a la oficina, alquiló un despacho donde instaló una tienda con artesanía de una prima suya. Una de sus hermanas vive en la casa de la esquina de enfrente. De esta manera, alrededor de la agencia siempre hay alguien de confianza y la oficina queda vigilada.

Lo más penoso de todo es, sin embargo, el ‘raptó’ de los turistas de la agencia de Zulay. La táctica consiste en recoger grupos que esperan en la acera la llegada de buses alquilados por ella. Detrás de la esquina, Mora para un autobús suyo o unos taxis y uno de sus empleados informa a los turistas que

tienen que darse prisa y subir rápido porque no se puede estorbar el tráfico. De esta manera Zulay pierde no sólo el beneficio, (el dinero de 20-30 personas), sino que además corre el riesgo de tener que cubrir gastos adicionales. Si, por ejemplo, el viaje no se ha efectuado, se ve obligada a pagar un tercio de gastos a las empresas de transporte. Semejante problema aparece en los restaurantes, los hoteles o con los guías turísticos que esperan a los grupos en algunos lugares determinados durante el itinerario. A veces llegan grupos que exigen la devolución del anticipo porque Mora o sus empleados les habían cobrado durante el viaje el importe total. La agencia de Mora emplea la misma táctica también frente a los turistas individuales. Zulay intenta defenderse contra tales acciones pagando a unos empleados especiales para que vigilen la situación e impidan el 'robo' de los turistas.

Zulay, en la etapa actual de actividad profesional, no concede demasiada importancia al hecho de demostrar ante la sociedad mestiza que aunque mujer e india puede ser competente desde el punto de vista laboral. Está segura de su capacidad profesional, porque así lo estiman los extranjeros y su propia familia, lo cual es para ella fundamental. En la actualidad dirige sus esfuerzos a hacer más modernas y atractivas las ofertas turísticas (excursiones ecoturísticas y etnoturísticas por ejemplo). Es consciente de que destaca por la novedad de sus ideas y de que muchas oficinas turísticas de mestizos la imitan. Su deseo es realizar a la perfección su labor profesional. Depositó una denuncia del tribunal contra R. Mora por haber utilizado ilegalmente su nombre en la empresa y por pérdidas materiales. A propósito, contrató los servicios de un jurista mestizo, haciéndolo por motivos estratégicos, ya que por el momento un abogado indígena no tiene tantas posibilidades de ganar como un mestizo. Es consciente también de que un proceso de este tipo constituye un precedente. Independientemente del resultado, desea demostrar cuántas son las intrigas del poder local contra las empresas indígenas, cuánta injusticia hay en el tratamiento a los indios ciudadanos y cuánta desigualdad con respecto a los mestizos desde el punto de vista legal y de competencia legal, basado todo ello en la ignorancia de los mestizos.

En la vida privada, trata de aislarse de los maliciosos chismes del ámbito mestizo, que no es capaz de aceptar su derecho a una vida independiente. Al mismo tiempo siente mucha satisfacción porque muchas mujeres mestizas, cada vez más, se dirigen a ella en busca de ayuda y la llaman doña Zulay. No le cabe la menor duda que el aplicarle este título no resulta de un auténtico respeto, sino de la necesidad económica en que se encuentran estas mujeres. Por otra parte, como hija de campesino hasta hace poco maltratado por la sociedad blanco-mestiza, reconoce que este nuevo tipo de relación es funda-

mental para cambios futuros. Cuando considera la situación de las familias mestizas subraya la desvalidez y el desamparo de las mujeres. Expresa su compasión por la violencia doméstica con que se topan cada día los niños y destaca que en la comunidad india el estatus de la mujer es incomparablemente mejor al. de aquellas.

7. Carmen Yamberla, (32 años) nacida en 1965

La situación familiar

Sus padres son de la comunidad Iluman. Contrajeron matrimonio de acuerdo con la decisión de sus padres siendo muy jóvenes, (la madre - 15, el padre - 17). Su madre nunca había conocido la escuela, hasta hoy día es analfabeta y sólo sabe hablar el quichua. Su padre aprendió un poco el castellano ya que lo exigían sus contactos comerciales. Carmen es la mayor de los seis hermanos, (cinco mujeres y un varón). La más pequeña cumplió 5 años. En casa siguen hablando el quichua. De niña, Carmen muy a menudo sufría de la mala e irrespetuosa manera con que los mestizos la trataban a ella y a sus próximos. Cuando iba con su padre al mercado, los coches que pasaban a su lado a veces los salpicaban de barro a propósito y los que iban dentro se reían a carcajadas. Aunque les pagaban una miseria por los productos que compraban, trataban a su padre de ladrones y estafadores. Les gritaban o los empujaban violentamente y sin razón. Carmen sabía por los vecinos que algunas mujeres que trabajaban de sirvientas en la ciudad se dejaban utilizar. A veces las echaban a la calle sin el salario convenido por la única razón que el domingo querían irse a ver a su familia. El hecho de que no sabían hablar el castellano les impedía defenderse y buscar la justicia. Siempre les venían repitiendo que no entendían nada. El padre de Carmen le explicaba que había que evitar a los mestizos porque podían hacer daño.

El principio de la educación

Empezó la escuela a la edad de seis años, (así lo decidió su padre), aunque los demás niños empezaban la escolaridad un año más tarde. Desde muy pequeña, Carmen tuvo mejor contacto con su padre que con su madre. Recuerda cuando le explicaba que el saber era muy importante para ella, así que estaba muy orgullosa pudiendo ir a la escuela. En aquella época, en la escuela de la comunidad enseñaban seis maestros mestizos. La mayoría de ellos vivía fuera de Iluman, así que normalmente sólo se podía encontrar a dos o tres. Como el maestro de Carmen era un borracho, muchas veces simplemente no



36; 37.
Carmen Yamberla
en su oficina



38. Los Baños en día cotidiano

había clases. Sabía que algunos niños aprendían a escribir, contar, a hablar castellano en sus casas porque tenían los manuales y cuadernos, ella, como la mayoría de los alumnos, dejaba pasar el tiempo sin hacer nada. Sólo tenía una pequeña pizarra y un trozo de tiza, pues a veces dibujaba algo y jugaba durante las recreos. Querían al maestro porque no gritaba ni les insultaba como lo hacían otras maestras. Carmen creía que eso era una verdadera escuela. Terminó el primer año con una muy buena nota. El día de las evaluaciones, el maestro le preguntó a ella y a todos los demás niños por sus nombres y apellidos. Las notas dependían del grado de simpatía que le inspiraba el alumno. Ponía notas buenas y muy buenas a los que le gustaban y notas bajas a los demás. Todo el verano el padre se alegraba junto con Carmen de tener una hija tan inteligente, que terminó el año con una buena nota. Todo orgulloso enseñaba su hoja a la familia y a los vecinos.

En el segundo año, vino una nueva maestra. Empezó por verificar las competencias de los alumnos. Se puso a gritar terriblemente porque nadie entendía el castellano. Algunos niños sabían contar hasta diez, otros conocían unas pocas letras. Carmen con otros niños se encontró entre los peores. La maestra la insultaba como nadie hasta entonces, le decía que *era "burra, sucia, idiota, que nunca hubiera debido ir a la escuela..."*, que *"su sitio era en la pocilga entre los puercos..."* *"pero ustedes a lo mejor ni siquiera tienen puercos..."* -añadió- Al final, informó a Carmen y a algunos otros niños que tenían que marcharse de aquella clase y, a partir de la mañana siguiente, volver a empezar con los alumnos del primer curso. Carmen recuerda cuánto daño le hacían aquellos insultos y la enorme vergüenza que sentía. La única persona que la comprendía, le compadecía y trataba de consolarla era su padre. Cuando la vio desolada, en lágrimas y sin poder calmarse, le dijo que iba a hacer todo para dar solución a aquella situación. Prohibió a Carmen ir a la escuela de la comunidad y al día siguiente, se fue a Otavalo. Le dijeron que algunos de los niños echados de la clase nunca más vinieron a la escuela y que dos alumnos volvieron con el primer curso, otra vez con el mismo maestro borracho. Su padre tardó mucho en regresar a casa. Al volver dijo que había suplicado en vano a la directora de una escuela pública para que la aceptara en el segundo nivel. Le explicaba que en la escuela comunitaria todos hablan el quichua y que así su hija nunca aprendería el castellano. A pesar de todos sus argumentos, la directora no quiso admitir a Carmen a pretexto que en Iluman ya había una escuela y la de Otavalo tenía que acoger solamente a los niños de la ciudad. En contrapartida, el padre de Carmen aseguró a la directora que seguiría viniendo tantas veces a su escuela, hasta que ella aceptase a su hija dándole la oportunidad de hablar el castellano todos los días. A los dos días, la di-

rectora capituló, pero bajo la condición de que la maestra aceptase su decisión. El padre no sabía cómo convencerla. Tuvo que confesarle lo que no había dicho a la directora: era consciente de que su hija no sabía nada. La maestra le propuso ocuparse ella misma de aquel problema, le prometió que Carmen iba a quedarse en la escuela, pero en el primer curso. El padre en seguida mostró su desacuerdo, la proposición le parecía inaceptable. Él había prometido a su hija que le ayudaría y no podía decepcionarla, la niña no podía pagar con un año de vida la incompetencia de su maestro a quien se hubiera debido despedir de la enseñanza.

Su nueva maestra se mostró una persona estupenda y admitió a Carmen al segundo nivel. Durante el primer semestre, se quedaba con la niña después de las clases y también la hacía trabajar el tiempo de los recreos. Carmen llegaba a la escuela por la mañana y asistía a todas las clases sin comprender nada, luego tenía sus horas particulares. Aunque durante un largo tiempo, no llegaban a entenderse, la maestra desde el principio era muy dulce y comprensiva con Carmen y la niña intuitivamente sentía ser aceptada. Muchas cosas se las explicaba por los gestos. Carmen recuerda el momento en que empezó a comprender a la maestra, pero todavía no sabía contestarle. Recuerda también cómo se ponía nerviosa por eso y la maestra la tranquilizaba acariciándole el pelo. De los tiempos cuando ya podían comunicarse, Carmen recuerda a su maestra que le repetía: “...Sabes que eres inteligente, capaz,...sí que lo puedes...”. Se sentía tan emocionada que llegaba a entender las cosas más difíciles.

Carmen dice que hasta su muerte no olvidará cuánto le debe a su maestra. Fue la primera buena persona del mundo mestizo. Desde aquel momento, Carmen miraba de otra manera a los mestizos. Aunque después vivió también muchos malos momentos, (no quiere contarlos), no puede culpar a todos como lo hacían entonces sus familiares y como lo siguen haciendo hasta hoy algunos de sus compañeros. Ella siempre se opone contra este tipo de generalizaciones, dispuesta a afrontar conflictos que provoca su actitud. Sin embargo, Carmen cree que si no hubiera tomado siempre esta postura, fuera como si hubiera traicionado a su maestra que aunque siendo mestiza era muy buena persona. Carmen es consciente de una enorme deuda que tiene con esa mujer y por eso procura ver entre los mestizos también personas buenas.

Desde el principio, la maestra le enseñaba no solamente a leer, escribir y contar, le enseñaba todo lo que Carmen no sabía. Cuando todavía no llegaban a comunicar con palabras, la maestra le enseñó cómo tenía que sentarse en una silla, cómo levantarse para no hacerla caer, cómo había que tenerse en la mesa, cerrar la puerta sin hacer ruido, hacer apuntes en el cuaderno, tener

el lápiz en la mano y luego, cómo escribir para no arrugar las hojas y también la manera de comer, (Carmen no estaba familiarizada con muchos muebles u objetos - 1973). Su primer cuaderno lo recibió de regalo de su maestra. Dice que era el más bello regalo de su vida. Tampoco olvidará el día cuando su maestra le compró sus primeros helados porque empezó a leer. Hasta ahora cuando come unos helados, que le gustan mucho, los compara inconscientemente con aquellos primeros para ver si saben mejor o no. Pero siempre concluye que los otros eran más sabrosos y a lo mejor así quedará para siempre.

Sus relaciones con los demás niños eran difíciles. No sólo porque no llegaba a comunicarse con ellos, sino también porque venían de un mundo totalmente diferente, un mundo que ella no conocía. Los niños se vestían de una manera distinta, se comportaban, jugaban y comían de otra forma; sabían contar hasta mil, conocían cifras romanas que para ella eran dibujitos; tenían sus cuadernos, manuales y otras muchas cosas que Carmen no conocía como una regla, una goma o un chicle. Durante las recreos se mantenía a distancia, observando a los otros alumnos. Los niños inconscientemente trataban de hacerla su sirvienta. Hoy Carmen no les guarda ningún rencor por eso. Era la única india pobre en la escuela y los niños sólo conocían a los indios que servían en sus casas. Entre los alumnos de más edad había otras dos indias, pero de familias ricas y que vivían en la ciudad. El estatus de aquellas dos niñas era muy diferente. Teniendo dinero solían comprar dulces o galletas para los niños que jugaban con ellas, pero a ella no le hacían caso. Los niños se dirigían a Carmen únicamente cuando se les caía algo por el suelo y ella tenía que recogerlo, o para que llevara una cosa a la papelera, cerrara o abriera la puerta, etc. Siempre entraba y salía de la clase la al último. No la dejaban entrar de otra manera. Los niños se apresuraban todos para entrar y a Carmen alguien la empujaba fuera de todos. No se imagina cómo hubiera reaccionado a las órdenes que le daban sus compañeros de clase si la maestra no le hubiera prohibido hacer las cosas que le pedían, pero cuando la maestra no lo veía, los niños se burlaban de ella e intentaban fastidiarla. Sin embargo, Carmen dice que no les hacía mucho caso, le compensaba todo la consciencia de que la maestra se encontraba en algún lugar cerca y así se sentía protegida. Además, era feliz por haber podido conocer el castellano, que podía estudiar. Durante todo un año no había llorado ni una sola vez. Recuperó su retraso escolar con tanta rapidez que el segundo curso acabó en catorceava posición en la clase de 45 alumnos. La alegría de su padre y de la maestra fue enorme. Recuerda que era la única en reír al recibir su hoja de evaluaciones de fin de año y la maestra la miraba con las lágrimas en los ojos. Sin embargo, no llegaba a

olvidar la vergüenza que había sufrido en la escuela comunitaria y se prometió entonces que algún día sería la primera de la clase.

El tercer año lo pasó mal. Como su padre no se los podía comprar, la maestra le entregó los manuales, pero ya no le consagraba tanto tiempo como antes. Así que Carmen se sentía sola. Los niños seguían sin hablarle pero ya dejaron de fastidiarla. A mediodía todos los alumnos regresaban a sus casas para almorzar; la escuela cerraba entre las doce y catorce horas y Carmen no sabía dónde meterse. Esperaba entonces delante del edificio hasta que empezaran las clases por la tarde. Fue a finales del tercer año cuando la niña que estaba sentada a su lado le dirigió por fin la palabra. Carmen sabía que la pequeña observaba con interés las perlas que llevaba, entonces le preguntó si quería verlas de cerca. Como la niña le dijo que sí, Carmen se las quitó y se las dejó para jugar. Luego, le dio una de regalo. Cuando contó la escena en casa, su madre se puso a reñirla, pero su padre lo tomó muy bien. Se entendieron como siempre y le dijo que había hecho bien. Desde entonces se ganó una compañera y luego también otros niños, aunque esporádicamente, le dirigían la palabra. En el cuarto año ya tuvo muchos compañeros, era muy divertida así que muy a menudo la invitaban para jugar; luego le proponían incluso que ella inventara y organizara los juegos. Carmen está orgullosa que durante todos los años de la escuela no se hizo ningún enemigo, en cambio ganó la simpatía de muchas personas. En los cursos siguientes, su padre le compraba siempre un manual, (no podía gastar más dinero), y algunos de los profesores le dejaban los demás cuando los tenían de segunda mano. Tenían que quererla mucho porque Carmen siempre llegaba a completar todos los manuales necesarios, lo que le daba mucha satisfacción.

En 1977, terminó la escuela con muy buenas notas, pero no como la mejor alumna como había deseado. Todo el tiempo quedaba en contacto con su antigua maestra, aunque ya no le daba clases. Fue ella quien le aconsejó continuar los estudios en un colegio. También Carmen tuvo muchas ganas de seguir estudiando, pero su padre no lo aceptó. Carmen tuvo que regresar a casa y ayudar en la fabricación de ponchos, porque sus hermanos menores también iban a una escuela en Otavalo. En aquella época aparecían cada vez más niños indios en la ciudad y los directores de las escuelas se negaban firmemente aceptar además a los niños de las comunidades. Sin embargo, el padre de Carmen recordaba siempre el caso de su hija que era una historia conocida y así sus hijos menores también pudieron entrar en las escuelas públicas de Otavalo. Los demás padres que querían seguir el ejemplo del padre de Carmen, no llegaban a hacer admitir a sus hijos en Otavalo, a no ser que tuvieran dinero para pagar las caras escuelas privadas. El nivel de enseñanza en las es-

cuelas comunitarias seguía siendo muy bajo. No existía ninguna forma de controlar a los maestros mestizos que consideraban el trabajo con los niños indígenas como un humillante castigo.

Su trabajo en Ilumán

Durante los siguientes ocho años, Carmen trabajó en el hogar, en el campo y en el taller. Además, todas las semanas acompañaba a su padre al mercado, pero no vendían mucho. Fabricaban su artesanía siguiendo los modelos de los vecinos cuya situación material mejoró mucho gracias a aquel negocio. Sin embargo, sólo disponían de tres modelos de tejidos, mientras los demás ofrecían diez o hasta quince modelos con diferentes formas y distintos colores. Trabajaban días enteros pero la situación material de su familia no mejoraba.

Su participación en el movimiento “Tierra”

El momento de suma importancia para la vida de Carmen, fue su participación en el Movimiento “Tierra”. Desde que había regresado de la escuela, acompañaba a su padre en todas las reuniones y en todos los debates donde los indios indignados protestaban contra la venta de las tierras de las haciendas vecinas. Con la próxima llegada de la reforma agraria, los terratenientes se quedaban solos con sus mejores tierras o intentaban venderlas, dejando para la reforma los terrenos de peor calidad, ubicados en altura y muy lejos de las comunidades. En Iluman existía el mismo problema. La mayoría de los habitantes de la comunidad trabajaba desde los tiempos de sus antepasados en la hacienda de Quinchuqui, cada generación pasaba allí una parte de su vida, así que a nadie le extrañaba que conocían aquellas tierras mucho mejor que sus dueños. Durante siglos la hacienda con su organización y modo de trabajar aprovechaba de la expropiación de los indígenas. Por eso la población de la comunidad quiso adueñarse de aquellas tierras también por razones de carácter simbólico. En 1977, quince familias de Iluman fundaron una Asociación Agraria que tuvo que luchar por la tierra y su justo reparto.

Todo aquel tiempo Carmen participaba junto a su padre, uno de los miembros de la Asociación, en sucesivas etapas del diálogo. El fracaso de las conversaciones llevó a la toma por fuerza de los terrenos de conflicto y su ocupación de varios meses. También las mujeres y los niños de las comunidades acompañaban a los huelguistas, pero solamente de día, regresando a casas para pasar la noche. Carmen recuerda que su madre no estaba de acuerdo con

dejarla dormir con los ocupantes, pero su padre, como siempre, entendió muy bien sus intenciones. Así pudo participar activamente en los acontecimientos y pasar días y noches en los terrenos ocupados. Carmen recuerda perfectamente cuando un día llegó el ejército y la policía todos armados con pistolas, mientras los indios se pusieron delante sólo con palos y piedras en la mano. Dice que no tenía miedo en aquel momento.

Carmen recuerda también cuando los que más fuerte gritaban durante las reuniones de la Asociación, empezaban a hablar suavemente y con temor en la presencia de los funcionarios u otros representantes de la administración. Se dio cuenta entonces de la diferencia que la separaba de la generación de su padre y de otros hombres jóvenes de la comunidad pero de más edad que ella. A Carmen los mestizos no le daban miedo. Después de aquellos acontecimientos sus vecinos propusieron a su padre aceptar a Carmen como un miembro normal de la Asociación, ya que era “...*tan terca, sin pelos en la lengua y que les acompañaba desde hacía ya tanto tiempo...*”. La proposición sorprendió a su padre, pero al mismo tiempo se sintió muy orgulloso de ella. De esa manera, gracias al consentimiento general, Carmen, con sus 13 años, llegó a ser el miembro más joven y la primera mujer en la Asociación con derecho a una parcela de tierra. Carmen piensa que aquella decisión aumentó su actividad y empeño, ya que quería demostrar a todos que no se habían equivocado. Cuando cinco años más tarde se hizo un reparto definitivo de las tierras de Quinchuqui, Carmen, con sus 18 años, recibió una parcela de cinco hectáreas, igual que su padre. El Estado concedió a la comunidad la propiedad legal de un terreno de 300 ha con un crédito correspondiente que quedaba por pagar. La comunidad repartió la tierra entre sus miembros, pero el Estado se reservó el derecho de control sobre la explotación de los terrenos y sobre el proceso de liquidación de la deuda creando una dirección que tenía que colaborar con la administración local. Sin embargo, por falta de personas instruidas entre los indios, la dirección fue formada por los mestizos. Entre sus miembros había sólo tres representantes de la población indígena; Carmen, la única con haber terminado la escuela en la ciudad, fue uno de ellos. Los primeros días que pasó en la oficina, se sintió como cuando había entrado en la escuela en Otavalo. No entendía nada del lenguaje burocrático y de los trámites administrativos. Aunque los indios se sentían orgullosos por tener su representante, Carmen pronto se dio cuenta de que por culpa de su poca formación los mestizos podían hacer todo lo que querían. Allí no era suficiente saber leer y escribir. Comprendió también que a la gente que trabajaba con ella no les importaba lo más mínimo el desarrollo y la gestión de las tierras de la comunidad. Ellos sólo buscaban enriquecerse. Carmen observaba cómo de-

saparecían misteriosamente las subvenciones destinadas a la educación, la lucha contra el analfabetismo y para la administración local. Cuando quiso compartir sus dudas con su padre y otros miembros de la Asociación, no lo tomaron en serio. Era tan sólo un insignificante empleado de la dirección, veía los abusos y no podía hacer nada. Dice que se sentía tan discapacitada e impotente como nunca antes.

La continuación de los estudios

Carmen decidió entonces que tenía que volver con los estudios. En 1984, tras un año de trabajo en la dirección pidió el consentimiento a su padre, explicándole que después de terminar el colegio podría controlar la dirección formada en su mayoría por los mestizos. Inesperadamente, su padre no quiso dar su acuerdo, se lo negó firmemente e incluso se disputaron por primera vez en su vida. Hasta entonces había sido su más fiel y más íntimo amigo. Le dijo que había recibido la mejor educación que se podía imaginar y que no necesitaba nada más. Era mujer y tenía que pensar en el hogar, en lavar la ropa, preparar la comida y en labrar su tierra y la de su familia. Le dijo que tenía que trabajar e ir pagando el crédito. La parcela que antes había sido la fuente del orgullo de toda la familia, de repente pudo impedirle sus proyectos de volver a estudiar. Durante un largo tiempo se quedó sin hablarle a su padre y eso fue lo más duro para Carmen. Cuando un año después llegaron a pagar el segundo plazo de la deuda, volvió a pedir el consentimiento de su padre para la continuación de los estudios, esa vez en los cursos de tarde. Prometía trabajar de día y estudiar de noche. El fundamental argumento de su padre la insultó, le dijo que indudablemente iba a dar un escándalo en la comunidad *porque "...las mujeres que regresan por la noche de la ciudad, tarde o temprano acaban embarazadas y vuelven con un hijo, pero nunca con un marido..."*. Carmen se sintió muy sola y decepcionada. Dejó de hablar completamente con su padre. Aquel con quien siempre pudo contar, se volvió su enemigo. A consecuencia del conflicto entre ellos, los vecinos se alejaron de Carmen, solidarizándose con la decisión de su padre. En aquella época, sólo dos personas estaban de su parte, la secundaban: su tío Manuel y su antigua compañera María. Manuel fue el único de Iuman que terminó lingüística en la Universidad Católica; María, que hace años se había ido a vivir a la capital, trabajaba entonces como funcionaria en el Ministerio de Educación. Ambos comprendían la importancia de las ambiciones de Carmen. María le aconsejaba marcharse sin el consentimiento de sus padres y prometía ayudarle, pero a Carmen no le gustaba que María fuera como una mestiza y que raramente

viniera a ver a su familia. Muchos jóvenes de la comunidad se comportaban así, pero Carmen sabía que eso significaría romper con su familia y con la comunidad. Cuando por tercera vez pidió el acuerdo a su padre, (1985), ése se lo dio, pero bajo la condición de que seguiría trabajando como siempre y que él no le daría ningún dinero. La matrícula y gastos del material escolar se lo pagó el tío Manuel. Con la venta de sus propios productos, Carmen ganó el dinero para pagarse los viajes de ida y vuelta. Seguía trabajando durante el día y luego, por la tarde, iba a clases sin ningún problema en autobús. Regresaba por la noche con algún coche parado o a veces incluso andando a las once o doce horas de la noche. Sus padres eran muy duros, secos y más exigentes que nunca con ella. Las relaciones con su padre seguían muy tensas; el hecho de hacer cambiar su decisión y volver a estudiar no calmó la decepción que vivían sus padres respecto a la vida de Carmen. Desde algún tiempo, su padre bebía cada vez más, se metía en broncas y peleas y trabajaba menos, así que la situación material de la familia empeoró. En las pendencias echaba la culpa de sus problemas a Carmen y a su escuela.

Carmen acabó el primer año con las mejores notas de su clase, lo que hizo cambiar la actitud de sus padres otra vez estaban orgullosos de su hija, hablaban a todos de ella. El padre insistía en que a pesar de regresar de noche a casa no estaba embarazada. A muchos les hubiera gustado chismorrear sobre ella, pero no tenían de qué.

En el segundo año, su padre le pagó la matrícula. En los años siguientes incluso la acompañaba el primer y el último día de clases. Durante todos los años del liceo, Carmen no dejaba de recibir muy buenas notas. En 1991, acabó el bachillerato como la mejor alumna y la escuela dio su candidatura para los estudios superiores con la garantía de ser becaria. Su padre se sintió tan feliz que hasta quiso vender una parte del terreno para que Carmen pudiera estudiar en Quito y no en Otavalo o Ibarra, como lo sugería la dirección del liceo. En aquel momento fue Carmen quien se puso a dudar, no quiso estudiar a un tan alto precio, pues la propiedad de la tierra siempre había sido el sueño de la vida de todos ellos. Además, en aquella época, Carmen vivía unos profundos cambios en sí misma. Tras diferentes vivencias empezó a preguntarse quién era de verdad y qué era lo más importante para su vida. Tampoco ignoraba el hecho de que muchos jóvenes de su edad ya habían terminado alguna carrera universitaria, pues se puso a creer que era demasiado vieja para seguir estudiando. Así fue otra vez ella quien contra la opinión de su padre decidió acabar los estudios en el bachillerato.

Habría que buscar la causa de aquellos cambios que se operaron en Carmen en las experiencias que le hizo vivir el conflicto de los baños, en su

participación en la Organización de Jóvenes y en los grupos catequísticos y también en los acontecimientos de 1990.

Su trabajo en la organización alumnos de Ulumán (1986 – 1991)

Cuando Carmen estaba en el segundo año del liceo, organizaron con su tío Manuel, (que por aquel entonces empezó el trabajo en la Universidad Católica), una organización de alumnos cuyo objetivo fue ayudar a los alumnos de Iluman, (para que, por ejemplo, no interrumpieran o abandonaran los estudios). Había muchos jóvenes indios que por varias razones, (dificultades económicas, la falta del consentimiento por parte de sus padres o por las opiniones de los demás), no llegaban a empezar los estudios o los abandonaban en el tercero o incluso en el cuarto curso. Carmen recordaba muy bien las dificultades que ella había tenido que superar, por eso quería ayudar o por lo menos dar ánimo a los que no sabían si habían tomado una buena decisión.

El trabajo en los grupos catequísticos

Desde que había empezado el liceo, Carmen se unió a las organizaciones religiosas de carácter laico. En aquella época apareció una multitud de representantes de varias religiones y distintas sectas que iban ganando la simpatía de la población de las zonas de pobreza. La Iglesia católica intentaba dar la solución a aquel fenómeno organizando llamados grupos catequísticos cuyo objetivo era entablar contactos con la población de los terrenos donde la presencia de la Iglesia era insuficiente. Carmen, que por el conflicto con su padre se sentía muy sola y abandonada en aquellos momentos, integró enseguida la actividad de los grupos bajo el mando de las hermanas Loretanas. El primer período lo consagró a estudiar la Biblia. Fue entonces cuando se dió cuenta de lo poco que sabía de su propia religión. Luego, todos los sábados y domingos los pasaba en los viajes en el terreno organizados por el obispo de Otavalo. La organización estaba formada en su mayoría por las mestizas. Carmen dice que era muy activa, tenía muchas ideas que pronto realizaba, trabajaba mucho en desplazamientos, viajaba por las zonas más difíciles, (p. ej., Riobamba, Ambato, Latacunga). Lo hacía para ayudar a las personas con dudas y que se encontraban en una situación mucho más difícil que la suya. En algún momento se dió cuenta de que sus compañeras mestizas que evitaban los trabajos en desplazamientos y que no hacían nada o muy poco, eran galardonadas, presentadas como ejemplo y ellas se quedaban con las recompensas por las acciones realizadas por Carmen u otras chicas indias. En la jerarquía interna eran siempre las jóvenes mestizas quienes progresaban, las indias, incluso tras dos años

de trabajo, se quedaban a nivel de unas prácticas asistentas, buenas para mandar a hacer cualquier trabajo. Cuando reveló sus observaciones con el obispo, ese pronto le propuso un traslado a un noviciado de Bogotá. Como le contestó que ante todo se sentía india y otavaleña y que quería seguir ayudando a los suyos, sus relaciones con el obispo se enfriaron. El conflicto de los baños fue otra fuente de desavenencias. Cuando Carmen quiso emitir sus opiniones con las hermanas, le dijeron que el obispo encontraba el problema sin importancia y opinaba que habría que ‘liquidar’ los baños. En aquel momento Carmen contestó que primero era india y en segundo lugar católica, así que las relaciones se rompieron. Tras dos años de trabajo empezó a preguntarse sobre quién era de verdad, sobre lo que era lo más importante en su vida, con quién llegaba a entenderse mejor y para quién quería trabajar.

El conflicto de los baños (1986)

Carmen cree que el conflicto de los baños le ayudó a contestar aquellas preguntas. Llamaban baños comúnmente a una fuente que brotaba en el valle antes de llegar a Iluman, cerca de la panamericana. En la cultura local, la fuente fue desde siempre un lugar sagrado. Además tenía un papel particular en la vida de los habitantes de Iluman, en la medicina tradicional, en las ceremonias y en el cíclico calendario de fiestas. A causa de sus propiedades sanativas, los curanderos aconsejaban a los enfermos bañarse en sus aguas, beberlas o utilizarlas para otras necesidades, (p. ej., para hacer infusiones donde uno de los esenciales componentes era el agua bendita). Además, un elemento tradicional que terminaba siempre las ceremonias de enlace matrimonial era el bañarse juntos en la fuente. Aparte de eso, la fiesta más importante en la comunidad -San Juan, Inti Raymi 24-, que duraba dos días, se celebraba alrededor de los baños. Su momento culminante eran las abluciones colectivas de todos los participantes.

Un día de marzo de 1986, sin haberlo consultado con la población indígena local, trajeron centenares de sacos de cemento y empezaron algunas obras. Se reveló que unos seis meses antes, la municipalidad había tomado la decisión de construir en aquel sitio un conducto para traer el agua potable, entre otros, a Iluman. Se informó de la decisión la administración parroquial, pero nadie transmitió la noticia a los interesados. Las obras de los baños continuaban a pesar de que al divulgarse la información, todos los días se reunían a la fuente grupos de indios traumatizados por la noticia del proyecto. Carmen junto con la Organización de Jóvenes inició y formalizó el movimiento en la defensa de los baños. Se formó un comité compuesto de los miembros

de la Organización que incitaba y movilizaba a los habitantes para que participaran en una colectiva y solidaria protesta. Gracias a su esfuerzo, ocho meses después ya tenían el favor de ocho mil personas de ocho comunidades y tres barrios de Otavalo. Al principio, la municipalidad ni siquiera quiso escuchar sus argumentos, tratándolos de viejas y olvidadas supersticiones que de repente alguien quisiera resucitar. Sin embargo, frente al crecimiento del movimiento de protesta y a pesar de la permanente presencia de dos abogados consultores, el poder administrativo tuvo que renunciar al proyecto y abandonar las obras. En mayo de 1986, la muchedumbre pulverizó los ya montados elementos de betón. Fue un acontecimiento de suma importancia para la gente indígena por primera vez, tras una acción colectiva y solidaria, llegaron a vencer y defender los valores de su cultura india que los 'forasteros' desconocían y siempre menospreciaban. Hubo otras consecuencias de aquella victoria. La popularidad que ganaron hizo que otras organizaciones indígenas que trabajaban a nivel de cantón o de provincia y que hasta entonces no habían querido tratarlos en serio, empezaron a considerarlos como iguales. Además, a partir de aquel momento, empezaron a invitarlos a las reuniones de la FICI (Federación Indígena y Campesina de Imbabura), Carmen cree que aquel hecho fue de fundamental importancia para el desarrollo de la real, y no sólo la burocrática, actividad de los líderes locales. Desde aquella época, la FICI empezó a ayudarles en el plan legislativo, dándoles consejos y pasando informaciones de las que hasta entonces no tenían la menor idea.

La victoria en el conflicto de los baños intensificó la actividad de la Organización de Jóvenes cuyo número de miembros pasó de 10 a 45. Fueron ellos quienes prepararon la acción llamada la educación, para no sólo dar ánimo a los que ya querían estudiar, sino también para despertar las ganas de estudiar en todos los demás con el objetivo de aumentar el número de jóvenes indios en las escuelas. El evidente resultado de aquella acción fue el creciente grupo de alumnos del liceo de Iluman que continuaban la educación en las diferentes escuelas del país, (Otavalo, Ibarra, Quito).

En 1990, Carmen, fue nombrada a la presidencia de la Organización de Jóvenes. El mismo año el grupo trabajó intensamente en la protesta indígena general cuando, con métodos pacíficos, los indios llegaron a paralizar la vida de todo el país, obligando al gobierno a considerar por fin sus problemas. Carmen cree que aquellos momentos cambiaron el curso de la historia. Carmen distingue en el pasado del Ecuador dos períodos. Los tiempos hasta 1990, bajo los gobiernos coloniales, dictatoriales o independientes, no conocieron ningún reconocimiento de la población indígena. Se hablaba siempre

de un país homogéneo, con un solo idioma, cuyos habitantes, los ecuatorianos, se dividían en clases. El ciudadano indígena tenía que ser campesino, o más aun un obrero, que ya era una especie de ascenso social, y nunca podía ser indio. La única identificación aceptada era la nacional, la de ser un ciudadano del Ecuador. Desgraciadamente, aquel modelo lo apoyaban también las organizaciones indígenas en su intento de unificar a los distintos grupos étnicos.

El segundo período de la historia del Ecuador, son los tiempos después de 1992 cuando ya se puede hablar del principio de un diálogo, de las relaciones bilaterales que tal vez conducirán paulatinamente hacia un entendimiento. Desde 1992, se habla, aunque tímidamente y sin ganas, de un estado plural. Un tal modelo del Ecuador es el objetivo de Carmen y los demás indios. Desde hace quinientos años, las relaciones bilaterales tomaron un carácter distinto. El diálogo y otras formas pacíficas de tratar van reemplazando las decisiones arbitrarias y frecuentemente secundadas por la fuerza.

Su actividad en distintas organizaciones

Carmen abandonó los estudios para trabajar en las organizaciones indígenas, por su desarrollo y para dar mayor eficacia a sus acciones de ayuda. Piensa que tomó una justa decisión, todo el tiempo estaba en su puesto. Algunos miembros que se marchan por varios años, pierden el contacto con la situación actual. El objetivo de Carmen, en que no deja de insistir, es la ayuda y no el dinero.

En 1992, fue elegida vicepresidenta de la FICI (Federación Indígena y Campesina de Imbabura de Otavalo), y desde 1994, cumple ya el segundo mandato como presidenta de esta organización. Además, en 1995, tras unas elecciones democráticas, fue nombrada para el puesto de coordinadora de los Pueblos Indígenas de Centro y Sur América en la ONU (Organización de Naciones Unidas). Ya tres veces participó en las reuniones anuales y en cinco comisiones de trabajo en Ginebra. A parte de eso, desde octubre de 1995, Carmen es el único representante del Ecuador en la Comisión de los Derechos Humanos de la ONU y desde abril de 1997 ocupa el puesto de coordinadora del Convenio sobre Diversidad Biológica de la ONU y también es miembro de las Reuniones Generales sobre Ayuda y Desarrollo del Consejo de Economía de la ONU.

Carmen opina que los contactos internacionales son de suma importancia y la activa participación de los indios puede acabar con las malversaciones de fondos que desde hace ya varias décadas la ONU concede entre

otros al Ecuador, (aquí Carmen otra vez recuerda su trabajo en la dirección, tras la reforma agraria). Guarda además muchas esperanzas respecto a la lucha en defensa de los derechos humanos. Para dar más eficacia a sus acciones, Carmen ya aprendió a trabajar con ordenador; ahora espera algún curso para saber utilizar el Internet y el correo electrónico. Sigue perfeccionando su inglés y, en los debates internacionales, prefiere utilizar el diccionario electrónico que aprovechar de las traducciones que pueden perder algún detalle del original. Cuando fui a su oficina, Carmen estaba explicando a uno de sus colegas de trabajo que iba a participar en una reunión de carácter internacional, cómo funcionaba ese diccionario electrónico.

El deseo de Carmen es mejorar las relaciones con la población mestiza, sin embargo, es plenamente consciente de las enormes dificultades causadas por largos tiempos del desarrollo en separación y muchos nuevos conflictos, (el racismo y la discriminación por un lado y por otro, el radicalismo excesivo y las tendencias reivindicativas).

Carmen sigue viviendo en Iluman. Al lado de la casa de sus padres está construyendo la suya, muy modesta, sin nada de lujo; no tiene coche. No piensa en ninguna relación sentimental porque no tiene tiempo para estas cosas. La única preocupación de su vida privada le causa su hermano con quien tenía tantas esperanzas para el futuro. En lugar de estudiar, el joven prefiere el dinero rápido p. ej. de la venta de la artesanía extranjera. Como antes, Carmen tiene muy buenas relaciones con su padre que está orgulloso de su hija, sin embargo, no ha llegado a olvidar todo el mal que le había hecho al oponerse a sus estudios en el colegio.

5. MIRIAM CONEJO, (29 años) nacida en 1968 - médico

Su situación familiar

La madre de Miriam, Rosanda Maldonado, había nacido en una familia pobre, numerosa (siete hermanos), de Peguche. Sus padres se ganaban la vida labrando una pequeña parcela. A pesar de cuatro años de la escuela comunitaria, la madre de Miriam era analfabeta y sin saber nada de castellano. Su padre, Segundo Conejo, era natural de Quinchuqui. Su familia, que había trabajado en la hacienda vecina, tenía una vida todavía más difícil. Para huir del hambre, en 1940, los abuelos de Miriam se marcharon con sus cinco hijos a vivir en Quito. Fueron de los primeros de la comunidad cuyo destino mejoró tras haber migrado a la ciudad. Todos los hijos, excepto el padre de Miriam que era el menor, encontraron trabajo en la fábrica de textiles. Su padre fue el



39. Miriam Conejo



40. Miriam en su oficina



41. Centro de Medicina Alternativa indígena donde trabaja Miriam Conejo



42. En su labor médica Miriam Alterna las terapias convencionales con las alternativas tradicionales, para diagnosticar utiliza conejos de mar



43. Encuentro con curanderos contemporáneos cuatoriano-colombiano. Segunda a la izquierda en la fila superior es Miriam

único entre sus hermanos a conocer la escuela, pero a la edad de 9 años tuvo que abandonarla. Sus padres decidieron que tenía que ayudar a uno de sus tíos que vivía vendiendo la artesanía en Colombia, Chile y Panamá. Fue entonces cuando el padre de Miriam perdió el contacto con su familia más próxima. Cuando cumplió 20 años, su tío, durante una de sus visitas en Peguche, se puso de acuerdo con los padres de Rosanda a quienes había conocido mucho antes para casar a su hija de 15 años con su sobrino. Los jóvenes llegaron a conocerse el día de la boda en Peguche. A la mañana siguiente se trasladaron a Lipidez, cerca de la frontera con Colombia, lugar que había escogido el tío por ser muy práctico para su trabajo. El padre de Miriam compró allí una casa y una parcela de tierra. Su madre tenía enormes dificultades en comunicarse con su marido y con los vecinos. No sabía ni una palabra de castellano, mientras su marido, tras años pasados en Quito y en los viajes hablaba sólo en este idioma. En aquellos tiempos, en Lipidez vivían solamente dos familias indias. Los padres de Miriam seguían viviendo del comercio de la artesanía, su madre trabajaba en el hogar y ayudaba a su marido. En doce años le dio seis hijos que sucesivamente integraban el trabajo de su padre. Todos empezaron la educación en la escuela de Lipidez; Miriam fue la penúltima.

Miriam cree que sus padres fueron felices. Vivían alejados, pero tranquilos y sin disputas. Su padre murió bruscamente en 1975, cuando Miriam tenía tan sólo siete años y su hermana mayor trece. Hasta hoy recuerda su impotencia cuando su padre sentado en la mesa cayó de repente y ella no sabía qué hacer. En aquel momento estaba en casa sólo con una de sus hermanas, su madre y otros hermanos se habían ido a por la artesanía a Otavalo. A pesar de que no llegaban a vender la casa, enseguida después del fallecimiento de su padre, se mudaron a Otavalo. Su madre decía que las cosas les irían mejor cerca de sus familiares. Se instalaron en un pequeño trastero montado en una parcela que se encontraba en los alrededores de la ciudad y que pertenecía a su madre. Miriam recuerda que casi no llegaban a caber todos dentro para pasar la noche, pero luego lo iban mejorando y aumentando con más piezas. Todos los trabajos hacían ellos mismos. Miriam cree que en aquellos momentos hubieran podido quedarse en la calle. Fue su madre quien decidió que no se iban a separar. La familia aconsejaba mandar a los hijos mayores a la ciudad, a trabajar y poner a las niñas de sirvientas en las casas de los ricos. Sin embargo, su madre mostró unos inesperados dones para la organización y la gestión. Con una pequeña cantidad de dinero que les había dejado su padre al morir, (que podían gastar fácilmente en un mes en comida), decidió comprar un primer telar de los más baratos y un poco de lana. Durante varios años seguían trabajando igual que aquellos primeros meses. Los pequeños co-

mo Miriam sólo ayudaban, los más grandes ya podían hilar y preparar la lana; la madre y sus hijos mayores iban tejiendo y vendiendo en el mercado. Con el beneficio compraban, en primer lugar, lo necesario para poder seguir trabajando y el resto quedaba para la comida. Miriam recuerda hasta hoy la gran alegría el día que llegaban a vender sus productos. Se sentían tan felices y tan orgullosos a pesar de que sólo podían comprar algo de maíz.

Su familia, ni la próxima ni la lejana, no les ayudó en nada en aquellos momentos tan difíciles. En consecuencia, su madre rompió toda relación con el mundo indígena.

Su educación

Su madre cuidaba mucho para que el trabajo no perjudicara sus estudios. Fue algunos años más tarde, cuando llegaron a vender la casa en Lipidez, que su situación material mejoró. Otra vez su madre decidió reinvertir el dinero que gastó en la modernización del taller, en las obras de remodelación de la casa y en la educación de sus hijos. Luego, varias veces pedía el dinero prestado y después devolvía las deudas para que todos sus hijos terminaran en las mejores escuelas privadas de la ciudad. No tenían amigos, los niños mestizos se apartaban de ellos, pero los trataban bien. A Miriam no la molestaba su separación del mundo indio y del mundo mestizo que conoció en su infancia. Todos los hermanos tenían conciencia de su diferencia, no tenían amigos ni conocidos en ninguno de los dos mundos. Sin embargo, como eran una familia muy unida, con relaciones de mucho amor y cariño y que además tenían tanto trabajo y proyectos comunes para el futuro, que nunca se sintieron solos o apartados. Tampoco conocieron el miedo ante el mundo mestizo en el que estaban creciendo. Gracias a la madre, desde el principio tenían buenas, aunque limitadas, relaciones con sus vecinos mestizos. Nadie de la familia de Miriam había sido víctima de algún acto de carácter racista de la parte de ellos. Tal vez porque vivían sin mantener contactos con sus familiares indígenas y así no provocaban ni molestaban en su entorno. Sin embargo, Miriam recuerda que en otras partes de la ciudad muchas veces observaba a los mestizos tratando a los indios de tontos o de ladrones sin la menor razón. También recuerda su extrañeza al notar que nadie reaccionaba en aquellas situaciones. Una vez, presenciando una escena de extrema injusticia, Miriam intentó protestar. Aquel día iba atravesando el mercado, (en los años 80). Al pasar cerca de una anciana que estaba vendiendo cebolla en el suelo, un mestizo embriagado la empujó tal que por poco no se cayera. Luego, el borracho dejó caer su cuerpo sobre la vieja india aplastando sus cebollas. Cuando la

mujer empezó a lamentar, el mestizo se puso a insultarla con las palabras más vulgares, dando patadas en los restos de los legumbres y llamando “¡Socorro! ¡Policía!”. Llegó un policía y detuvo a la mujer por haber perturbado el orden público y decidió llevarla a la comisaría. Miriam quiso defender a la anciana, trató de explicar al policía que había sido el mestizo borracho que lo había llamado quien tenía la culpa y ella podía depositar su testimonio en la comisaría. El policía no quiso hacerle caso, sólo le dijo marcharse enseguida. Nadie de los que habían visto el accidente le dio la razón a Miriam unas mujeres le aconsejaron solamente: “*Vete de aquí, ellos (los mestizos), siempre tienen razón. Dentro de un rato tú tendrás la culpa de todo...*”.

A partir de los años 80, bajo la influencia de sus hermanos y sus compañeros de estudios que participaban activamente en las organizaciones indígenas que se iban creando, escuchando las conversaciones y reuniones que tenían en la casa, Miriam decidió trabajar para la causa indígena. En el liceo donde estudiaba funcionaba ya la Organización de Jóvenes formada por los mestizos, (había sólo dos otras chicas indias en la escuela, una de ellas era Gina, la hermana de Luz Marina). Miriam y sus compañeras indias decidieron luchar por tener su propio representante en la Organización. Primero, organizaron un Taller de Cultura, luego, empezaron a publicar un boletín con dibujos, artículos, poesía o fragmentos de textos de sus autores preferidos. Como creadoras y dirigentes de aquella nueva organización, incorporaron automáticamente la Organización de Jóvenes. El Taller llegó a ser un centro de su cultura y el boletín un lugar neutro para presentar distintas opiniones. Les escribían tanto chicas mestizas como las indias. Un año después, organizaron en el Taller un grupo de danza en que participaban los jóvenes de ambas culturas. Otro importante resultado del trabajo del Taller fue el de haber ganado para los alumnos indígenas el derecho a llevar los lunes el traje tradicional, (1983). El lunes, en Ecuador, es el día de la República que en las escuelas siempre empieza por una corta reunión de todos los alumnos con el acto de izar la bandera nacional y cantar el himno del país. Así que todos los lunes se exigía de las alumnas indias que llevaran un traje mestizo. La voz de las fundadoras del Taller resultó ser más fuerte que las no organizadas protestas de los padres y de los alumnos de otras escuelas. Miriam considera un gran éxito el hecho de que las apoyaron también las compañeras mestizas que trabajaban en el Taller. La dirección del liceo de Miriam tuvo que ceder ante la firmeza de la organización juvenil donde no hubo distinción entre las opiniones de las alumnas indias y las de las mestizas. Cuando cedió la primera escuela, también otras tuvieron que dejar de exigir el traje mestizo. Gracias a las activida-

des del Taller, Miriam conoció a sus primeras buenas compañeras y se hizo de dos amigas, (una de ellas era Gina Maldonado).

La carrera universitaria

Al terminar el tercer año del liceo, Miriam empezó a pensar en estudiar medicina. El hermano de su amiga Gina, Mario, estudiaba entonces en Quito. Cuando iba a ver a Gina en su casa, Miriam hojeaba los libros y los atlas de anatomía de Mario. Sus hermanos apoyaban sus planes. Además, Miriam piensa que el hecho de haber asistido a la muerte de su padre sin poder ayudarle, también tuvo influencia en la elección de la carrera.

En 1988, dos años antes del bachillerato, Miriam asistió junto a sus hermanos a una reunión de las organizaciones indígenas en Otavalo. También hubo presente aquel día un representante de Cuba quien prometió tres becas de estudios en los próximos años. Entre muchas demandas había la de Miriam. Sabía que la calificaron gracias a la ayuda de sus hermanos. En 1988, se fue a Cuba con otras dos compañeras de Otavalo; una de ellas también iba a estudiar medicina, le alegraba la perspectiva de estar juntas. Miriam no tenía que aprender el idioma como Gina que en la misma época viajó a Moscú. Sólo la separación con su familia le daba miedo. Fue la primera vez que se iba lejos de los suyos.

El gobierno cubano le pagó los cinco años de estudios y su estancia durante aquel tiempo. Su madre le pagó el viaje. La llegada y los primeros meses fueron traumatizantes para Miriam. Enseguida la separaron de sus compañeras y las mandaron a los lugares distintos de la isla. Durante casi un año no sabía ni dónde se encontraban sus compañeras, no tenían ningún contacto. Por primera vez Miriam sufrió de un racismo tan violento. No entendía por qué los demás no podían hablarle de sus diferencias y ella de su identidad indígena; estudiaban con ella argentinos, peruanos, bolivianos... Miriam se negó a continuar el tema y a dar más detalles de aquella época tan dolorosa.

En el primer año, sin respetar su demanda, la pusieron en una escuela de enfermeras. Solamente al año siguiente pudo trasladarse a su tan soñada medicina. Los primeros doce meses fueron muy duros, varias veces se ponía seriamente enferma, no le gustaba la comida, no le convenía el clima ni el distinto modo de vida. Pero sobre todo se sentía muy sola; las cartas llegaban con mucho retraso y no podía llamar a casa. Miriam no lo sabía antes y tampoco nadie se lo dijo que la situación económica en Cuba era tan difícil. Algunos años más tarde, aprendió que Gina pasaba en Rusia unos momentos todavía más duros. Antes de salir del país, Miriam creía que sólo en Ecuador la vida

era tan difícil. El año siguiente, vino a Cuba a estudiar agricultura uno de sus hermanos mayores, Roberto. Aunque les separaban muchos kilómetros de distancia, quedaban en un contacto permanente y así la vida se le hizo más fácil y agradable. Fue en el tercer curso, cuando por fin Miriam llegó a alquilar un departamento con otras dos chicas ecuatorianas, una india y una mestiza. El mismo año también, vino a Cuba su madre a verla. Aquella visita le ayudó a aguantar los dos años siguientes. Sabía que toda la familia tenía confianza en ella y que estaba esperando el día de su regreso.

Su trabajo en Otavalo

En 1993, Miriam regresó a Otavalo, pero durante un año tuvo que esperar el reconocimiento de su diploma de medicina general. Aquel tiempo lo pasó asistiendo a un curso de medicina tradicional organizado en Guayaquil. En 1994, una vez reconocido su diploma, Miriam presentó en la FICI (Federación Indígena y Campesina de Imbabura), una organización indígena, su proyecto de ayuda médica para las mujeres indias y las campesinas de la provincia de Imabura. El proyecto fue aprobado por la FICI y gracias a esa aceptación, la ONU concedió fondos para su realización durante los años 1994-1996, el período que luego ha sido prolongado para los años 1996-1998. Miriam otra vez ocupa el puesto de directora de la realización del proyecto cuya sede se encuentra en el centro médico organizado por Mario Maldonado. Tras un conflicto entre Mario y la FICI, el sitio quedó abandonado durante varios años cayendo en ruinas. Miriam empezó el trabajo prácticamente desde el principio, junto a otra mujer médico, su compañera del colegio y de los estudios en Havana, y a otros dos especialistas en medicina tradicional, es decir curanderos, (Miriam se niega a comentar la razón del conflicto entre Mario y la FICI). Los primeros meses trabajaron todos juntos sin mirar la profesión; les ayudaron sus familias y los amigos. Repararon el techo, las escaleras, las puertas y las ventanas, pintaron y luego limpiaron todo el edificio. Algunos mestizos comentaban irónicamente su trabajo: “Mira, tantos años de estudiar para llegar a ser obrero...” o “¿Qué tal señor médico de ladrillos?”.

Miriam compara la satisfacción de ejercer de médico con la alegría que sintió el día de la venta del primer producto fabricado en el taller familiar de Otavalo. Además insiste en que mientras van atendiendo a los enfermos no dejan de luchar por nuevos equipos médicos, (el material del centro sigue siendo básico), y también continúan con tareas físicas para el mejoramiento del edificio. Empezaron su actividad en un solo despacho, hoy día ya ocupan seis piezas (dos despachos, una oficina de administración, una sala de radio-

grafía, un laboratorio y un local para guardar hierbas buenas y unos pocos medicamentos). El modo de organizar su actual trabajo, recuerda a Miriam sus primeros años en Otavalo cuando iba a la escuela, trabajaba en el taller y ayudaba en las obras de remodelación de la casa. Miriam se preocupa que aunque trabaja desde la mañana hasta la noche y todos los días de la semana, no tiene bastante tiempo para atender a los enfermos. Los domingos los dedica a las reuniones de formación, una especie de cursillos educativos.

Según Miriam, la situación sanitaria de su país no ha cambiado mucho desde los tiempos coloniales. El Estado no respeta los formulados derechos de todo ciudadano a la asistencia médica. Sólo la población blanca y mestiza y los que tienen dinero pueden gozar de las prestaciones médicas. Los estudiantes en medicina escogen su carrera para luego abrir consultorios privados y ganar dinero atendiendo a los que pueden pagárselo. En lo que respecta a los médicos ecuatorianos el sermón de Hipócrates es una ficción. Según Miriam, la culpa la tiene el Ministerio de la Salud que no asegura ninguna control y no se contrapone a la situación. La mayor parte de la población de las zonas llamadas tradicionales está privada de cualquier asistencia médica, excepto períodos de epidemias cuando constituye un peligro para las clases privilegiadas. Por eso Miriam acusa al Ministerio de violar los fundamentales derechos humanos y los de ciudadanos. En un grupo de médicos que viven y atienden en sus consultas privadas en Otavalo ninguno se muestra interesado por colaborar con los indios. Los médicos del hospital cantonal de la ciudad despiden a los enfermos que necesitan rápidas intervenciones dándoles citas de seis hasta a doce meses más tarde. Las cotizaciones no obligatorias para la seguridad social que percibe el Estado terminan en las cuentas privadas o hacen funcionar la desmesurada administración estatal. La mayor parte de las poblaciones indígenas no conocen ninguna forma de asistencia médica. También el estado de higiene es catastrófico. Todos los funcionarios de la administración local, provincial y estatal saben que, por ejemplo, los indios que viven alrededor del lago de San Pablo se alimentan con los víveres y el agua contaminados y que la tasa de mortalidad en esa comunidad es particularmente elevada. Sin embargo, no se hace completamente nada para remediar esta situación.

El problema más difícil y dolorosa hoy día es, según Miriam, la falta de colaboración y de interés de la parte de las instituciones cuya razón de ser es ayudar a los enfermos (el hospital local, el laboratorio, los médicos especialistas con consultorio privado).

Sus planes para el futuro

El objetivo de Miriam es crear un sistema de real ayuda para la población pobre e indígena que no puede contar con la asistencia del Estado. Miriam quiere entablar diálogo con el Ministerio de la Salud que pudiera hacer mucho si tan sólo lo quisiera, por ejemplo, ayudando en la construcción de un hospital, subvencionando la compra de medicamentos en los centros de salud o creando más puestos de médicos. La manera más rápida y eficaz de ayudar sería, según ella, la creación de un centro de investigación y colaboración con los médicos tradicionales. Los curanderos gozan de una gran estima y confianza en la sociedad indígena, detienen un saber incontestable y conocen a los enfermos. Su colaboración es inestimable. En cada comunidad vive por lo menos un curandero. De hecho, son los únicos realmente interesados en curar a los enfermos. Su número podría compensar la falta de médicos quienes, a pesar de su saber profesional, se niegan a trabajar con los indios. La formación profesional, buenas relaciones y la colaboración con los curanderos sin luchar contra su saber y acusarlos de negligencia pueden conducir a crear un grupo de colaboradores para asegurar una buena asistencia médica. Miriam desearía ampliar los objetivos de sus acciones para no solamente llevar remedio en los casos extremos. Quisiera desarrollar las acciones preventivas, (gracias al uso de nuevas formas de educación y de información rápida como por ejemplo el vídeo), mejorar la calidad de diagnosis y de tratamientos. Para realizar todos estos objetivos es indispensable disponer de su propio hospital y de medicamentos. La mayoría de los enfermos no puede comprarse los medicamentos prescritos para el tratamiento. En muchos casos, la gente vuelve con los fármacos tradicionales cuyos efectos son parecidos. La colaboración con los curanderos va muy bien, son personas abiertas y con ganas de juntar los esfuerzos. No son viejos y negligentes como se los pintan los mestizos. En muchos casos son personas jóvenes que conocen los secretos transmitidos por sus antepasados y la tradición local, dotados de gran intuición y un saber completado por la ciencia actual. La condición incontornable para la buena colaboración es el respeto hacia el saber de los curanderos. Son necesarios en la lucha contra muchas supersticiones y algunas prácticas como, por ejemplo, la de atar a los recién nacidos para que el niño creciera para ser un hombre fuerte. Un médico de fuera, aunque sea indio, pero que no vive en la comunidad, es considerado extranjero si se pone contra las tradiciones. Miriam entiende muy bien que la gente siga desconfiada. Siendo india y hablando el quichua tiene más posibilidades de tratar con los enfermos que el mejor médico mestizo. Y no es sólo por el idioma, también son indispensables el co-

nocer la cultura, el tener la misma jerarquía de valores, el respetar a sus padres, la tierra y la tradición. Un médico mestizo, inconsciente, por ejemplo, de la importancia de las creencias, puede con una sola frase aniquilar la posibilidad de llegar a un acuerdo. En una ocasión, Miriam fue testigo cuando un médico se negó a oscultar y a hacer ingresar al hospital a un enfermo grave hasta que éste no se deshiciera de un conejo de Indias que llevaba consigo. El animal era para el indio un remedio contra el dolor y la enfermedad, así que volvió a casa. La mayoría de los médicos mestizos tienen asco de los indios “sucios”, sin embargo, no se puede cambiar el estado de higiene de un día para otro. Los mestizos no sienten ni más mínima responsabilidad de esta situación, no hacen nada y se niegan a colaborar.

Muchas veces, los pacientes no comprenden la presencia de un médico, un extranjero, pero la presencia de un curandero y un médico facilita la aceptación del tratamiento. A Miriam la tratan generalmente con respeto y simpatía. Sin embargo, cuando necesita acatarse a una vieja costumbre, sabe que tiene que proceder con mucho cuidado y diplomacia. La opinión de un curandero que vive al lado es aceptada sin vacilación y con plena confianza. Por estas razones, el acuerdo y la colaboración con los médicos tradicionales es el mejor camino para llegar a los enfermos y para poder implantar una nueva educación que a veces contradice la tradición. Miriam considera que las relaciones con los curanderos en el cantón son buenas. Ha establecido algunas formas de estrecha y permanente colaboración con diez médicos tradicionales que le ayudan a aplicar su proyecto en unas treinta comunidades y la colaboración se va ampliando. Todos los domingos, Miriam organiza fuera del centro reuniones de formación. Además, trabaja en cursos de semejante carácter en Ibarra y Quito. Varias veces participó a los encuentros organizados en Colombia. Gracias a esta colaboración la palabra curandero es cada vez menos usada, reemplazada por el título de médico tradicional. Al mismo tiempo, Miriam prepara la base de datos sobre los enfermos, sus enfermedades y diagnósticos. Piensa que esos datos ayudarán a determinar las comunidades o los terrenos de elevado número de enfermos y con alta tasa de mortalidad. También podrán señalar los peligros desconocidos y el buen diagnóstico permitirá prevenir la posible expansión. Los ordenadores enviados por la ONU son de inestimable utilidad en este tipo de trabajo. El único problema es que Miriam tiene que ingresar, ella misma, todos los datos. Miriam comprende muy bien que la realización de sus objetivos necesita tiempo, pero espera que la situación mejorará.

Hoy Miriam vive en el centro de la ciudad, en una casa nueva con su madre y tres hermanos. Tienen un coche. El taller de artesanía de la familia se

encuentra al lado de la casa. Todos los hermanos saben y no lo olvidan cuánto deben a su madre. Todos están orgullosos de ella y siguen siendo una familia muy unida.

Su hermana Mercedes (41 años), después de dos años de lingüística en la Universidad Católica, se casó, tiene hijos y trabaja en hogar. Su hermano Mario (38 años), licenciado en sociología, trabaja en el partido Pachacutic. Ha sido candidato en las elecciones locales para la administración local, desgraciadamente ha perdido por unos cuantos votos. Ahora ayuda a su madre en el taller de telas. Ariuma Yami, licenciado en derecho, es profesor en la Universidad Salesiana. Además es un conocido escritor de lengua quichua y un consejero de la CONAIE. Roberto (32 años), ingeniero agricultor, ocupa el puesto de coordinador del Proyecto Internacional del Centro Pluricultural Lago San Pablo. Oscar (27 años), no acabó el liceo. Trabaja con su madre y su hermano y apoya al partido Pachacutic. Miriam explica que no tiene tiempo para formar una nueva familia.

BIBLIOGRAFIA

- Almeida Jose
1996, Fundamentos del racismo ecuatoriano, *Ecuador Debate* 38, 55-57
- Chałasiński Jan
1938, Młode pokolenie chłopów, W-wa
- Czyżewski
1997, Generalne kierunki opracowania, wymiary analityczne,
/Ed. A. Rakuszczyńska - Pawełek i A. Piotrowski/, 45-51
- Hermans H.
1987, Narrative interview - a new tool for sociological field research, *Folia Sociologica* 13, wyd. UŁ
- Kabzińska Iwona
1992, Polacy na Białorusi. Relacja z badań etnologicznych nad współczesnym procesem kształtowania tożsamości narodowej, *Przegląd Wschodni*, 2/1992/93 / nr 3/7/, s. 681-695
- 1994, I po co ta granica?, *Etnografia Polska* 38/1994/, z. 1-2, s. 79-105
- 1996, Polacy na Białorusi. Informacja o badaniach przeprowadzonych przez pracowników Instytutu Archeologii i Etnologii PAN w Warszawie.:/w:/ Polska wobec transformacji na wschodzie, Poznań 1996, 163-175
- 1998, Świat doświadczony i przeżywany oraz problem autoidentyfikacji, *Studia Polonijne* t.19, Lublin, 52-87
- Kłosowska Antonina
1997, Kultury narodowe u korzeni, PWN
- Lewis Oskar
1964, Sanchez i jego dzieci, PIW
- 1970, Rodzina Martinezów, PIW
- 1974, Nagie życie, PIW
- Martynicki J.
1990, Wielokształtowość historii. Rozważania o kulturze historycznej i badaniach historiograficznych, Warszawa
- Mosco Martha
1997, Palabras del silencio, Abya-Yala
- Prawda Marek
1989, Biograficzne odtwarzanie rzeczywistości / o koncepcji badań biograficznych Fritz Schütze / *Studia Socjologiczne*, nr 4
- Posern-Zieliński Aleksander
1989, Etnicidad, Tradicion y conflictos etnicos en el Ecuador. Tres aspectos de la fiesta del Yamor en Otavalo / w druku/
1999 Etniczność i tożsamość /tytuł roboczy w druku/
Rakuszczyńska-Pawełek Alicja i Piotrowski Andrzej
1997, Biografia a tożsamość narodowa, Łódź
- Schütze Fritz
1989, Kollektive Verlaufskurve oder kollektiver Wandlungsprozess. Bios: Zeitschrift für Biographieforschung und Oral.
- Śniadecka-Kotarska Magdalena
1997, Ekwador -Procesy modernizacji i kształtowania nowej tożsamości na przykładzie Indian Otavalo i Saraguro , *Dokumenty Robotnicze CESLA*, z. 26, s.57, Warszawa 1997
- 1999, Metoda biograficzna w badaniach tożsamości kobiet wyżu andyjskiego / w druku /
- Znaniński Florian
1974, Ludzie teraźniejszości a cywilizacja przyszłości, W-wa

INDICE DE FOTOS

1.	Una Plaza de Saraguro.....	21
2., 3.	Calle de Saraguro: tradición y modernidad	21
4.	Los Saragureños	21
5.	Miembros de la Federación Interprovincial de Indígenas en Saraguro.....	22
6.	Comunidad las Lagunas	22
7.	Escuela Primaria de Lagunas-dibujos de niños	22
8.	Mercado en Otavalo - parte tradicional	26
9.	Mercado en Otavalo - parte tradicional	26
10.	Mercado en Otavalo de artesanía - orientado a los turistas.....	26
11.	Primera oficina indígena de Exportación	27
12.	Indígenas aprovechando los servicios de la oficina de defensa de nuevas empresas	27
13.	“Coraza” - hotel indígena en Otavalo	27
14.	Rosa Asunción Medina.....	38
15.	Rosa Asunción ante su casa en las lagunas.....	38
16.	Laura Quichpe con su hija Silvia ante su nueva casa en Lagunas	48
17.	Laura con sus hijos	48
18.	Los padres de Laura	48
19.	Rosa Vacasela en su casa en Quito	58
20.	Rosa con su hija Pashapanzaku.....	58
21.	Madre de Rosa en Saraguro	58
22.	Casa de los padres de Rosa en Lagunas	58
23.	Casa de Rosa en Pintoyacu.....	59
24.	Trabajo con especialistas extranjeros en Pintoyacu - en centro Rosa.....	59
25.	Pista de despegue en Pintoyacu	59
26.	Luz Marina - ante su casa en Otavalo.....	76
27.	Familia de Luz Marina en su casa - primera de izquierda la nieta, esposo, Luz Marina - hija; Luz Marina - madre; Gina - hija	76
28.	Luz Marina con su hija Toa.....	88
29.	Luz Marina con la autora en su librería en Otavalo	88
30; 31.	Zulay Saravino en su oficina de turismo.....	104
32.	Zulay con su hija Paola.....	104
33.	Comunidad Quinchuqui donde viven los padres de Zulay	105
34.	Aviso de información de Rodrigo Mora.....	105
35.	Esquina de calles en centro de Otavalo - a la derecha oficina de Zulay, a la izquierda oficina de Rodrigo Mora.....	105
36; 37.	Carmen Yamberla en su oficina	125

154 *Magdalena Sniadecka-Kotarska*

38.	Los Baños en día cotidiano	125
39.	Miriam Conejo.....	139
40.	Miriam en su oficina	139
41.	Centro de Medicina Alternativa indígena donde trabaja Miriam Conejo	140
42.	En su labor médica Miriam Alterna las terapias convencionales con las alternativas tradicionales, para diagnosticar utiliza conejos de mar	140
43.	Encuentro con curanderos contemporáneos ecuatoriano - colombiano. Segunda a la izquierda en la fila superior es Miriam.....	140